

Visita
al territorio de

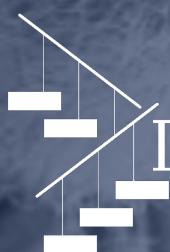
Leonardo Padura

Leonardo Padura
HEREJES

colección andanzas



TUSQUETS



La Escalera

Lugar de lecturas

Nota del autor

MUCHOS de los episodios narrados en este libro parten de una exhaustiva investigación histórica e, incluso, están escritos sobre documentos históricos de primera mano, como es el caso de *Javein mesoula (Le fond de rabime)*, de N.N. Hannover, un impresionante y vivido testimonio de los horrores de la matanza de judíos en Polonia entre 1648 y 1653, escritos con tal capacidad de commoción que, con los necesarios cortes y retoques, decidí retomarlo en la novela, rodeándolo de personajes de ficción. Desde que leí ese texto supe que no sería capaz de describir mejor la explosión del horror y, mucho menos, de imaginar los niveles de sadismo y perversión a los que se llegaron en la realidad constatada por el cronista y descrita por él, poco después.

Pero como se trata de una novela, algunos de los acontecimientos históricos han sido sometidos a las exigencias de un desarrollo dramático, en interés de su utilización, repito, novelesca. Quizás el pasaje donde con mayor insistencia realizo ese ejercicio está alrededor de los acontecimientos ubicados en la década de 1640, que en realidad son una suma de eventos propios de ese momento, mezclados con algunos de la década posterior, tales como la condena de Baruch Spinoza, el peregrinaje del supuesto mesías Sabbatai Zeví, o el viaje de Menasseh Ben Israel a Londres, con el cual consiguió, en 1655, que Cromwell y el Parlamento inglés dieran una tácita aprobación a la presencia de judíos en Inglaterra, proceso que pronto comenzó a producirse.

En los pasajes posteriores sí está respetada la estricta cronología histórica, con alguna pequeña alteración en la biografía de algunos personajes tomados de la realidad. Porque la historia, la realidad y la novela funcionan con motores diferentes.

Libro de Daniel

*

Otra vez para Lucía, la jefa de la tribu

Hay artistas que solo se sienten seguros cuando gozan de libertad, pero hay otros que solo pueden respirar libremente cuando se sienten seguros.

Arnold Hauser

Todo está en manos de Dios, excepto el temor a Dios.
El Talmud

Quienquiera que haya reflexionado sobre estas cuatro cosas, mejor habría hecho no viniendo al mundo: ¿qué es lo que hay arriba?, ¿qué es lo que hay abajo?, ¿qué es lo que ha habido antes?, ¿qué es lo que habrá después?

Sentencia rabínica

HEREJE. *Del gr. αἵρετικός - hairetikós, adjetivo derivado del sustantivo «αἵρεσις - haíresis «división, elección», proveniente del verbo αἱρέσθαι «elegir, dividir, preferir», originariamente para definir a personas pertenecientes a otras escuelas de pensamiento, es decir, que tienen ciertas «preferencias» en ese ámbito. El término viene asociado por primera vez con aquellos cristianos disidentes a la temprana Iglesia en el tratado de Ireneo de Lyon «contra haereses» (finales del siglo 11), especialmente contra los gnósticos. Probablemente deriva de la raíz indoeuropea ser con significado de «coger, tomar». En hitita se encuentra la palabra saru y en gales herw, ambas con el significado de «botín».*

Según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española: HEREJE. ««De la prov. eretge» 1. com. Persona que niega alguno de los dogmas establecidos por una religión. || 2. Persona que disiente o se aparta

de la línea oficial de opinión seguida por una institución, una organización, una academia, etc. [...]. coloq. Cuba. Dicho de una situación: [Estar hereje] Estar muy difícil, especialmente en el aspecto político o económico.

1 - La Habana, 1939

VARIOS años le tomaría a Daniel Kaminsky llegar a aclimatarse a los ruidos exultantes de una ciudad que se levantaba sobre la más desembozada algarabía. Muy pronto había descubierto que allí todo se trataba y se resolvía a gritos, todo rechinaba por el óxido y la humedad, los autos avanzaban entre explosiones y ronquidos de motores o largos bramidos de claxon, los perros ladraban con o sin motivo y los gallos cantaban incluso a medianoche, mientras cada vendedor se anunciaba con un pito, una campana, una trompeta, un silbido, una matraca, un caramillo, una copla bien timbrada o un simple alarido. Había encallado en una ciudad en la que, para colmo, cada noche, a las nueve en punto, retumbaba un cañonazo sin que hubiese guerra declarada ni murallas para cerrar y donde siempre, siempre, en épocas de bonanza y en momentos de aprieto, alguien oía música y, además, la cantaba.

En sus primeros tiempos habaneros, muchas veces el niño trataría de evocar, tanto como le permitía su mente apenas poblada de recuerdos, los pastosos silencios del barrio de los judíos burgueses de Cracovia en donde había nacido y vivido sus primeros años. Por pura intuición de desarraigado perseguía aquel territorio magenta y frío del pasado como una tabla capaz de salvarlo del naufragio en que se había convertido su vida, pero cuando sus recuerdos, vividos o imaginados, tocaban la tierra firme de la realidad, de inmediato reaccionaba y trataba de escapar de ella, pues en la silenciosa y oscura Cracovia de su infancia un vocerío excesivo solo podía significar dos cosas: o era día de mercado callejero o se cernía algún peligro. Y en los últimos años de su estancia polaca, el peligro llegó a ser más frecuente que las vendetas. Y el miedo, una compañía constante.

Como era de esperar, cuando Daniel Kaminsky cayó en la ciudad de las estridencias, durante mucho tiempo recibiría los embates de aquel explosivo estado sonoro como una ráfaga de alarmas capaz de sobresaltarlo, hasta que con los años consiguió comprender que en ese nuevo mundo lo más peligroso solía venir precedido por el silencio. Vencida aquella etapa, cuando al fin logró vivir entre ruidos sin escuchar los ruidos, como se respira el aire sin conciencia de cada inhalación, el joven Daniel descubrió

que ya había perdido la capacidad de apreciar las benéficas cualidades del silencio. Pero se ufanaría, sobre todo, de haber conseguido reconciliarse con el estrépito de La Habana, pues, al mismo tiempo, había alcanzado el empecinado propósito de sentir que pertenecía a aquella ciudad turbulenta adonde, por suerte para él, había sido arrojado por el empuje de una maldición histórica o divina -y hasta el final de su existencia dudaría respecto a la más atinada de esas atribuciones.

El día en que Daniel Kaminsky comenzó a sufrir la peor pesadilla de su vida y, al mismo tiempo, a tener los primeros atisbos de su privilegiada fortuna, un envolvente olor a mar y un silencio intempestivo, casi sólido, se cernían sobre la madrugada habanera. Su tío Joseph lo había despertado mucho más temprano de la hora en que solía hacerlo para enviarlo al Colegio Hebreo del Centro Israelita, donde ya el niño recibía instrucción académica y religiosa, más las indispensables lecciones de lengua española que le permitirían su inserción en el mundo abigarrado y variopinto donde viviría, solo sabía el Santísimo por cuánto tiempo. Pero el día comenzó a revelarse diferente cuando, luego de darle la bendición del Shabat y la congratulación por Shavuot, el tío rompió su medida habitual y depositó un beso en la frente del muchacho.

El tío Joseph, también Kaminsky y por supuesto polaco, para aquel entonces llamado por quienes lo trataban como Pepe Cartera -gracias a la maestría con la cual desempeñaba su oficio de fabricante de bolsos, billeteras y carteras, entre otros artículos de piel-, siempre había sido, y lo sería hasta su muerte, un estricto cumplidor de los preceptos de la fe judaica. Por ello, antes de permitirle probar el anticipado desayuno ya dispuesto sobre la mesa, le recordó al muchacho que debían hacer no solo las abluciones y los rezos habituales de una mañana muy especial, pues había querido la gracia del Santísimo, bendito sea Él, que cayera en Shabat la celebración de Shavuot, la milenaria fiesta mayor consagrada a recordar la entrega de los Diez Mandamientos al patriarca Moisés y la jubilosa aceptación de la Torá por parte de los fundadores de la nación. Porque esa madrugada, como le recordó el tío en su discurso, también debían elevar otras muchas plegarias a su Dios para que su divina intercesión los ayudara a solucionar del mejor modo lo que, de momento, parecía haberse complicado de la peor manera. Aunque tal vez las complicaciones no los alcanzaran a ellos, añadió y sonrió con picardía.

Tras casi una hora de rezos durante la cual Daniel creyó que desfallecería de hambre y sueño, Joseph Kaminsky al fin le indicó que podía servirse del abundante desayuno en el cual se sucedieron la leche tibia de cabra (que, por ser sábado, la italiana María Perupatto, apostólica y romana, y por tal condición escogida por el tío como «goy del Shabat», les había colocado sobre los carbones ardientes de su anafe), las galletas cuadradas llamadas *matzot*, confituras de frutas y hasta una buena ración de *baklavá* rebosante de miel, un banquete que le haría preguntarse al niño de dónde habría sacado el tío el dinero para tales lujo: porque de aquellos años Daniel Kaminsky recordaría, para el resto de su larga presencia en la tierra, además de los tormentos que le regalaban los ruidos del ambiente y la semana horrible que viviría desde aquel instante, el hambre insaciable e insaciada que siempre lo perseguía, como el más fiel de los perros.

Inusual y opíparamente desayunado, el muchacho había aprovechado la dilatada estancia de su estreñido tío en los baños colectivos del falansterio donde vivían para subir a la azotea del edificio. La losa todavía estaba fresca a aquellas horas previas a la salida del sol, y, desafiando las prohibiciones, se atrevió a asomarse al alero para contemplar el panorama de las calles Compostela y Acosta, donde había ido a situarse el corazón de la cada vez más crecida judería habanera. El siempre abarrotado edificio del Ministerio de Gobernación, un antiguo convento católico de tiempos coloniales, permanecía cerrado a cal y canto, como si estuviera muerto. Por la arcada contigua bajo la cual discurría la calle Acosta y formaba el llamado Arco de Belén, no transitaba nada ni nadie. El cine Ideal, la panadería de los alemanes, la ferretería de los polacos, el restaurante Moshé Pipik que el apetito del niño siempre observaba como la mayor tentación reinante en la tierra, tenían sus cortinas bajadas, las luces de los escaparates apagadas. Aunque en los alrededores vivían muchos judíos y, por tanto, la mayoría de aquellos negocios eran de judíos y en algunos casos permanecían cerrados los sábados, la quietud imperante no se debía solo a la hora o a que estuvieran en Shabat, día de Shavuot, jornada de sinagoga, sino al hecho de que en ese instante, mientras los cubanos dormían a pierna suelta el feriado pascual, la mayoría de los asquenazíes y sefardíes de la zona escogían sus mejores ropas y se preparaban para salir a la calle con las mismas intenciones que los Kaminsky.

El silencio de la madrugada, el beso del tío, el inesperado desayuno y hasta la feliz coincidencia de que Shavuot cayera en sábado, en realidad

solo habían venido a ratificar la expectación infantil de Daniel Kaminsky respecto a la previsible excepcionalidad de la jornada que se iniciaba. Porque la razón de su anticipado despertar era que, para algún momento cercano al amanecer, estaba anunciada la llegada al puerto de La Habana del transatlántico S.S. *Saint Louis*, que había zarpado de Hamburgo quince días antes y a bordo del cual viajaban novecientos treinta y siete judíos autorizados a emigrar por el gobierno nacionalsocialista alemán. Y, entre los pasajeros del *Saint Louis*, estaban el médico Isaías Kaminsky, su esposa Esther Kellerstein y la pequeña hija de ambos, Judit, o sea, el padre, la madre y la hermana del pequeño Daniel Kaminsky.

2- La Habana, 2007

DESDE el instante en que abrió los ojos, incluso antes de conseguir reubicar su desvencijada conciencia, todavía húmeda de ron barato, en la circunstancia de que había pasado la noche en la casa de Tamara y de que era Tamara, como ya casi no podía dejar de ser, la mujer que dormía a su lado, Mario Conde recibió como una estocada sibilina la insidiosa sensación de derrota que lo acompañaba desde hacía ya demasiado tiempo. ¿Para qué levantarse? ¿Qué podía hacer con su día?, le volvió a preguntar la persistente sensación. Y el Conde no supo qué responderle. Agobiado por aquella incapacidad de darse alguna respuesta, abandonó la cama poniendo el mayor cuidado en no alterar el plácido sueño de la mujer, de cuya boca semiabierta escapaban un hilo de saliva plateada y un ronquido casi musical, atiplado tal vez por la secreción misma.

Ya sentado a la mesa de la cocina, luego de beber una taza del café recién hecho y de darle fuego al primero de los cigarros del día que tanto lo ayudaban a recuperar su dudosa condición de ser racional, el hombre miró a través de la puerta el patio donde comenzaban a instalarse las primeras luces del que amenazaba con ser otro caluroso día de septiembre. La ausencia de expectativas resultaba tan agresiva que decidió, en ese instante, arrostrarla del mejor modo que conocía y de la única forma que podía: de frente y luchando.

Una hora y media después, con los poros desbordados de sudor, aquel mismo Mario Conde recorría las calles del Cerro anunciando a voz en cuello, como un tratante medieval, su desesperado propósito:

-¡Compro libros viejos! ¡Arriba, a vender tus libros viejos!

Desde que dejó la policía, casi veinte años atrás, y, como tabla de salvación, entró en la muy delicada pero por entonces todavía jugosa actividad de la compra y venta de libros de segunda mano, Conde había practicado todas las modalidades en las que se podía ejecutar el negocio: desde el primitivo método del vociferante anuncio callejero de su propuesta comercial (que en una época tanto lacerara su orgullo), hasta la búsqueda específica de bibliotecas señaladas por algún informante o antiguo cliente, pasando por la de tocar a la puerta de las casas del Vedado y Miramar que,

por cierto rasgo para otros imperceptible (un jardín descuidado, unas ventanas con un vidrio roto), pudieran sugerirle la posible existencia de libros y, sobre todo, de las necesidades de venderlos. Para su fortuna, cuando un tiempo después conoció a Yoyi el Palomo, aquel joven con *un* desaforado instinto mercantil, y comenzó a trabajar con él en la búsqueda solo de bibliografías selectas para las cuales el Yoyi siempre tenía los compradores precisos, Conde había empezado a vivir un período de prosperidad económica que había durado varios años y le había permitido ejercitar, hasta con cierto desenfreno, los eventos que más le satisfacían en la vida: leer buenos libros y comer, beber, escuchar música y filosofar (hablar mierda, en puridad) con sus más viejos y encarnizados amigos.

Pero su actividad comercial no era un pozo sin fondo. Desde hacía tres, cuatro años, poco después de que se topara con la fabulosa biblioteca de la familia Montes de Oca, protegida y cerrada durante cincuenta años por el celo de los hermanos Dionisio y Amalia Ferrero,¹ nunca había vuelto a encontrar una veta prodigiosa como aquella, y cada pedido realizado por los exigentes compradores de Yoyi implicaba grandes esfuerzos para poder satisfacerlo. El terreno, cada vez más esquilmando, se había llenado de grietas, como las tierras sometidas a largas sequías, y Conde había comenzado a vivir períodos en los que las bajas eran mucho más frecuentes que las altas, y lo obligaron a recuperar con más frecuencia la modalidad pobretona y sudorosa de la compra callejera.

Otra hora y media después, cuando hubo atravesado parte del Cerro y llevado sus gritos hasta el barrio vecino de Palatino, sin obtener resultado alguno, la fatiga, la desidia y el sol brutal de septiembre le obligaron a cerrar las cortinas del negocio y encaramarse en una guagua, salida nadie sabía de dónde y que milagrosamente se detuvo ante él y lo llevó hasta las inmediaciones de la casa de su socio comercial.

Yoyi el Palomo, a diferencia del Conde, era un empresario con visión y había diversificado sus actividades. Los libros raros y valiosos solo eran uno de sus hobbies, aseguraba, pues sus verdaderos intereses estaban en asuntos más productivos: compra y venta de casas, autos, joyas, objetos valiosos. Aquel joven ingeniero que jamás había tocado un tornillo ni entrado en una obra había descubierto hacia tiempo, con una clarividencia siempre capaz de asombrar al Conde, que el país donde vivían quedaba muy lejos del paraíso dibujado por los periódicos y discursos oficiales, y había decidido sacar el provecho que los más aptos siempre extraen de la miseria.

Sus habilidades e inteligencia le permitieron abrir varios frentes, en los bordes de la legalidad aunque no demasiado lejos del límite, negocios de los cuales obtenía los ingresos que le permitían vivir como un príncipe: desde gastarse ropas de marcas y joyas de oro, hasta saltar de restaurante en restaurante, siempre acompañado por mujeres bellas y moviéndose sobre aquel descapotable Chevrolet Bel Air de 1957, el auto considerado por todos los conocedores como la máquina más perfecta, duradera, elegante y confortable que alguna vez saliera de una fábrica norteamericana -y por la cual el joven había pagado una fortuna, al menos en términos cubanos-. Yoyi era, a todos los efectos, un ejemplar de catálogo del Hombre Nuevo supurado por la realidad del medio ambiente: ajeno a la política, adicto al disfrute ostentoso de la vida, portador de una moral utilitaria.

-Coño, *man*, tienes tremenda cara de mierda -dijo el joven al verlo llegar, sudoroso y con aquella faz calificada con tanta precisión semántica y escatológica.

-Gracias -se limitó a decir el recién llegado y se dejó caer en el mullido sofá desde donde Yoyi, recién duchado luego de gastar dos horas en un gimnasio privado, aprovechaba el tiempo viendo en su plasma de cincuenta y dos pulgadas un partido de béisbol de las Grandes Ligas norteamericanas.

Como solía ocurrir, Yoyi lo invitó a almorcizar. La empleada que le cocinaba al joven había preparado aquel día bacalao a la vizcaína, arroz congrí, plátanos en tentación y una ensalada de muchas verduras que Conde deglutió con hambre y alevosía, ayudado por la botella de un Pesquera de reserva que Yoyi extrajo del *freezer* donde conservaba sus vinos a la temperatura exigida por los vapores del trópico.

Mientras bebían el café en la terraza, Conde volvió a sentir la punzada del agobio frustrante que lo perseguía.

-Esto no da más, Yoyi. Ya la gente no tiene ni periódicos viejos...

-Siempre aparece algo, *man*. Pero no puedes desesperarte -dijo el otro mientras, como era su costumbre, sobaba la enorme medalla de oro con la efigie de la Virgen que, colgada de una cadena gruesa y del mismo metal, caía sobre la protuberancia pectoral, como un buche de paloma, a la que debía su apodo.

-Y si no me desespero, ¿qué coño hago?

-Huelo en el ambiente que nos va a caer un encargo gordo -dijo Yoyi, y hasta olfateó el aire cálido de septiembre-. Y te vas a llenar de pesos...

Conde sabía adónde iban a dar aquellas premoniciones olfativas de Yoyi y se avergonzaba de saber que pasaba por la casa del joven para provocarlas. Pero de su viejo orgullo quedaba tan poco en pie que, cuando andaba *con la soga demasiado ajustada* al cuello, aterrizaba allí con sus lamentos. A sus cincuenta y cuatro años cumplidos, Conde se sabía un paradigmático integrante de la que años atrás él y sus amigos calificarían como la generación escondida, los cada vez más envejecidos y derrotados seres que, sin poder salir de su madriguera, habían evolucionado (involucionado, en realidad) para convertirse en la generación más desencantada y jodida dentro del nuevo país que se iba configurando. Sin fuerzas ni edad para reciclarse como vendedores de arte o gerentes de corporaciones extranjeras, o al menos como plomeros o dulceros, apenas les quedaba el recurso de resistir como sobrevivientes. Así, mientras unos subsistían con los dólares enviados por los hijos que se habían largado a cualquier parte del mundo, otros trataban de arreglárselas del algún modo para no caer en la inopia absoluta o en la cárcel: como profesores particulares, choferes que alquilaban sus desvencijados autos, veterinarios o masajistas por cuenta propia, lo que apareciera. Pero la opción de buscarse la vida arañando las paredes no resultaba fácil y provocaba aquel cansancio sideral, la sensación de incertidumbre constante y derrota irreversible que con frecuencia atenazaba al ex policía y lo lanzaba, a puro empujón, contra su voluntad y deseos, a patear las calles buscando libros viejos con los que ganarse, al menos, unos pesos de supervivencia.

Después de beber el café, fumarse un par de cigarros y hablar de las cosas de la vida, Yoyi lanzó un bostezo capaz de sacudir toda su estructura y le dijo a Conde que había llegado el momento de la siesta, la única actividad decente a la cual, a aquella hora y con aquel calor, podía dedicarse un habanero que se preciara de serlo.

-No te preocupes, yo me voy...

-Tú no te vas a ningún lado, *man* -dijo, poniendo el mayor énfasis en su inseparable muletilla-. Coge el catre que está en el garaje y llévalo para el cuarto. Ya hace un rato mandé a encender el aire acondicionado... La siesta es sagrada... Después tengo que salir y te llevo para tu casa.

Conde, sin nada mejor que hacer, obedeció al Palomo. Aunque era unos veinte años mayor que el joven, solía confiar en su sabiduría vital. Y lo cierto era que luego de aquel bacalao y el Pesquera bebido, la siesta se

imponía como un mandato dictado por el fatalismo geográfico tropical y lo mejor de la herencia ibérica.

Tres horas después, a bordo del reluciente Chevrolet descapotable que Yoyi conducía con orgullo por las malas calles de La Habana, los dos hombres tomaron en dirección al barrio del Conde. Poco antes de llegar a la casa del ex policía, este le pidió que se detuviera.

Déjame en la esquina, quiero resolver una cosa ahí...

Yoyi el Palomo sonrió y empezó a arrimar el auto al bordillo.

¿Frente al Bar de los Desesperaos? -preguntó Yoyi, conocedor de las debilidades y necesidades del Conde y de su espíritu.

-Más o menos.

-¿Todavía tienes dinero?

-Más o menos. El fondo de comprar libros. -El Conde repitió la fórmula y, para despedirse, le extendió la mano al joven, quien se la apretó con fuerza-. Gracias por el almuerzo, la siesta y el empujón.

-Mira, *man*, de todas maneras coge esto para que vayas tirando. -Tras el timón del Chevrolet el joven contó varios billetes del fajo que se había sacado del bolsillo y le entregó una parte al Conde-. Un adelantiquítico del buen negocio que me estoy oliendo.

Conde miró a Yoyi y, sin pensarlo demasiado, tomó el dinero. No era la primera vez que algo similar ocurría y desde que el joven empezó a hablar de un presentido buen negocio, el otro sabía que aquel sería el colofón de la despedida. Y Conde también sabía que, aun cuando la relación entre ambos había nacido como un nexo comercial donde cada uno de ellos vertía sus habilidades, Yoyi lo apreciaba de forma sincera. Por tal razón su orgullo no se sintió más mellado de lo que estaba por recibir unos billetes capaces de darle otro respiro.

-¿Sabes una cosa, Yoyi? Tú eres el hijo de puta más buena gente de Cuba.

Yoyi sonrió mientras se acariciaba la enorme medalla de oro sobre la quilla de su esternón.

-No estés diciendo eso por ahí, *man*..., si se enteran de que también soy buena gente, pierdo prestigio. Nos vemos. -Y puso en marcha el silencioso Bel Air. El auto avanzó como si fuese el dueño de la Calzada. O del mundo.

Mario Conde contempló el desolador panorama desplegado frente a si y percibió con nitidez cómo lo que veía empujaba a su ya lamentable estado de ánimo hacia un doloroso nivel de deterioro. Aquella esquina había sido

parte del ombligo de su barrio, y ahora parecía un grano purulento. Inundado de una perversa nostalgia recordó que cuando era niño y su abuelo Rufino le enseñaba los secretos del arte de preparar gallos de lidia y trataba de dotarlo de una educación sentimental conveniente para sobrevivir en un mundo que mucho se parecía a una valla de gallos, justo desde aquel punto en donde se hallaba esa tarde se podía ver el ajetreo constante de la famosa terminal de ómnibus del barrio, en la que por años había trabajado su padre. Pero, desactivada la ruta de guaguas, la instalación se malgastaba como un destortalado parqueo de vehículos en fase de agonía. Mientras, la fonda de Conchita, la guarapera de Porfirio, los puestos de fritas de Pancho Mentira y el Albino, la quincalla de Nenita, las barberías de Wildo y de Chilo, la cafetería del paradero, la pollería de Miguel, la bodega de Nardo y Manolo, la cafetería de Izquierdo, la tienda de los chinos, la mueblería, la ferretería, los dos servicentros con sus poncheras y plantas de fregado de autos, el billar, la panadería La Ceiba, con su olor a vida..., todo aquello también había desaparecido, como devorado por un tsunami o algo todavía peor, y su imagen a duras penas sobrevivía en las memorias empecinadas de tipos como el Conde. Ahora, flanqueado por calles llenas de furnias y aceras destrozadas, el edificio de uno de los servicentros había comenzado a funcionar como una cafetería que expendía sus chatarras en CUC, la esquiva divisa cubana. En el otro servicentro no había nada. Y en el local de lo que fuera la bodega de Nardo y Manolo, muchas veces reformado para reciclar y empeorar el original, se abría hacia la Calzada una barra diminuta, protegida de posibles asaltos de corsarios y piratas por una reja de cabillas de acero corrugadas, que fungía como el centro dispensador de alcohol y nicotina bautizado por el Conde como el Bar de los Desesperaos. Era allí, y no en la cafetería que cobraba en CUC, donde los borrachos del barrio bebían a cualquier hora del día o de la noche su ron barato, sin la caricia de un hielo, de pie o sentados en el suelo pringoso, disputándoles el espacio a los abundantes perros callejeros.

Conde esquivó unos charcos de aguas oscuras y cruzó la Calzada. Se acercó a la reja carcelaria erigida sobre la barra del bar de nuevo tipo. Su sed etílica de esa tarde no era de las peores, pero necesitaba alivio. Y el cantinero Gandinga, Gandi para los habituales, estaba allí para ofrecérselo.

Dos buenos tragos y dos largas horas después, recién bañado, incluso perfumado con la colonia alemana, obsequio de Aymara, la hermana gemela de Tamara, el Conde regresó a la calle. En un pozuelo, junto a la trampilla

abierta en la puerta de la cocina, había dejado su comida a *Basura II*, quien, a pesar de sus diez años cumplidos, seguía practicando su heredada afición de perro callejero a la cual nunca había renunciado su padre, el benemérito y ya difunto *Basura I*. Para él mismo, sin embargo, no había preparado nada: como casi cada noche, Josefina, la madre de su amigo Carlos, lo había invitado a comer y, en casos así, lo mejor era preservar disponible la mayor cantidad de espacio estomacal. Con las dos botellas de ron que, gracias a la generosidad de Yoyi, había podido comprar en el Bar de los Desesperaos, abordó la guagua y, a pesar del calor, la promiscuidad, la violencia auditiva y moral de un reguetón y la sensación de agobio reinante la perspectiva de una noche más amable lo llevó a reconocer que volvía a sentirse aceptablemente sosegado, casi fuera de un mundo con el cual se encontraba tan insatisfecho y del que recibía tantas agresiones.

Gastar la noche con sus viejos amigos en casa del flaco Carlos, que desde hacía muchísimo tiempo no era flaco, constituía para Mario Conde el mejor modo de cerrar el día. El segundo mejor modo lo encontraba cuando, de común acuerdo, él y Tamara decidían pasar la noche juntos, viendo alguna de las películas preferidas del Conde -algo así como *Chinatown*, *Cinema Paradiso* o *El halcón maltes* o la siempre escuálida y commovedora *Nos habíamos amado tanto*, de Ettore Scola, con una Stefania Sandrelli capaz de despertar instintos caníbales-, para cerrar la jornada con una sesión de un sexo cada vez menos febril, más lento (de parte y parte) pero siempre muy satisfactorio. Aquellas pequeñas realizaciones resumían lo mejor que le quedaba de una vida que, con los años y las patadas acumuladas, había perdido casi todas las expectativas que no estuvieran relacionadas con la más vulgar supervivencia. Por perder, había extraviado incluso el sueño de escribir alguna vez una novela donde contara una historia, por supuesto que también escuálida y commovedora, como las que había escrito aquel hijo de puta de Salinger que en cualquier momento se moría, de seguro sin volver a publicar ni un miserable cuentecito.

Solo en los territorios de aquellos mundos conservados con empecinamiento al margen del tiempo real y en cuyos bordes exteriores Conde y sus amigos habían levantado las murallas más altas para protegerlos de las invasiones bárbaras, existían unos universos amables y permanentes a los cuales ninguno de ellos, a pesar de sus propios cambios físicos y mentales, quería ni pretendía renunciar: los mundos con los cuales

se identificaban y donde se sentían como estatuas de cera, casi a salvo de los desastres y las perversiones del medio ambiente.

El flaco Carlos, el Conejo y Candito el Rojo ya conversaban en el portal de la casa. Desde hacia unos meses, Carlos se acomodaba en una nueva silla de ruedas de las que se movían gracias a la electricidad aportada por una batería. El artilugio había sido traído desde el Más Allá por la siempre fiel y atenta Dulcita, la más constante ex novia del Flaco, constantísima desde que un año atrás quedara viuda y duplicara las frecuencias de sus viajes desde Miami y alargara las duraciones de sus estancias en la isla, por una razón obvia aunque no revelada en público.

-¿Tú viste qué hora es, animal? -fue el saludo del Flaco, mientras ponía en marcha su silla autopropulsada para acercarse al Conde y arrebatarle la bolsa donde, bien lo sabía, venía la dosis de combustible capaz de mover la noche.

-No jodas, salvaje, son las ocho y media... ¿Qué hubo, Conejo? ¿Cómo te va, Rojo? -dijo, extendiéndoles la mano a los otros amigos.

-Jodido pero contento -respondió el Conejo.

-Igual que este -dijo Candito indicando con la barbilla al Conejo-, pero sin quejarme. Porque cuando pienso en quejarme, rezo un poco.

Conde sonrió. Desde que Candito abandonó las animadas actividades a las que se dedicó por muchos años -rector de un bar clandestino, fabricante de zapatos con materiales robados, administrador de un depósito ilegal de gasolina- y se convirtiera al cristianismo protestante -Conde nunca sabía bien en cuál de sus denominaciones-, aquel mulato de pelo antes azafranado y ahora blanqueado por las nieves del tiempo -es un decir- solía resolver sus problemas encomendándose a Dios.

-Cualquier día te pido que me bautices, Rojo -dijo Conde-. El problema es que estoy tan jodido, que después voy a tener que pasarme el día rezando.

Carlos regresó al portal con su silla autopropulsada y una bandeja sobre sus piernas inertes donde tintineaban tres vasos llenos de ron y uno con limonada. Mientras repartía las bebidas -la limonada, por supuesto, era el trago de Candito-, explicó:

-La vieja ya está terminando la comida.

-¿Y qué nos va a tirar hoy Josefina? -quiso saber el Conejo.

-Dice ella que la cosa está mala, y que de contra no estaba inspirada.

-¡Agárrense! -advirtió el Conde, imaginando lo que se avecinaba.

-Como hay tanto calor -comenzó Carlos-, va a empezar con un potaje de garbanzos, con chorizo, morcilla, unos trozos de puerco y papas... Como plato fuerte nos está preparando un pargo asado, pero no muy grande, como de diez libras. Y, claro, arroz, pero con vegetales, dice que por la digestión. Ya preparó la ensalada de aguacates, habichuelas, rábanos y tomates.

-¿Y de postre? -El Conejo salivaba como un perro con rabia.

-Lo de siempre: *cascos* de guayaba con queso blanco... ¿Ven que no estaba inspirada?

-Coño, Flaco, ¿esa mujer es maga? -preguntó Candito, que al parecer había sentido cómo era superada su gran capacidad de creer, incluso en lo intangible.

-¿Y tú no lo sabías? -gritó Conde y bajó medio vaso de su ron-. ¡No te me hagas, Candito, no te me hagas...!

-¿Mario Conde?

Apenas le llegó la pregunta del mastodonte con coleta, Conde comenzó a sacar sus cuentas: hacía años que no le pegaba los tarros a nadie, sus negocios de libros habían sido todo lo limpios que podían ser los negocios, nada más le debía dinero a Yoyi... y hacía demasiado tiempo que había dejado de ser policía para que alguien viniese ahora con una *vendetta*. Cuando sumó a sus prevenciones la entonación más ilusionada que agresiva de la pregunta, y le agregó la expresión de la cara del hombre, estuvo un poco más seguro de que el desconocido, al menos, no parecía traer intenciones de matarlo o caerle a palos.

-Sí, dígame...

El hombre se había levantado de uno de los sillones viejos y mal pintados que el Conde tenía en el portal de su casa y que, pese a su lamentable estado, el ex policía había encadenado entre sí y luego a una columna, para dificultar la intención de que fuesen cambiados de lugar. En la penumbra, solo quebrada por la luminaria del alumbrado público -el último bombillo colocado por Conde en su portal había sido cambiado a otra lámpara ignota una noche en que, demasiado borracho para pensar en bombillos, había olvidado recogerlo-, pudo hacer un primer retrato del desconocido. Se trataba de un hombre alto, quizás de un metro noventa, pasados los cuarenta años y también la cifra de kilogramos que le debían corresponder a su estructura. Llevaba el pelo, más bien escaso en la zona frontal, recogido en la nuca en forma de compensatoria coleta que, además,

equilibraba su protuberancia nasal. Cuando Conde estuvo más próximo a él y logró distinguir la palidez rosada de la piel y la calidad de la ropa, formalmente casual, pudo estimar que se trataba de alguien procedente de allende los mares. Cualquiera de los siete mares.

-Mucho gusto, Elías Kaminsky -dijo el forastero, trató de sonreír, y extendió la mano derecha hacia el Conde.

Convencido por el calor y la suavidad de aquella manaza envolvente de que no se trataba de un posible agresor, el ex policía había puesto en marcha su chirriante computadora mental para tratar de imaginar la razón por la cual, casi a medianoche, aquel extranjero lo esperaba en el oscuro portal de su casa. ¿Tenía razón el Yoyi y allí estaba, frente a él, un buscador de libros raros? Tenía pinta, concluyó, y puso cara de desinteresado en cualquier negocio, como le había recomendado la sabiduría mercantil del Palomo.

-¿Me dijo que su nombre es...? -Conde trató de empezar a aclararse la mente, por fortuna para él no demasiado enturbiada por el alcohol gracias al shock alimenticio propiciado por la vieja Josefina.

-Elías, Elías Kaminsky... Oiga, disculpe que lo haya esperado aquí... y a esta hora... Mire... -el hombre, que se expresaba en un español muy neutro, intentó sonreír, al parecer embarazado por la situación, y decidió si lo más inteligente no resultaría poner de inmediato su mejor carta en la mesa-. Yo soy amigo de su amigo Andrés, el médico, el que vive en Miami...

Con aquellas palabras las tensiones remanentes del Conde cedieron como por ensalmo. Tenía que ser un buscador de libros viejos enviado por su amigo. ¿Yoyi sabía algo y por eso estuvo haciéndose el de los presentimientos?

-Sí, ya, claro, algo me dijo... -mintió Conde, que desde hacía dos o tres meses no tenía comunicación alguna con Andrés.

-Menos mal. Bueno, su amigo le manda recuerdos y... -hurgó en el bolsillo también casual de su camisa (de Guess, logró identificarla Conde)- y le escribió esta carta.

Conde tomó el sobre. Hacía años que no recibía una carta de Andrés y sintió impaciencia por leerla. Algún motivo extraordinario debía de haber empujado al amigo para que se hubiese sentado a escribir, pues, como tratamiento profiláctico contra las acechanzas arteras de la nostalgia, desde que se radicara en Miami el médico había decidido mantener una relación

cautelosa con aquel pasado demasiado entrañable y, por tanto, pernicioso para la salud del presente. Solo dos veces al año quebraba el silencio y se revolvaba en la morriña: las noches del día del cumpleaños de Carlos y la del 31 de diciembre, cuando llamaba a la casa del Flaco, sabiendo que sus amigos estarían reunidos, tomando roñes y facturando pérdidas, incluida la suya, concretada hacía ya veinte años cuando, como advertía el bolero, Andrés se fue para no volver. Aunque sí había dicho adiós.

-Su amigo Andrés trabaja en el hogar geriátrico donde estuvieron mis padres varios años, hasta que murieron -volvió a hablar el hombre cuando vio cómo Conde doblaba el sobre y lo guardaba en su pequeño bolsillo-. Tuvo una relación especial con ellos. Mi madre, que murió hace unos meses...

-Lo siento.

-Gracias... Mi madre era cubana y mi padre polaco, pero vivió en Cuba veinte años, hasta que se fueron en 1958. -Algo en la memoria más afectiva de Elías Kaminsky le provocó una leve sonrisa-. Aunque nada más vivió en Cuba esos veinte años, él decía que era judío por su origen, polaco-alemán por sus padres y su nacimiento, legalmente ciudadano norteamericano y, por todo lo demás, cubano. Porque en realidad era más cubano que otra cosa. Del partido de los comedores de frijoles negros y yuca con mojo, decía siempre...

-Entonces era mi colega... ¿Nos sentamos? -Conde indicó los sillones y, con una de sus llaves, abrió el candado que los unía como un matrimonio forzado a la convivencia, y luego procuró darles una posición más favorable para una conversación. La curiosidad por saber la razón de que aquel hombre lo buscarse había borrado otra parte del desánimo que lo perseguía desde hacía semanas.

-Gracias -dijo Elías Kaminsky mientras se acomodaba-, pero no voy a molestarlo mucho, mire qué hora es...

-¿Y por qué vino a verme?

Kaminsky sacó una cajetilla de Camel y le ofreció uno a Conde, que lo rechazó con cortesía. Solo en caso de catástrofe nuclear o peligro de muerte se fumaba una de aquellas mierdas perfumadas y dulzonas. Conde, además de su filiación al Partido de los Comedores de Frijoles Negros, era un patriota nicotínico y lo demostró dándole fuego a uno de sus devastadores Criollos, negros, sin filtro.

-Supongo que Andrés le explica en la carta... Yo soy pintor, nací en Miami, y vivo ahora en Nueva York. Mis padres no soportaban el frío, y por eso tuve que dejarlos en Florida. Tenían un departamento en el hogar geriátrico donde conocieron a Andrés. A pesar del origen de ellos, es la primera vez que vengo a Cuba y..., mire, la historia es un poco larga. ¿Me aceptaría que lo invitara a desayunar mañana en mi hotel y hablamos del tema? Andrés me dijo que usted era la mejor persona posible para ayudarme a saber algo de una historia relacionada con mis padres... Ah, por supuesto, yo le pagaría por su trabajo, no faltaba más...

Mientras Elías Kaminsky hablaba, Conde sintió cómo sus luces de alarma, hasta poco antes atenuadas, se calentaban una a una. Si Andrés se atrevía a enviarle a aquel hombre, que al parecer no buscaba libros raros, alguna razón de peso debía de existir. Pero antes de tomarse un café con aquel desconocido, y mucho antes de decirle que no tenía tiempo ni ánimos para involucrarse en su historia, existían cosas que debía saber. Pero... ¿el tipo había dicho que le iba a pagar, no? ¿Cuánto? La inopia económica que lo perseguía en los últimos meses asimiló golosa la información. En cualquier caso, lo mejor, como siempre, era empezar por el principio.

-¿Me disculpa si leo la carta?

-Por supuesto. Yo estaría loco por leerla.

Conde sonrió. Abrió la puerta de su casa y lo primero que vio fue a *Basura II*, acostado en el sofá, justo en el único espacio que dejaban abierto varias pilas de libros. El perro, dormido y displicente, ni movió el rabo cuando Conde encendió la luz y rasgó el sobre.

«Miami, 2 de septiembre de 2007

«Condenado:

»Falta mucho para la llamada de fin de año, pero esto no podía esperar. Sé por Dulcita, que regresó hace unos días de Cuba, que todos ustedes están bien, con menos pelos y hasta más gordos. El portador NO es mi amigo. CASI lo fueron sus padres, dos viejos superchéveres, sobre todo él, el polaco cubano. Este señor es pintor, vende bastante bien por lo que parece y heredó algunas cosas (\$) de los padres. CREO que es buena gente. No como tú o como yo, pero más o menos.

»Lo que te va a pedir es complicado, no creo que ni tú lo puedas resolver, pero haz el intento, porque hasta yo estoy intrigado con esa historia. Además, es de las que te gustan, ya vas a ver.

»Por cierto, le dije que tú cobraba cien dólares diarios por tu trabajo, más gastos. Eso lo aprendí en una novela de Chandler que me prestaste hace dos cojones de años. En la que había un tipo que hablaba como los personajes de Hemingway, ¿ya sabes cuál es?

»Todos mis abrazos para TODOS. Sé que la semana que viene es el cumpleaños del Conejo. Felicítalo de mi parte. Elías le lleva además un regalito mío y también unas medicinas que José debe tomar.

»Con amor y escualidez, tu hermano de SIEMPRE,
«Andrés.

»P.S. Ah, dile a Elías que no puede dejar de contarte la historia de la foto de Orestes Miñoso...»

Conde no pudo evitar que los ojos se le humedecieran. Con los cansancios y frustraciones acumuladas, más aquel calor y la humedad del ambiente, a uno se le irritaban los ojos, se mintió sin pudor. En aquella carta, donde apenas decía nada, Andrés lo decía todo, con esos silencios y énfasis suyos, tipográficamente mayúsculos. El hecho de que se acordara del cumpleaños del Conejo varios días antes de la fecha lo delataba: si no escribía era porque no quería ni podía, pues prefería no correr el riesgo de venirse abajo. Andrés, en la distancia física, estaba todavía demasiado cercano y, al parecer, lo estaría siempre. La tribu a la cual pertenecía desde hacía muchos años era inalienable, *PER SAECULA SAECULORUM*, con mayúsculas.

Dejó la carta sobre el difunto televisor ruso que no se decidía a tirar a la basura y, sintiendo el peso de la nostalgia añadida al de sus frustraciones más desveladas y perseverantes, se dijo que lo mejor para resistir aquella inesperada conversación era sostenerla mojada en alcohol. De la botella del ron perrero que había dejado en reserva sirvió unas buenas porciones en sendos vasos. Solo entonces tuvo plena conciencia de su situación: ¿aquel hombre le pagaría cien dólares diarios por ayudarlo a saber algo? Casi

sintió un vahído. En el mundo destortalado y empobrecido en que Conde vivía, cien dólares eran una fortuna. ¿Y si trabajaba cinco días? El vahído se hizo más fuerte y para controlarlo se dio un trago directamente del pico de la botella. Con los vasos en la mano y la mente desbocada de planes económicos regresó al portal.

-¿Se atreve? -le preguntó a Elías Kaminsky extendiéndole el vaso que el otro aceptó susurrando un gracias-. Es ron barato..., el que yo tomo.

-No está mal -dijo el forastero luego de probarlo con cautela-. ¿Es haitiano? -preguntó con aires de catador, y de inmediato extrajo otro Camel y le dio fuego.

Conde se dio un lingotazo largo y se hizo el que degustaba aquel mofuco devastador.

-Sí, debe ser haitiano... Bueno, si quiere hablamos mañana en su hotel y me cuenta los detalles... -comenzó Conde, tratando de ocultar su ansiedad por saber-, pero dígame ahora qué es lo que usted cree que yo puedo ayudarlo a averiguar.

-Ya le dije, es una historia larga. Tiene mucho que ver con la vida de mi padre, Daniel Kaminsky... Para empezar, digamos que busco la pista de un cuadro, según todas las informaciones, un Rembrandt.

Conde no tuvo más remedio que sonreír. ¿Un Rembrandt, en Cuba? Años ha, cuando era policía, la existencia de un Matisse lo había llevado a meterse en una dolorosa historia de pasión y odio. Y el Matisse había resultado ser más falso que el juramento de una puta... o de un policía.² Pero la mención de un posible cuadro del maestro holandés era algo demasiado magnético para la curiosidad del Conde, cada vez más acelerada, quizás por la combustión de aquel ron tan horroroso que parecía haitiano y la promesa de un pago contundente.

-Así que un Rembrandt... ¿Cómo es esa historia y qué tiene que ver con su padre? -Empujó al extraño y añadió argumentos para convencerlo-. A esta hora aquí casi no hay calor... y me queda el resto de la botella de ron.

Kaminsky vació su trago y le extendió el vaso a Conde.

-Ponga el ron en los gastos...

-Lo que voy a poner es un bombillo en la lámpara. Mejor si nos vemos bien las caras, ¿no cree?

Mientras buscaba el bombillo, una silla sobre la que encaramarse, colocaba el bulbo en el enchufe y por fin se hacía la luz, Conde estuvo pensando que, en realidad, él no tenía remedio. ¿Por qué coño alentaba a

aquel hombre a contarle su relato filial si lo más probable era que no pudiera ayudarlo a encontrar nada? ¿Solo porque si aceptaba le iban a pagar? «¿A eso has llegado, Mario Conde?», se preguntó y prefirió, de momento, no hacer el intento de responderse.

Cuando volvió a su sillón, Elías Kaminsky sacó una fotografía del bolsillo prodigioso de su camisa casual y se la extendió al otro.

-La clave de todo puede ser esta foto.

Se trataba de una copia reciente de una impresión antigua. El sepia original de la fotografía se había tornado gris, y se podían observar los bordes irregulares de la cartulina primigenia. En la estampa se veía a una mujer, entre los veinte y los treinta años, ataviada con un vestido oscuro y sentada en una butaca de tela brocada y respaldo alto. Junto a la mujer, un niño, de unos cinco años, de pie, con una mano sobre el regazo de la señora, miraba hacia el objetivo. Por las ropas y los peinados Conde supuso que la imagen había sido tomada entre las décadas de 1920 y 1930. Ya advertido del tema, luego de observar a los personajes, Conde se concentró en un pequeño cuadro colgado tras ellos, por encima de una mesilla donde reposaba un jarrón con flores blancas. El cuadro tendría, tal vez, unos cuarenta por veinticinco centímetros, a juzgar por su relación con la cabeza de la mujer. Conde movió la cartulina, buscando la mejor iluminación para estudiar la figura enmarcada: se trataba del busto de un hombre, con el pelo abierto sobre el cráneo y caído hasta los hombros, y una barba rala y descuidada. Algo indefinible se transmitía desde aquella imagen, sobre todo desde la mirada entre perdida y melancólica de los ojos del sujeto, y Conde se preguntó si se trataba del retrato de un hombre o de una representación de la figura de Cristo, bastante cercana a alguna que debía de haber visto en uno o más libros con reproducciones de pinturas de Rembrandt... ¿Un Cristo de Rembrandt en la casa de unos judíos?

-¿Este retrato es de Rembrandt? -preguntó, sin dejar de mirar la foto.

-La mujer es mi abuela, el niño es mi padre. Están en la casa donde vivieron en Cracovia... y la pintura ha sido autentificada como un Rembrandt. Se ve mejor con una lupa...

Del bolsillo casual salió ahora la lupa, y Conde observó con ella la reproducción, mientras preguntaba:

-¿Y qué tiene que ver ese Rembrandt con Cuba?

-Estuvo en Cuba. Luego salió de aquí. Y hace cuatro meses apareció en una casa de subastas de Londres para ser vendido... Salía al mercado con

un precio base de un millón doscientos mil dólares, pues más que una obra acabada parece haber sido algo así como un estudio, de los varios que hizo Rembrandt para sus grandes figuras de Cristo cuando estaba trabajando en una de sus versiones de *Los peregrinos de Emaús*, la de 1648. ¿Usted sabe algo de ese tema?

Conde terminó su ron y observó otra vez la cartulina de la foto a través de la lupa, sin poder evitar la pregunta: ¿cuántos problemas de la vida de Rembrandt -bastante jodida según había leído- se hubieran podido resolver con aquel millón de dólares?

-Conozco poco... -admitió-. He visto láminas de ese cuadro... Pero si no recuerdo mal, en los *Peregrinos* Cristo mira hacia arriba, ¿no?

-Así es... El caso es que esta cabeza de Cristo parece haber llegado a manos de la familia de mi padre en 1648. Pero mis abuelos, unos judíos que venían huyendo de los nazis, la trajeron a Cuba en 1939... Era como su seguro de vida. Y el cuadro se quedó en Cuba. Pero ellos no. Alguien se hizo con el Rembrandt... Y hace unos meses otra persona, tal vez creyendo que había llegado el momento, empezó a tratar de venderlo. Ese vendedor se comunica con la casa de subastas a través de una dirección de correos en Los Ángeles. Tiene un certificado de autenticación fechado en Berlín, en 1928, y otro de compra, autentificado por un notario, fechado aquí en La Habana, en 1940..., justo cuando mis abuelos y mi tía ya estaban en un campo de concentración en Holanda. Pero gracias a esta foto, que mi padre conservó toda la vida, yo he detenido la subasta, pues hay mucha sensibilidad con el tema de las obras de arte robadas a los judíos antes y durante la guerra.

No le miento si le digo que no me interesa recuperar el cuadro por el valor que pueda tener, aunque no es poca cosa... Lo que sí quiero saber, y por eso estoy aquí, hablando con usted, es qué pasó con ese cuadro, que era la reliquia de mi familia, y con la persona que lo tenía acá en Cuba. Dónde estuvo metido hasta ahora... No sé si a estas alturas será posible saber algo, pero quiero intentarlo... y para eso necesito su ayuda.

Conde había dejado de mirar la foto y observaba al recién llegado, atraído por sus palabras. ¿Había oído mal o decía que no le interesaban demasiado el millón y tanto que valía la obra? Su mente, ya desbocada, había comenzado a buscar rutas para acercarse a aquella historia al parecer extraordinaria que le salía al paso. Pero, en aquel instante, no se le ocurría la menor idea: solo que necesitaba saber más.

-¿Y qué le contó su padre sobre la llegada de ese cuadro a Cuba?

-Sobre eso no me contó mucho porque lo único que sabía era que sus padres lo traían en el *Saint Louis*.

-¿El barco famoso que llegó a La Habana cargado de judíos?

-Ese mismo... Sobre el cuadro, mi padre sí me habló mucho. Sobre la persona que lo tenía acá en Cuba, menos...

Conde sonrió. ¿El cansancio, el ron y su mal ánimo lo volvían más bruto o se trataba de su estado natural?

-La verdad, no entiendo muy bien... o no entiendo nada... -admitió mientras le devolvía la lupa a su interlocutor.

-Lo que quiero es que me ayude a buscar la verdad, para yo también poder entender... Mire, ahora mismo estoy agotado, y quisiera tener la mente clara para hablarle de esta historia. Pero para convencerlo de que me escuche mañana, si es que podemos vernos mañana, nada más quiero confiarle algo... Mis padres salieron de Cuba en 1958. No en el cincuenta y nueve, ni en el sesenta, cuando se fueron de aquí casi todos los judíos y la gente que tenía plata, huyendo de lo que ellos sabían que sería un gobierno comunista. Estoy seguro de que esa salida de mis padres en 1958, que fue bastante precipitada, está relacionada con este Rembrandt. Y desde que el cuadro volvió a aparecer para la subasta, más que creer, estoy convencido de que esa relación de mi padre con el cuadro y su salida de Cuba tienen una conexión que puede haber sido muy complicada...

-¿Por qué muy complicada? -preguntó Conde, ya persuadido de su anemia mental.

-Porque si pasó lo que pienso que pasó, quizás mi padre hizo algo muy grave.

Conde se sintió a punto de explotar. El tal Elías Kaminsky o era el peor contador de historias que jamás hubiese existido o era un comemierda con título y diploma. A pesar de su pintura, sus cien dólares diarios y su ropa casual.

-¿Me va a decir por fin qué fue lo que pasó y la verdad que le preocupa?

El mastodonte recuperó su vaso y bebió el fondo del ron servido por Conde. Miró a su interlocutor y al fin dijo:

-Es que no es fácil decir que uno piensa que su padre, al que siempre vio como eso, como un padre..., puede haber sido la misma persona que le cortó el cuello a un hombre.

3- Cracovia, 1648-La Habana, 1939

DOS años antes de aquella mañana dramáticamente silenciosa en que Daniel Kaminsky y su tío Joseph se disponían para acercarse al puerto de La Habana y presenciar el esperado atraque del *Saint Louis*, la cada vez más tensa situación de los judíos europeos había comenzado a complicarse a un ritmo acelerado, capaz de augurar la llegada de nuevas y grandes desgracias. Fue entonces cuando los padres de Daniel decidieron que lo mejor sería colocarse en el centro de la tormenta y aprovechar la fuerza de sus vientos para propulsarse hacia la salvación. Por eso, valiéndose del hecho de que Esther Kellerstein había nacido en Alemania y sus padres aún vivían allí, Isaías Kaminsky, su esposa y sus hijos Daniel y Judit, luego de comprar la venia de unos funcionarios, consiguieron abandonar Cracovia y viajar a Leipzig. Allí el médico esperaba hallar una salida satisfactoria, junto con los otros miembros del clan de los Kellerstein, una de las familias más prominentes de la ciudad, reconocidos fabricantes de delicados instrumentos musicales de madera y de cuerdas que habían dado alma y sonido a incontables sinfonías alemanas desde los tiempos de Bach y Händel.

Ya establecidos en Leipzig, apoyándose en los contactos y el dinero de los Kellerstein, Isaías Kaminsky había comenzado la evacuación de los suyos con la muy complicada compra de un permiso de salida y un visado de turista para su hijo varón, que acababa de cumplir los ocho años. El destino inicial del muchacho sería la remota isla de Cuba, donde debía esperar el cambio de condición de su visado para viajar a Estados Unidos y la salida de sus padres y su hermana, que confiaban en que se produjese con cierta rapidez, si era posible directo hacia Norteamérica. La elección de La Habana como ruta para Daniel se debió a lo complicado que resultaba migrar hacia Estados Unidos y a la favorable condición de que, desde hacía unos años, allí vivía Joseph, el hermano mayor de Isaías, ya convertido por el desenfado cubano en Pepe Cartera, y a su disposición para presentarse ante las autoridades de la isla como sostén económico del muchacho.

Para los otros tres miembros de la familia varados en Leipzig las cosas resultaron más complicadas: por un lado, las restricciones de las autoridades

alemanas para que los judíos residentes en su territorio emigrasen a cualquier parte, a menos que tuvieran capital y entregaran hasta el último centavo de su patrimonio; por otro, la creciente dificultad que entrañaba conseguir un visado, en especial con destino a Estados Unidos, donde Isaías tenía puesta la mira, pues lo consideraba el país ideal para un hombre de su profesión, cultura y aspiraciones; y, por último, la empecinada confianza de los patriarcas de la familia Kellerstein de que siempre iban a gozar de cierta consideración y respeto gracias a su posición económica, lo cual debía facilitarles, cuando menos, conseguir una venta satisfactoria de su negocio, un trato capaz de permitirles la apertura de uno tal vez más modesto en otra parte del mundo. Sería aquella suma de sueños y deseos, unido a lo que Daniel Kaminsky luego juzgaría como un profundo espíritu de sumisión y una paralizante incapacidad de comprensión de lo que estaba ocurriendo, la que les robaría unos meses preciosos para intentar alguna de las vías de escape ya practicadas por otros judíos de Leipzig que, menos románticos e integrados que los Kellerstein, se habían convencido de que no solo sus negocios, casas y relaciones estaban en juego, sino, y sobre todo, sus vidas, por el hecho de ser judíos en un país que había enfermado del más agresivo nacionalismo.

La compacta confianza en la gentileza y urbanidad alemanas con las cuales habían convivido y progresado por generaciones, no salvó a los Kellerstein de la ruina y la muerte. Si para aquella época ya los judíos alemanes habían perdido todos sus derechos y eran parias civiles, entonces se dio otra vuelta de tuerca que convertía su condición religiosa y racial en un delito. La noche del 9 al 10 de noviembre de 1938, seis meses después de la salida de Daniel hacia Cuba, los Kellerstein prácticamente lo perdieron todo durante la jornada negra de los Cristales Rotos.

Dispuestos a buscar un visado hacia cualquier parte del mundo en donde al menos no corrieran iguales peligros, los padres y la hermana de Daniel fueron a dar a Berlín, acogidos por un médico no judío, ex compañero de Isaías Kaminsky en sus años de estudios universitarios. Allí Isaías, mientras corría de un consulado a otro, fue testigo de las grandes marchas nazis y pudo tener una noción definitiva de lo que se avecinaba para Europa. En una de las cartas que en ese tiempo le escribió a su hermano Joseph, Isaías trataba de explicar, o tal vez de explicarse a sí mismo, lo que sentía en aquellos momentos. La misiva, que años después el tío Pepe le entregaría a Daniel y, otros años después, Daniel pondría en

manos de su hijo Elías, constituía una vivida constatación de cómo el miedo invade a un individuo cuando las fuerzas desatadas y manipuladas de una sociedad lo eligen como enemigo y le sustraen el recurso de apelación, en este caso solo por profesar determinadas ideas que los otros, la mayoría manipulada por un poder totalitario, han asumido como perniciosas para el bien común. El deseo de escapar de sí mismo, de perder la singularidad en la vulgaridad homogénea de la masa, se ofrecían como alternativas contra el miedo y las manifestaciones más irracionales de un odio revestido de deber patriótico y asimilado por una sociedad alterada por una creencia mesiánica en su destino. En uno de los párrafos finales de la misiva Isaías afirmaba: «Sueño con ser transparente». Aquella frase, resumen de su dramática voluntad de sumisa evasión, sería la inspiración capaz de mover muchas de las actitudes de su hijo y lo impulsaría, más que al deseo de adquirir una transparencia, a la búsqueda de convertirse en otro.

Fue en el momento más tenso de aquel trance, sintiéndose al borde de la asfixia por la presión nazi, cuando el doctor Isaías Kaminsky recibió un cablegrama enviado desde La Habana, en el cual Joseph le anunciaba la apertura de una brecha inesperada hacia la salvación: una agencia del Gobierno cubano montaría una oficina en la embajada de Berlín para realizar la venta de visados a los hebreos que quisieran viajar a la isla en condición de turistas. El mismo día que comenzó a funcionar la agencia, Isaías Kaminsky se presentó en la embajada y logró comprar los tres visados. De inmediato, con la ayuda de los Kellerstein y su colega médico, pagó la cuota exigida por el Gobierno alemán para conceder el permiso de salida a los judíos y, por fin, los billetes de primera clase para un transatlántico autorizado por la dirección de Inmigración a zarpar desde Hamburgo con destino a La Habana: el *S.S. Saint Louis*, que se hizo a la mar el 13 de mayo de 1939, previendo llegar a Cuba justo dos semanas más tarde, y depositar allí su carga humana de novecientos treinta y siete judíos alborozados por su buena fortuna.

Cuando Joseph Kaminsky y su sobrino Daniel llegaron al puerto la mañana del 27 de mayo de 1939, aún no había amanecido. Pero, gracias a los reflectores colocados en la Alameda de Paula y el muelle de Caballería, descubrieron con júbilo que el lujoso transatlántico ya estaba anclado en la bahía, pues había llegado varias horas antes de lo previsto, azuzado por la presencia de otros navíos cargados de pasajeros judíos, también en busca de

un puerto americano dispuesto a aceptarlos- Lo primero en llamar la atención de Pepe Cartera fue que la nave había debido fondear lejos de los puntos por donde solían atracar los barcos de pasajeros: o el muelle de Casablanca, donde se hallaba el Departamento de Inmigración, o el de la línea Hapag, la Hamburgo-Amerikan Linen, a la cual pertenecía el *Saint Louis* y por donde desembarcaban los turistas de paso por La Habana.

En las inmediaciones del puerto ya se habían reunido cientos de personas, la mayoría judíos, pero también muchísimos curiosos, periodistas, policías. Y al borde de las seis y treinta de la mañana, cuando se encendieron las luces de cubierta y se escuchó la señal de sirena ordenada por el capitán del buque para abrir los salones del desayuno, muchos de los reunidos en el muelle saltaron de alegría, provocando una prolongada algarabía a la que se sumaron los pasajeros, pues unos y otros la asumieron como la indicación del inminente desembarco.

Con los años y gracias a la información recogida, Daniel Kaminsky llegó a comprender que aquella aventura destinada a trazar la suerte de su familia había nacido torcida de un modo macabro. En realidad, mientras el *Saint Louis* navegaba hacia La Habana, ya estaban marcados cada uno de los pasos de la tragedia en la que terminaría aquel episodio, uno de los más bochornosos y mezquinos de la política en todo el siglo XX. Porque en la suerte de los judíos embarcados en el *Saint Louis* se vinieron a cruzar, como si quisieran dar forma a las espirales de un lazo para la horca, los intereses políticos y propagandísticos de los nazis, empeñados en mostrar que ellos permitían emigrar a los judíos, y las estrictas políticas migratorias reclamadas por las distintas facciones del Gobierno de Estados Unidos, más el peso decisivo que sus presiones ejercían sobre los gobernantes cubanos. Al lastre de aquellas realidades y manejos políticos se sumaría, como colofón, el mayor mal que azotó a Cuba durante aquellos años: la corrupción.

Los imprescindibles permisos de viaje concedidos por la agencia cubana radicada en Berlín fueron una pieza clave en el juego perverso que envolvería a los padres y la hermana de Daniel y a otros muchos de los novecientos treinta y siete judíos embarcados en el transatlántico. Muy pronto se sabría que su venta formaba parte de un negocio montado por el senador y ex coronel del ejército Manuel Benítez González, que, gracias a la cercanía de su hijo con el poderoso general Batista, detentaba por ese entonces el cargo de director de Inmigración... A través de su agencia de

viajes, Benítez llegó a vender unos cuatro mil permisos de entrada en Cuba, a ciento cincuenta pesos cada uno, lo que generó la fabulosa ganancia de seiscientos mil pesos de la época, una plata con la cual debió de mojarse mucha gente, quizás hasta el mismo Batista, a cuyas manos iban a dar todos los hilos que movieron al país desde su Rebelión de los Sargentos de 1933 hasta su bochornosa huida en la primera madrugada de 1959.

Por supuesto, al enterarse de aquellos movimientos, el entonces presidente cubano, Federico Laredo Bru, decidió que había llegado la hora de entrar en el juego. Movido por presiones de algunos de sus ministros, pretendió mostrar su fortaleza ante el poder de Batista, pero también, como era la usanza nacional, se dispuso a obtener una tajada en el pastel. El primer gesto presidencial fue aprobar un decreto mediante el cual cada refugiado que pretendiese llegar a Cuba debía aportar quinientos pesos para demostrar que no sería una carga pública. Y cuando ya los permisos de Benítez y los pasajes del *Saint Louis* estaban vendidos, dictó otra ley con la cual invalidaba las visas de turistas dadas con anterioridad, y a través de la cual exigía a los pasajeros el pago de casi medio millón de dólares al Gobierno cubano para permitir su ingreso en la isla en calidad de refugiados.

Los embarcados en el transatlántico, por supuesto, no podían aportar aquellas sumas. Al abandonar suelo alemán, a los presuntos turistas solo se les había permitido salir con una maleta de ropa y diez marcos, equivalentes a unos cuatro dólares. Pero, como parte de su juego, Goebbels, el jefe de la propaganda alemana y demiurgo de aquel episodio, había hecho circular el rumor de que los refugiados viajaban con dinero, diamantes, joyas que sumaban una enorme fortuna. Y el presidente cubano y sus asesores le dieron al jerarca nazi mucho más que el beneficio de la duda.

Cuando amaneció, el gentío arracimado en el puerto ya sobrepasaba las cinco, seis mil personas. El niño Daniel Kaminsky no entendía nada, pues los comentarios que circulaban eran continuos y contradictorios: unos provocaban la esperanza y otros el desconsuelo. La gente incluso corría apuestas: a que desembarcan o a que no desembarcan, y apoyaban sus decisiones con diversos argumentos. Para consuelo de los pasajeros y de sus parientes alguien informó de que los trámites del descenso solo se habían pospuesto por ser fin de semana y estar de asueto la mayoría de los funcionarios cubanos. Pero la mayor confianza en el bando de los familiares estaba depositada en la certeza de que en Cuba todo se podía comprar o

vender, y por tal razón pronto llegarían a La Habana unos enviados del Comité para la Distribución de los Refugiados Judíos, dispuestos a negociar los precios fijados por el Gobierno cubano...

En realidad Joseph Kaminsky y su sobrino Daniel tenían una muy poderosa razón para estar más optimistas que el resto de los familiares de los viajeros hacinados en el puerto de La Habana. El tío Pepe Cartera ya le había confiado al muchacho, en el mayor secreto, que sus padres y su hermana tenían en las manos algo mucho más cotizado que unos visados: poseían una llave capaz de abrirles, de par en par, las puertas de la isla a los tres Kaminsky embarcados en el *Saint Louis*. Porque con ellos viajaba, de algún modo hurtada a las requisas nazis, la pequeña tela con una pintura antigua que por años había estado colgada en alguna pared de la casa familiar. Aquella obra, firmada por un famoso y muy cotizado pintor holandés, ya era capaz de alcanzar un valor que, suponía Joseph, sobrepasaría con creces las exigencias de cualquier funcionario de la policía o de la secretaría de Inmigración cubanas, cuyas bondades, aseguraba el hombre, se solían comprar por muchísimo menos dinero.

A lo largo de casi tres siglos la pintura que representaba la cara de un hombre clásicamente judío pero a la vez clásicamente parecido a la imagen iconográfica del Jesús de los cristianos, había pasado por varios estados de relación con la familia Kaminsky: un secreto, una reliquia familiar y, al final, una joya sobre la cual los últimos Kaminsky que disfrutaron de su posesión apostarían sus mayores esperanzas de salvación.

En la casa de Cracovia donde Daniel había nacido en 1930, los Kaminsky, aunque ya no tenían el desahogo económico de unas décadas atrás, vivían con las comodidades de una típica familia judía pequeño-burguesa. Algunas fotos salvadas del desastre lo demostraban. Muebles de maderas nobles, espejos alemanes, viejos jarrones de porcelana de Delft se veían en esas cartulinas teñidas de sepia. Y sobre todo lo revelaba aquella precisa foto de Daniel a los cuatro, cinco años, acompañado por su madre Esther, una instantánea tomada en el luminoso salón que hacía las veces de comedor. En aquella imagen se veía, justo detrás del niño y por encima de una mesa engalanada con un jarrón cargado de flores, el marco de ébano labrado en el cual Isaías había hecho montar, como si fuese el blasón del clan, la pintura que representaba a un hombre trascendente con trazas de judío y la mirada perdida en lo infinito.

Cuarenta años atrás el tratante de pieles Benjamín Kaminsky, padre e Joseph, del ya difunto Israel y de Isaías, había logrado amasar una generosa fortuna y, decidido a garantizar el futuro de sus hijos, había insistido en legarles algo que nadie podría arrebatarles: sus estudios. Antes de que se iniciara la guerra de 1914 había enviado a Bohemia al primogénito Joseph, para que allí desarrollara sus notables habilidades manuales entrenándose con los mejores artífices del trabajo con pieles, muy reconocidos en aquella región del mundo. De esta manera, el día que heredara el negocio familiar lo haría con una preparación capaz de garantizarle un rápido progreso. Después, Benjamín había encaminado al malogrado Israel a estudiar ingeniería en París, donde el joven muy pronto decidió establecerse, deslumbrado por la ciudad y la cultura francesa. Para su desgracia, en su proceso de afrancesamiento Israel acabaría enrolándose en el ejército francés para terminar sus días en una trinchera desbordada de barro, sangre y mierda en las inmediaciones de Verdún. Después de la Gran Guerra, aún en medio de la crisis que acabó con tantas fortunas y de la inestabilidad política en que se vivía, el peletero invirtió sus últimos activos en enviar a su propio benjamín, Isaías, a hacerse médico en la Universidad de Leipzig. Fue en esa época cuando el joven conoció a Esther Kellerstein, hija de una solvente y reputada familia de la ciudad, la bella muchacha con la que se casó y, en 1928, se estableció en Cracovia, la patria ancestral de los Kaminsky.

Muerto en la guerra el hermano Israel y confesadas las intenciones de Joseph de largarse a buscarse la vida en un nuevo mundo donde no se viviera en constante temor a un pogromo, el padre de Isaías le había dado al hijo menor la custodia de aquella pintura antigua que, por varias generaciones, siempre fuera entregada al primogénito varón de la estirpe. Por primera vez la futura propiedad de la obra, de cuyo valor ya tenían noticias más confiables, sería compartida entre dos hermanos, aunque desde el principio, Joseph, siempre frugal, con cierta vocación de ermitaño y despojado de grandes ambiciones, prefirió dejarla al cuidado de su hermano «intelectual», como solía decirle al médico, pues, además, debido a su tendencia a la ortodoxia religiosa, nunca había tenido una relación de simpatía con aquel retrato. Más bien lo contrario. Gracias a todas esas condiciones, años más tarde, cuando Joseph supo de las dificultades económicas entre las cuales Isaías trataba de obtener una vía de escape de Alemania para él y su familia, le resultó fácil tomar una determinación.

Aquel hombre que solía contar los centavos y tenía al sobrino Daniel -y a sí mismo- siempre al borde de la inanición para no hacer gastos excesivos en cosas que, al final, decía, se convertían en mierda (debido a su estreñimiento crónico, vivió hasta la muerte obsesionado con la mierda y preocupado por el acto traumático de su evacuación), le había escrito a su hermano confirmándole que podía disponer con toda libertad del cuadro si llegaba el momento en que, con su venta, garantizaba su supervivencia. Tal vez ese era el destino manifiesto de aquella controvertida y herética joya rocambolescamente obtenida por la familia casi trescientos años atrás.

Nadie sabía a ciencia cierta cómo aquella pintura, un lienzo más bien pequeño, había llegado a manos de unos remotos Kaminsky, según todo parecía indicar, a mediados del siglo XVII, poco después de haber sido pintada. Aquella época precisa había sido la más terrible vivida por la comunidad judía de Polonia, aunque muy pronto sería superada en crueldad y cantidad de víctimas. A pesar del mucho tiempo transcurrido, para todos los judíos del mundo resultaba muy conocida la historia de la persecución, martirio y muerte de varios miles de hebreos por las hordas borrachas de sadismo y odio de los cosacos y los tártaros, una carnicería llevada hasta más allá de todos los extremos entre 1648 y 1653.

La crónica familiar en torno a la pintura que los Kaminsky poseían desde esos tiempos turbulentos se había montado a partir de una fabulosa, romántica y para muchos de ellos falsa historia de un rabino que, huyendo del avance de las tropas cosacas, había escapado casi por milagro del sitio de la ciudad de Nemirov, primero, y de Zamosc, después. El mítico rabino, decían, había conseguido llegar a Cracovia, donde, para su mala fortuna, lo había atrapado otro enemigo tan implacable como los cosacos: la epidemia de peste que en un verano acabó con la vida de veinte mil judíos solo en aquella ciudad. De generación en generación los miembros del clan se contarían que el médico Moshé Kaminsky había atendido al rabino en sus últimos trances, y cómo aquel sabio (cuya familia había sido masacrada por los cosacos del célebre Chemiel el Perseguidor, un asesino para los judíos y héroe justiciero para los ucranianos), al comprender cuál sería el desenlace, había entregado unas cartas y tres pequeños lienzos al médico. Las pinturas eran aquella cabeza de un hombre, a todas luces judío, que de una manera muy naturalista pretendía ser una representación del Jesús cristiano, aunque con la evidente intención de resultar más humano y terrenal que la figura establecida por la iconografía católica de la época; un pequeño paisaje de la

campiña holandesa; y el retrato de una joven, vestida a la usanza holandesa de aquellos tiempos. Las cartas nadie supo lo que decían, pues estaban escritas en un idioma incomprendible para los judíos del Este y los polacos, y en algún momento tomaron un rumbo desconocido, al menos para los descendientes del médico que conservaron y transmitieron la historia del rabino y las pinturas.

Según aquella leyenda familiar, el rabino le había contado al doctor Moshé Kaminsky que había recibido las telas y cartas de manos de un sefardí que decía ser pintor. El sefardí le había asegurado que el retrato de la joven era obra suya, que el paisaje lo había pintado un amigo suyo, mientras la cabeza de Jesús, o de un joven judío parecido al Jesús de los cristianos, en realidad era un retrato de él mismo, el joven sefardí, y había salido de las manos de su maestro, el más grande pintor de retratos de todo el mundo conocido... Un holandés llamado Rembrandt van Rijn, cuyas iniciales se podían leer en el borde inferior de la tela, junto a la fecha de ejecución: 1647.

Desde entonces la familia Kaminsky, también por puro prodigo escapada de las matanzas y las enfermedades de aquellos años tenebrosos, había conservado los lienzos y el relato bastante inverosímil que, según sabían, el remoto doctor había escuchado de labios del delirante rabino que había sobrevivido a varios asaltos cosacos. ¿Qué integrante de la comunidad judía polaca de la mitad del siglo XVII, desangrada y horrorizada por la violencia genocida que la diezmaba, podía creerse aquella historia de un judío sefardí, por más señas pintor, perdido por esos lares? ¿Cuál de aquellos hijos de Israel, por aquel tiempo fanatizados hasta la desesperación con las andanzas por Palestina de un tal Sabbatai Zeví que se había proclamado el verdadero Mesías capaz de redimirlos, cuál de aquellos judíos iba a creer que por los campos de la Pequeña Rusia pudiese andar un sefardí, venido a Ámsterdam, quien, para colmo de despropósito, se reconocía pintor? Porque ¿dónde se había visto alguna vez a un judío pintor? ¿Y cómo ese increíble judío pintor podría y se atrevería a andar por aquellos territorios con tres óleos, entre ellos un retrato suyo demasiado parecido al de Cristo? ¿No era más posible que en alguno de los ataques de cosacos y tártaros el supuesto rabino se hubiera apropiado, por sabe Dios qué mañas, de aquellas pinturas? ¿O que el ladrón fuese el propio doctor Moshé Kaminsky, creador de la torpe fábula del sefardí pintor y el rabino muerto para ocultar tras esos personajes algún acto oscuro realizado durante

los años de la peste y la matanza? Fuera o no verdadera la historia, lo cierto fue que el médico entró en posesión de las obras y las guardó hasta el final de su vida sin mostrárselas a nadie, por temor a ser considerado un adorador de imágenes idolátricas. Por desgracia, decían los descendientes que por siglos fueron transmitiendo la crónica y la herencia, el pequeño paisaje de la campiña holandesa había llegado muy deteriorado a las manos de Moshé Kaminsky, mientras, con los años, la pintura que reproducía el rostro de la muchacha judía, tal vez por la mala calidad de los pigmentos o de la tela, se fue desvaneciendo y agrietando, hasta esfumarse, escama a escama. Pero el retrato del joven judío, no. Como cabía esperar, varias generaciones de Kaminsky mantuvieron aquella pieza, quizás hasta valiosa, oculta de las miradas públicas, muy en especial de las miradas de otros judíos polacos, cada vez más ortodoxos y radicales, pues el acto de exhibirla podía ser considerado una enorme violación de la Ley sagrada, ya que no solo se trataba de una imagen humana, sino de la imagen de un judío que encarnaba al pretendido mesías.

Fue el padre de Benjamín y bisabuelo de Daniel Kaminsky el primero del clan que se atrevió a colocar en un lugar visible de su casa aquella pintura. Para algo era medio ateo, como buen socialista, y hasta llegó a ser un líder obrero más o menos importante en la Cracovia de la mitad del siglo XIX. Desde entonces la crónica familiar sobre el cuadro adquirió nuevos ribetes dramáticos, pues uno de aquellos socialistas judíos, compañero de luchas del bisabuelo de Daniel Kaminsky, resultó ser un sindicalista francés y, según decía él mismo, íntimo amigo de Camille Pisarro, ese sí judío y pintor, y mucho se ufanaba de sus conocimientos de la pintura europea. Desde el primer día que el francés vio en la casa el retrato de la cabeza del joven judío, le aseguró a su camarada Kaminsky que tenía en una pared nada más y nada menos que una pieza del holandés Rembrandt, uno de los artistas más admirados por los pintores parisinos de aquella época, incluido su amigo Pisarro.

Pero fue Benjamín Kaminsky, el abuelo de Daniel, que no era socialista y sí un hombre muy interesado en hacer dinero por cualquier vía, el que un día cargó con el cuadro y lo llevó al mejor especialista de - Varsovia. El técnico le certificó que se trataba, en efecto, de una pintura holandesa del siglo XVII, pero no pudo garantizar si se trataba de una obra de Rembrandt, aunque tuviera muchos elementos de su estilo. El principal problema para su autenticación se debía a que en el estudio de Rembrandt

se habían pintado varias cabezas como aquella, más o menos acabadas, y existía entre los catalogadores una gran confusión respecto a cuáles eran obras del maestro y cuáles de sus alumnos, a los que muchas veces hacía pintar piezas con él o a partir de las suyas. En ocasiones, si le satisfacía el resultado, el maestro incluso las firmaba y luego las vendía como suyas... Por eso el especialista polaco, ateniéndose a ciertas soluciones demasiado fáciles, como de obra inacabada, se inclinaba a pensar que se trataba de una obra pintada por un discípulo de Rembrandt, en el taller de Rembrandt, y mencionó varios posibles autores. No obstante, dijo el hombre, se trataba de una tela sin duda importante (aunque no demasiado valiosa en términos económicos por no ser obra de Rembrandt), pero advertía que su juicio no debía ser tomado como definitivo. Tal vez los especialistas holandeses o los puntillistas catalogadores alemanes...

El hecho de estar un poco decepcionado por la más que posible pertenencia del cuadro a un alumno y no al cada vez más valorado maestro holandés, hizo que Benjamín Kaminsky no le diera a la pintura otro destino que un modesto marco colocado en la sala de la casa familiar. Porque, de haber tenido la certeza de su valor, lo más seguro es que hubiera convertido la reliquia en dinero, un dinero que, también lo más seguro, se habría hecho agua y sal durante cualquiera de las crisis de aquellos años terribles, anteriores y posteriores a la guerra mundial.

Sería el propio doctor Isaías Kaminsky quien por fin decidió someter al cuadro a un análisis riguroso. Hombre más curioso y espiritual que su progenitor, quiso salir de dudas y se lo llevó consigo a Berlín cuando viajó a Alemania para casarse con la bella Esther Kellerstein en 1928. Entonces se citó con dos especialistas de la ciudad, profundos conocedores de la pintura holandesa del período clásico, y les presentó el retrato del joven judío semejante al Jesús de la iconografía cristiana y... ambos certificaron que, aunque más bien parecía un estudio que una obra terminada, sin duda se trataba de una tela de la serie de los *tronies* (como les llamaban los holandeses a los retratos de bustos) pintados en la década de 1640 en el taller de Rembrandt, con la imagen de un Cristo muy humano. Pero, agregaron, aquella en específico, casi con toda seguridad, había sido pintada... ¡por Rembrandt!

Cuando tuvo la certeza del origen y valor de la obra, Isaías Kaminsky encargó su limpieza y restauración, al tiempo que le escribía una larga carta a su hermano Joseph, ya radicado en La Habana y en proceso de convertirse

en Pepe Cartera, narrándole los detalles de la fabulosa confirmación. Gracias al juicio de los especialistas, Isaías pensaba ahora que debía de haber mucho de verdad en lo que, *supuestamente*, había dicho aquel mítico judío sefardí holandés, *supuestamente* pintor, cuando *supuestamente* entregó la tela al rabino -¿por qué?, ¿por qué dársela a alguien si ya por aquella época debía de ser muy valiosa?- que, luego de escapar tantas veces de las espadas y los caballos de los cosacos, terminó atrapado por la peste negra que asolaba la ciudad de Cracovia y fue a agonizar en los brazos del doctor Moshé Kaminsky. El generoso rabino que, antes de morir, *supuestamente* le había regalado al médico tres pinturas al óleo, un puñado de cartas y aquel extraordinario relato sobre la existencia de un sefardí holandés apasionado por la pintura, perdido en las inmensas praderas de la Pequeña Rusia. Una historia en la cual, comprobado el origen del cuadro, ahora los Kaminsky tenían más motivos para creer.

La zona del puerto pronto se convertiría en una especie de carnaval grotesco. Desde la misma mañana del sábado 27 de mayo, el día del arribo del *Saint Louis*, los miles de judíos radicados en La Habana, tuvieran o no familiares en el barco, habían acampado en los muelles, rodeados por una infinidad de curiosos, periodistas, las prostitutas y marinos de siempre y unos policías deseosos de ejercer como policías y reprimir a alguien. En las aceras, portales, comercios se habían montado puestos de ventas de comida y refrescos, sombrillas y prismáticos, sombreros y sillas de tijera, oraciones católicas y atributos afrocubanos, abanicos y chanclas, remedios para la insolación y periódicos con las penúltimas noticias sobre las transacciones que determinarían si los pasajeros se quedaban o se iban con su música a otra parte, como dijera uno de los voceadores. El más lucrativo de los negocios, sin duda, era el alquiler de botes a bordo de los cuales las personas con familiares en el transatlántico se aproximaban al buque todo cuanto les permitía el cordón formado por las lanchas de la policía y la marina, para desde allí ver a sus parientes y, si sus voces llegaban, transmitirles algún mensaje de aliento.

Durante aquellos días Daniel Kaminsky advirtió muy pronto cómo sus sentidos se embotaban con tal acumulación de experiencias y descubrimientos que le resultaban alucinantes. Si los meses ya vividos en la ciudad le habían permitido admirarse por su vitalidad y desenfado, el hecho de haber pasado una buena parte de su tiempo entre judíos *como él* y su

incapacidad para entender la jerga veloz hablada por los cubanos apenas le había ofrecido la posibilidad de asomarse a la *superficie* del país. Pero aquel torbellino humano desatado por el barco cargado de refugiados a los que la gente insistía en llamar «polacos» resultaría ser una tormenta de pasiones e intereses que de alguna manera implicaba a un pobre inmigrante como él y al presidente de la *República*. Para Daniel, el dramático episodio funcionaría como un empujón hacia las entrañas de un mundo efervescente que ya le resultaba magnético: aquella capacidad cubana de vivir cada situación como si se tratase de una fiesta le parecía, incluso desde la perspectiva de su ignorancia y desesperación, un modo mucho más amable de pasar por la tierra y obtener de ese tránsito efímero lo mejor que pudiera ofrecer. Allí todo el mundo reía, fumaba, bebía cerveza, incluso en los velatorios; las mujeres, casadas, solteras o viudas, blancas y negras, caminaban con una cadencia perversa y se detenían en plena calle a conversar con conocidos o desconocidos; los negros gesticulaban como si bailaran y los blancos se vestían como proxenetas. Las personas, hombres y mujeres, se miraban a los ojos. Y aun cuando la gente se moviera con frenesí, en realidad nadie parecía apurarse por nada. Con los años y el aumento de su capacidad de comprensión, Daniel llegó a entender que no todas sus impresiones de aquellos tiempos resultaban fundadas, pues los cubanos afrontaban también sus propios dramas, sus miserias y sus dolores, aunque a la vez descubriría que lo hacían con una levedad y un pragmatismo del cual se enamoraría por el resto de su existencia con la misma intensidad con que sostendría su romance con los potajes de frijoles negros.

La tensa semana que el barco estuvo fondeado en La Habana fue un tiempo enloquecido en el que de día en día, e incluso dentro de un mismo día y a veces con el intervalo de minutos, se vivieron momentos de euforia sucedidos por otros de desencanto y frustración, aliviados por la llegada de una esperanza que luego se esfumaba y aumentaba las cuotas de sufrimientos acumulados por los familiares de los refugiados.

Las ilusiones de los primeros instantes siempre se sostuvieron en la posibilidad de alguna negociación económica con el Gobierno cubano y, sobre todo, en las presiones que los judíos establecidos en Norteamérica hacían o trataban de hacer sobre el presidente Roosevelt para que de manera excepcional alterase la cuota de refugiados admisibles en la Unión. Pero el

paso de los días sin que se concretaran acuerdos en La Habana ni cambios de política en Washington se encargó de ir desinflando sueños.

Lo que más afectó a Daniel fue presenciar cómo, en aquella misma Cuba leve y festiva, la propaganda antisemita se había disparado hasta niveles insospechados en un país por lo general tan abierto. Alentada por los falangistas españoles, por los editoriales antiinmigrantes y antisemitas del *Diario de la Marina*, por los vociferantes miembros del Partido Nazi Cubano, por el dinero y las presiones de los agentes alemanes asentados en la isla, aquella expresión de odio invadió demasiadas conciencias. El niño Daniel Kaminsky, que tuvo ocasión de ver una marcha de resonancias berlinesas que reunió a cuarenta mil personas dedicadas a gritar improperios contra los judíos y, en general, contra los extranjeros, llegó a sentir en aquel momento que, de tanto imaginar un regreso a su mundo perdido, aquel mundo había venido a buscarlo en la distante, musical y colorida capital de la isla de Cuba.

La campaña contra el posible desembarco de los refugiados fue una explosión de oportunismos y mezquindades. Los pocos pero muy vociferantes nazis cubanos se oponían a cualquier inmigración que no fuese blanca y católica, y no solo exigían que se impidiera ingresar a los peregrinos del momento, sino hasta la expulsión de los otros judíos ya radicados en la isla y, de paso, de los braceros jamaicanos y haitianos, pues había que blanquear la nación. Los comunistas, por su lado, se vieron con las manos atadas por su lucha en favor de que no se dieran puestos de trabajo a los extranjeros, y admitir a los recién llegados podía ir contra esa política. Mientras, varios líderes de la comunidad de los más ricos comerciantes españoles, hombres casi todos de tendencia falangista, volcaron en los judíos su rechazo hacia sus compatriotas republicanos en desbandada, muchos de los cuales también pretendían asentarse en Cuba. Lo más doloroso, sin embargo, fue ver cómo la gente común, siempre tan abierta, muchas veces repetía cuanto le habían inculcado: los judíos son sucios, criminales, trámosos, avaros, comunistas, decían... Lo que Daniel Kaminsky, abrumado con tantos descubrimientos, nunca llegaría a entender del todo era que eso ocurriese en un país donde, antes y después, los judíos se integraron con toda tranquilidad, sin sufrir especiales discriminaciones y ninguna violencia. Resultaba evidente, era evidente, como después llegaría a entenderlo, que la propaganda y el dinero nazi habían conseguido su objetivo, con la colaboración por ellos prevista del Gobierno de Estados

Unidos y su política de cuotas de emigrantes. Y, al mismo tiempo, que el juego político cubano había tomado como rehenes a los refugiados o que la cifra disponible por las organizaciones judías para comprar el desembarco de los peregrinos no resultaría suficiente para las desbocadas ambiciones de los políticos. También aprendió, para siempre, que el proceso de manipular a la masa y sacarle a la luz sus peores instintos resulta más fácil de explotar de lo que suele creerse. Incluso entre los cultos y gentiles alemanes. Incluso entre los abiertos y alegres cubanos.

Muy pronto la gente en la isla sabría que el presidente Bru, presionado por el Departamento de Estado norteamericano, no parecía dispuesto a arriesgarse a sufrir la ira del vecino poderoso por los doscientos cincuenta mil dólares a los cuales, en sus negociaciones con los enviados del Comité para la Distribución de los Refugiados, se había logrado levantar el monto que se pretendía pagar por el desembarco de los pasajeros del *Saint Louis*. Bru, esperanzado en salir de aquel mal paso al menos con los bolsillos bien llenos, insistió en fijar en medio millón la cifra exigida. Pero, al no conseguir esa suma y vencido por la presión norteamericana, terminaría por tomar la opción menos conveniente para él y para los pasajeros: cerraría las conversaciones con los abogados del Comité con la orden de que el 1 de junio, al sexto día de llegado el *Saint Louis* a La Habana, debía producirse su salida de las aguas jurisdiccionales cubanas.

Fue justo el día anterior cuando Pepe Cartera, vencido por los muchos ruegos de su sobrino y empujado por los alarmantes comentarios en circulación, accedió a pagar los dos pesos a los que, desde los veinticinco centavos per cápita del primer día, había subido la tarifa del paseo en bote hasta el transatlántico. Frente al llamado muelle de Caballería, Joseph y Daniel abordaron la pequeña lancha y, cuando estuvieron a la menor distancia permitida, el tío comenzó a gritar en yídish, hasta que unos minutos después Isaías, Esther y Judit, entre empellones, pudieron asomarse a la baranda de la cubierta inferior. Daniel siempre recordaría, sin perdonárselo jamás, cómo en ese instante fue incapaz de decirles nada a sus padres y su hermana: un llanto asfixiante le cortó la voz. Pero, en lo esencial, el viaje había valido para ellos mucho más que el exorbitante precio pagado, pues el tío Joseph pudo recibir el encriptado pero definitivo mensaje de su hermano: «Solo la cuchara sabe lo que hay dentro de la olla». En otras palabras, ya estaba pactada la venta de la herencia del sefardí...

A lo largo de aquellos cinco días, mientras se negociaba el destino de los pasajeros, apenas habían podido bajar del barco un par de docenas de judíos cuyos permisos de turistas habían sido cambiados por los de refugiados antes de salir de Hamburgo. Luego, otros pocos, que por alguna razón consiguieron semejante permuta, habían generado una ola de esperanzas. Las malas lenguas cubanas comentaron que un viejo matrimonio favorecido con el permiso de estancia eran los padres de una matrona de burdel especializada en aliviar vapores de los potentados locales, a los cuales, parecía evidente, tenía agarrados por los huevos... Por eso, la confirmada noticia de que Isaías utilizaba el cuadro para comprar el cambio de estatus de turista a refugiado se derramó como un bálsamo que durante las próximas cuarenta y ocho horas aliviaria la tensión de Joseph y Daniel Kaminsky.

Apenas regresaron a tierra, el tío y el sobrino se dieron la caminata hasta la sinagoga Adath Israel, en la calle Jesús María, pues la más cercana al muelle, la Chevet Ahim, de la calle del Inquisidor, era territorio sefardí y Pepe Cartera no transigía con determinadas cosas de la fe ni en casos de extrema urgencia. Una vez en el templo, frente al rollo de la Torá y el *menorah* que desde el sábado anterior permanecía con todas sus velas encendidas, hicieron lo que mejor podían hacer: pedirle a Dios por la salvación de los suyos, incluso rogar su divina Intercesión para tentar la ambición de un funcionario cubano, poniendo en sus plegarias toda la fe de sus corazones e inteligencias.

Al salir de la sinagoga, el tío Pepe Cartera casi se había dado de bruces con su patrón de entonces y de muchos años después, el muy rico judío norteamericano Jacob Brandon, dueño, entre otros negocios, del taller de peletería donde trabajaba el polaco, y además presidente en Cuba del Comité para la Distribución de los Refugiados. En aquel instante Joseph Kaminsky puso en práctica la esencia de la sabiduría hebrea y, de paso, le entregó una importante enseñanza al sobrino: cuando alguien sufre una desgracia, debe orar como si la ayuda solo pudiera venir de la providencia; pero al mismo tiempo debe actuar como si solo él pudiera hallar la solución a la desgracia. Por eso el tío, tratando a su patrón con el mayor respeto, le había explicado que entre los pasajeros del *Saint Louis* estaban tres de sus parientes, y cualquier interés del señor Brandon sería bien recibido. Jacob Brandon, que ya se había colocado la kipá, dispuesto a entrar en la sinagoga, sacó una pequeña libreta del bolsillo de su fino saco de hilo y, sin

decir palabra, hizo unas anotaciones y se despidió de Joseph tocándolo en el hombro y del joven Daniel revolviéndole los encrespados cabellos.

Con ánimos renovados, los Kaminsky volvieron al muelle. La misión de ambos fue, desde ese instante, observar a cada uno de los funcionarios de Inmigración y policías que, con frecuencia, embarcaban en alguna de las lanchas oficiales y subían a bordo del transatlántico. ¿Cuál de ellos sería el que llevaría los permisos de residencia de Isaías, Esther y Judit? El tío Joseph apostaba por todos y cada uno, aunque prefería a los que iban con traje de civil y sombrero de pajilla. Aquellos funcionarios, agentes directos del Gobierno, habían sido escogidos entre los más alejados del ahora defenestrado director de Inmigración, Manuel Benítez, al cual incluso se le había prohibido acercarse a los muelles. Pero, como todos los otros, esos también tendrían su precio y si alguien, entre los más de novecientos pasajeros del *Saint Louis*, podía pagarla con abundancia, ese era Isaías Kaminsky, gracias a la herencia dejada por el supuesto pintor sefardí aparecido sabía Dios por qué razón en las llanuras de la Pequeña Rusia con un retrato del Jesús cristiano en sus alforjas.

Fue justo aquella noche del 31 de mayo al 1 de junio cuando se hizo pública la decisión presidencial de que no habría tratos con el Comité para la Distribución de los Refugiados y que el transatlántico debía abandonar las aguas cubanas en las próximas veinticuatro horas. La fuente de la información debía de resultar demasiado confiable, pues la transmitió a los familiares el mismísimo Louis Clasing, el representante en La Habana de la línea Hapag a la cual pertenecía el *S.S. Saint Louis* y, según todas las lenguas, socio de Manuel Benítez en la venta de los visados derogados y buen amigo del general Batista.

No obstante, Daniel y Joseph Kaminsky, todavía sostenidos por la esperanza que significaba el poder de convencimiento del viejo cuadro holandés y la posible influencia del señor Brandon, decidieron permanecer en las inmediaciones del puerto. Su ansiedad había llegado al punto más alto y cada vez que una embarcación atravesaba el cordón de lanchas policiales corrían hacia el embarcadero y, a codazos, se abrían paso entre el gentío que, con iguales propósitos y esperanzas, se aglomeraba para ver quiénes viajaban hasta la tierra salvadora aunque nunca prometida por nadie. La mente de Daniel jamás pudo librarse del recuerdo de aquel espectáculo tenso y deprimente: las lanchas policiales que rodeaban al transatlántico habían sido cargadas con reflectores destinados a impedir

fugas desesperadas de pasajeros o intentos de suicidio, y su halo de advertencia creaba una oscuridad más tétrica en el resto de la bahía, por lo que, hasta el arribo a la orilla, resultaba imposible saber quiénes desembarcarían, con lo cual aumentaban los desasosiegos de unas gentes alteradas por la dilatada espera y la inminencia de la partida ordenada por el Gobierno.

En una de aquellas lanchas había regresado del *Saint Louis* un periodista portador de dos anuncios espeluznantes: el primero, que la policía había debido intervenir en un motín de mujeres quienes, al saber la decisión presidencial, habían anunciado su disposición a lanzarse por la borda si no se les daba una solución satisfactoria a su demanda de asilo; la segunda novedad era que un médico había tratado de suicidarse, junto con su familia, mediante la ingestión de unas píldoras. Al escuchar la última noticia, el tío Pepe Cartera sintió un vahído que casi lo desmadeja. Por fortuna, Daniel no alcanzó a entender al periodista, pues todavía era incapaz de seguir el discurso de un cubano vociferante y apresurado. Pero cuando, reclamado por los que estaban más próximos a él, el periodista buscó en sus notas y leyó el apellido del suicida, Joseph Kaminsky sintió cómo el alma le volvía al cuerpo y fue otra de las contadísimas ocasiones en su vida que tuvo un gesto explícito de afecto con su sobrino: lo atrajo hacia sí y lo abrazó con tal fuerza que Daniel sintió en su mejilla el ritmo acelerado del corazón de su pariente.

A pesar del calor que todos aquellos días había asediado a los congregados en el puerto, el tío Joseph siempre fue al muelle vestido con el saco que solo usaba para las grandes festividades, y esa noche, cuando se decidió a permanecer en vigilia, lo utilizó para que el sobrino se acomodara en el portal de un negocio ubicado del otro lado de la Alameda de Paula. Apenas se arrebujó, la fatiga venció al muchacho. Esa noche, que terminaría siendo demasiado breve, Daniel soñó con lo único que su mente le reclamaba soñar: vio a sus padres y a su hermana bajar de una lancha en el muelle de la Hapag. Cuando Daniel despertó, alarmado por un vocerío y todavía en plena madrugada, demoró unos instantes en recuperar la conciencia de su situación y fue su corazón el que en ese momento se desbocó: estaba tirado en el suelo y junto a él roncaba o agonizaba un hombre. Sin nociones de dónde estaba, sin idea de dónde podría estar el tío y de quién era el personaje hediente a vómitos y alcoholes, el muchacho sintió deseos de gritar y de llorar. Justo en esos instantes, un lapso mínimo

en lo que sería el tiempo de su vida, Daniel Kaminsky aprendió en toda su dimensión el significado de la palabra miedo. Sus anteriores experiencias habían sido demasiado vagas, más provocadas por los temores sentidos y revelados por otros que por uno sufrido en carne propia, nacido desde sus propias y conscientes entrañas. Por fortuna, aquel ramalazo de terror resultó paralizante y por eso permaneció acurrucado contra un escalón del soportal, cubierto con el saco del tío y unos periódicos del día anterior, observando las hormigas que trasladaban los restos del vómito adheridos a la boca del hombre caído. Unos minutos después respiró aliviado al ver a su tutor, que regresaba además con una noticia alentadora: seis judíos acababan de bajar a tierra gracias a unos visados concedidos por el consulado cubano en Nueva York. Como siempre, el dinero seguía siendo capaz de resolver muchas cosas, incluso las de más difícil apariencia. Abrazado al tío, perdido el control, Daniel había comenzado a llorar: por su miedo y por su alegría.

Hacia el mediodía del 1 de junio comenzaron a correr las últimas dieciocho horas que, por reclamo del capitán del transatlántico, el presidente Bru había prorrogado la estancia del *Saint Louis* en el puerto, un plazo concedido con el fin de que se pudiera reabastecer la nave en función de un viaje a Europa. Para todos los judíos confinados en el barco y para los atrincherados en tierra se hizo evidente que ya no habría más dilaciones. Como reafirmación de la terrible evidencia, pudieron observar la llegada de nuevas lanchas militares provenientes de los puertos de Matanzas, Mariel y Bahía Honda, dispuestas a evitar intentos de fuga de los pasajeros y a forzar la salida del barco si el capitán no cumplía lo ordenado. Esa misma tarde otra vez Louis Clasing, el hombre de la Hapag, había hecho circular el comunicado donde se informaba de que, ante la negativa de acogida a los refugiados por parte de Cuba y Estados Unidos, la embarcación regresaría a Hamburgo. Y al atardecer llegó el bombazo: los representantes del Comité para la Distribución de los Refugiados Judíos se marchaban de la isla con el rabo entre las piernas.

Las macabras manifestaciones de júbilo soltadas por los muchísimos partidarios de la expulsión de los aspirantes a refugiados tapiaron en cada ocasión los gritos de protesta, los llantos, alaridos y rezos de los miles de judíos que, con familiares o no a bordo de la embarcación, habían esperado un desenlace feliz de aquella trama tenebrosa, casi increíble por sus cuotas de crueldad. Ni para los que se creían vencedores ni para los que se sentían vencidos escapaba lo que en realidad podía significar para los pasajeros del

Saint Louis aquella vuelta en redondo. Daniel Kaminsky, aunque demasiado joven para entender en toda su dimensión la gravedad del problema, sintió en ese momento unos incontrolables deseos de lanzarse al mar y nadar hasta el barco donde se hallaban sus seres queridos y abordar la nave para unirse a ellos y compartir el mismo destino. Pero en ese instante también se preguntó por qué sus padres y otros cientos de judíos no hacían lo contrario, y se lanzaban al mar a jugarse una última carta con su acción. ¿Por miedo a morir? No, no era miedo a la muerte, pues todos decían que era la muerte lo que casi con toda seguridad los esperaba en Hamburgo con los brazos abiertos. ¿Qué los detenía entonces? ¿Cuál improbable esperanza? El muchacho no tendría una respuesta satisfactoria hasta varios años después, pero tal vez fue ese día preciso, con apenas nueve años de edad, cuando Daniel Kaminsky dejó de ser un niño: mucho le faltaba para ser un hombre, para adquirir la capacidad de discernimiento y de decisión que dan los años, pero ese día le habían robado la ingenuidad y la disposición de creer sin la cual el ser humano pierde la inocencia de la infancia. Y, en su caso, también la candidez de la fe.

A las once de la mañana del 2 de junio las máquinas pusieron en movimiento la mole flotante del transatlántico. Silencioso, derrotado, avanzó con lentitud hacia la estrecha desembocadura de la bahía, siempre vigilado desde las viejas fortalezas coloniales y rodeado de todas aquellas lanchas del ejército y la policía. Desde las bordas, los pasajeros gritaban, movían pañuelos, decían un adiós patético. Detrás de las lanchas oficiales, varios botes con familiares seguían la estela del crucero, para estar lo más cerca posible de los suyos hasta el último momento, como si fuese el último momento. En el muelle y a lo largo de toda la avenida del puerto quedaban los familiares, los amigos, los curiosos y los partidarios de la expulsión. Más de cincuenta mil personas. El cuadro era de unas proporciones dramáticas tan gigantescas que incluso quienes habían exigido el rechazo del barco y su carga se apartaron y mantuvieron un embarazoso silencio.

Daniel y su tío, macerados por la fatiga de una semana de vigilia, incertidumbre y desasosiego, ni siquiera se lanzaron en la carrera de los impotentes a la cual se dieron otros judíos, a través de la avenida del puerto. Sentados en uno de los bancos de la Alameda de Paula -el viejo paseo habanero que Daniel Kaminsky nunca volvería a pisar en los años que viviría en Cuba-, dejaron que la derrota los aplastara hasta la última célula

de sus cuerpos. El niño lloraba en silencio y el hombre se rascaba la barba crecida en aquellos días, como si quisiera arrancarse la piel de la mejilla. Cuando el *Saint Louis* tomó la boca de la bahía, torció al norte y se perdió tras las rocas y murallas del castillo de El Morro, Daniel y Joseph Kaminsky se pusieron de pie y, tomados de la mano, fueron a buscar el nacimiento de la calle Acosta, para regresar al falansterio donde vivían. En el camino pasaron muy cerca de la sinagoga, pero ni el sobrino ni el tío mostraron intenciones de acercarse a ella.

Ninguno de los dos Kaminsky varados en Cuba, a salvo tal vez de las amenazas de los nazis, albergaba ya ilusión alguna en posibles soluciones futuras. Los días siguientes les darían la razón. El 4 de junio Estados Unidos lanzó su ultimátum: no aceptaría a los refugiados que imploraban por una orden de desembarco frente a las costas de Miami. Al día siguiente, Canadá, la última ilusión, también anunciaba su negativa. Y entonces el *Saint Louis* pondría proa a la Europa de donde había partido, cargado de judíos y de confianza, justo tres semanas antes.

Cuando supieron aquellas noticias, que caían como la ratificación de una condena a muerte anunciada, Daniel Kaminsky, revolcándose en las brumas de su dolor, tomó la drástica decisión de que él, por voluntad propia y desde el fondo de su corazón, desde ese instante renegaría de su condición de judío.

4- La Habana, 2007

LO acompañaban una opresión física en el pecho y una extraña incomodidad en el alma. De modo mecánico, el Conde hurgó en el paquete de cigarros para comprobar que se los había fumado todos. Con un gesto señaló la cajetilla de Camel que reposaba en la mesita ubicada entre él y Elías Kaminsky, quien le hizo un gesto de aprobación. Necesitaba tanto aquel cigarro como para ser capaz de renunciar a uno de los principios más sagrados de su fe nicotínica. Aquella historia del barco cargado de judíos, de la cual apenas se había preocupado por conocer sus rasgos más generales, pero que ahora había visto desde dentro, lo había conmovido hasta la última fibra y espantado cualquier vestigio de sueño. Se sentía devastado, pero por obra de una fatiga más dañina que el agotamiento físico e incluso mental: se trataba de un desvanecimiento vergonzoso, visceral, nacido en lo más recóndito de su ser. Como la decisión de Daniel Kaminsky de apartarse de su tribu. Porque en aquel instante Mario Conde se avergonzaba de su condición de cubano. Y aunque él nada tuvo ni tenía que ver con lo ocurrido durante aquellas jornadas ominosas, el hecho de que unos compatriotas suyos se hubieran prestado por intereses políticos o económicos para de alguna manera facilitar a los nazis la comisión de una parte de sus crímenes, mínima, pero parte al fin, le dejaba aquel sentimiento de asco, agotamiento y un definido sabor a mierda en la boca, aquella sensación que el Camel, con sus fibras amarillentas, solo vino a potenciar.

-Le advertí que era una historia larga -dijo Elías Kaminsky, frotándose las manos con vehemencia, como si quisiera desprender una sustancia abrasiva-. Larga y terrible.

-Lo siento. -Conde soltó la disculpa pues, de veras, lo sentía. No se imaginaba si el forastero siquiera podría colegir la razón de su malestar.

-Y ese es solo el principio. Digamos que el prólogo... Mire, ya es muy tarde para que desayunemos dentro de un rato... Yo necesito dormir unas cuantas horas, los preparativos, el viaje..., este cuento. Estoy , otacj0. Pero podríamos almorcizar. ¿Lo espero a la una en mi hotel y buscamos un lugar dónde comer?

Conde observó que por la puerta de la casa salía en ese instante su perro. Basura II, con su andar de chulo de barrio, caminaba y aprovechaba cada paso para estirarse y desperezarse, dispuesto quizás a emprender su ronda nocturna de callejero empedernido. Conde recordó que había traído una bolsa de sobras de la casa del flaco Carlos pero que aún no le había dado de comer al animal y se sintió culpable.

-No te vayas, tú -le dijo a *Basura II* y lo palmeó en el lomo.

Luego devolvió su interés al visitante-. Está bien, nos vemos a la una. Tenía cosas que hacer pero... -No quisiera interrumpirlo... , -¿Puedes dejar de tratarme de usted? -Puedo.

-Mejor así para los dos... ¿Y cómo te vas a estas horas? Son casi lastres de la madrugada.

-Tengo el carro que alquilé parqueado en la esquina. O, al menos, eso espero...

-Y yo tengo mil preguntas que hacerte. La verdad, no sé si voy a poder dormir -dijo y se puso de pie-. Pero antes de que te vayas necesito decirte algo... Lo que hicieron unos cubanos con esas novecientas personas me da vergüenza y...

-Mi padre entendió lo que había pasado y supo hacer algo que lo ayudó a vivir: no se llenó de resentimiento. Al contrario, ya te lo dije. Prefirió ser cubano y olvidarse de esas mezquindades que pueden aparecer en cualquier parte. Hubo muchas presiones políticas, de los americanos, de Batista. Yo mismo creo que quizás hasta pesaron más qué el tema del dinero y la corrupción, no sé...

-Me alegra por él... -dijo Conde, pues en realidad lo sentía así-. Pero hay otra cosa que... Elías Kaminsky sonrió.

¿Quieres saber qué pasó con el Rembrandt? Anjá -aceptó Conde-. Estoy desesperado por saber cómo llegó a esa casa de subastas de Londres -añadió y se preparó para escuchar cualquier historia, por disparatada o lamentable que fuese. Pues no lo sé. También por eso me ves aquí. Todavía a esta historia le falta mucha tela. Pero si mi padre hizo lo que pienso que hizo, puedo entender por qué no se llevó el cuadro. Hasta que apareció EN Londres, yo no supe dónde había ido a parar. De lo que ahora estoy seguro es de que ese Rembrandt nunca volvió a las manos de mi Padre...

-A ver, no entiendo nada... ¿Me estás diciendo que tu padre intentó recuperarlo?

-¿Esperas un poco? Si no te hago la historia completa no vas a poder ayudarme... ¿A la una de la tarde?

-A la una -aceptó el Conde al comprender que no tenía otra alternativa, y estrechó la manaza extendida de Elías Kaminsky.

Desde su perspectiva, *Basura II* los miraba como si entendiera lo que implicaba para él aquella despedida.

Casi todas las trazas de unas reminiscencias fabricadas con palabras se habían pervertido hasta mostrar sus entrañas más viles. Para acentuar las pérdidas y ausencias, algo parecía haber recibido la misión de salvarse dando un salto hacia el lado para dejar paso al desastre. Pero la mayoría de las referencias se habían esfumado, algunas sin dejar el menor indicio capaz de evocarlas, como si la vieja judería y la zona donde se había establecido hubiesen sido trituradas sin piedad en la máquina de moler accionada por un tiempo universal catalizado por la historia y la desidia nacionales. Por fortuna allí permanecía, retador, como una salvación de las malas memorias, el inaudito Arco de Belén, taladrado en los cimientos muy reales del convento por el discurrir de la calle Acosta que se arrastraba, sucia y agonizante, bajo la vieja arcada; estaban las ruinas irreconocibles de lo que fuera la dulcería La Flor de Berlín y los residuos de la ferretería de los polacos Weiss. Pero, sobre todo, allí seguía anclado aquel ruido que tanto había alterado a Daniel Kaminsky. Reconocible, intacto, pendenciero, exultante, habanero, el ruido corría por las calles como si desde siempre hubiera estado esperando la imprevisible llegada de un tal Elías Kaminsky para entregarle en el acto la clave capaz de abrir las compuertas del tiempo hacia la adolescencia y la juventud de su padre y, con ella, la posibilidad de encontrar el camino hacia la comprensión que el forastero perseguía.

Como un ciego necesitado de medir con exactitud y cautela cada paso, el sudoroso mastodonte con coleta comenzó el ascenso de la sórdida escalera de la casona decimonónica de la calle Compostela, antigua propiedad de unos condes apócrifos, donde había puesto cama, mesa, máquina de coser y chavetas el recién llegado Joseph Kaminsky y donde vivió, por casi catorce años, su sobrino Daniel. El palacete, abandonado a principios del siglo XX por los descendientes de sus propietarios originales y muy pronto reciclado como cuartería multifamiliar con cocina y baños colectivos, mostraba las marcas de la ascendente desidia y los efectos del uso excesivo y por un espacio de tiempo demasiado dilatado. En la segunda

planta, donde había vivido la mulata Caridad Sotolongo, la mujer dulce que, andando el tiempo, se convertiría en la eterna y final amante de Joseph Kaminsky, la vida parecía haberse detenido en una perseverante y dolorosa pobreza de hacinados sin esperanzas. En cambio, la tercera planta, en su momento la más noble de la edificación, donde estuvieran las habitaciones de los primeros moradores y luego el cuarto de los polacos y los de otras seis familias de blancos y negros cubanos, además de la de unos catalanes republicanos, había perdido el techo y parte de los balcones, y advertía del destino irreversible que le esperaba al resto del inmueble. Realizando el más supremo de los esfuerzos, el forastero trató de imaginarse al niño judío ascendiendo aquellos tramos de escalera que él acababa de vencer, se impuso verlo asomado al ya inexistente muro del techo del tercer piso para desde allí presenciar, en el patio interior de aquella colmena, frente a la cocina colectiva, un asalto más de la mítica pelea entre la negra Petronila Pinilla y la siciliana María Perupatto, en la cual siempre había la golosa expectativa de poder ver una teta, dos, incluso cuatro los días de más encarnizados enfrentamientos, y luego se empeñó en verlo subir a la azotea con los gemelos Pedro y Pablo, negros como tizones, y la marimacho Eloína, rubia pecosa, para empinar papalotes o simples chiringas hechas con hojas de periódicos viejos. O para otros menesteres. Pero no lo consiguió.

Elías Kaminsky, secundado por el Conde, preguntó a varios vecinos si recordaban al polaco Pepe Cartera, a la mulata Caridad y a su hijo Ricardito, el que tenía el don de improvisar versos, pero el recuerdo de la prolongada estancia en el edificio de aquellos inquilinos también parecía haberse esfumado, como el piso superior del inmueble.

Bajaron a la acera para comprobar que el cine alguna vez en funciones del otro lado de la calle, donde Daniel Kaminsky había adquirido su incurable afición por los *westerns* y las historias de gángsters, ya no era cine, ni era nada. Y el celebrado Moshé Pipik, el más espléndido y visitado restaurante *kosher* de la ciudad, parecía cualquier cosa menos un palacio de sabores y aromas ancestrales: se había degradado a un casco de ladrillos oscurecidos por el moho, el orín y la mierda, donde cuatro hombres jóvenes con caras carcelarias y olfatos sin duda atronados jugaban sin pasión al dominó, mientras bebían de sus botellas de ron, esperando tal vez que el derrumbe inevitable pusiera fin a todo, incluso a la interminable partida en curso. Allí, en aquel sitio, animado y bien iluminado en el recuerdo, fue

donde, luego de una comida para ella extravagante y para él soñada desde su llegada a la isla, Marta Arnáez y Daniel Kaminsky, los futuros padres de Elías, habían comenzado un noviazgo que, en puridad, solo terminaría la tarde de abril de 2006, cuando ella, con una mano temblorosa y arrugada, le cerró los ojos a Daniel.

-Se conocieron en el Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana, cuando mi padre tenía diecisiete años y mi madre, hija de gallegos pero cubana, recién había cumplido los dieciséis. Para él no fue fácil decidirse a enfrentar las reticencias de su tío, que, por supuesto, esperaba que se casara con alguna joven judía para preservar la sangre y la tradición. Y mucho menos atreverse a desafiar la oposición de mis abuelos gallegos, a los que les iba bastante bien y, por supuesto, nos les hacía la menor gracia que su hija estuviese interesada en un judío polaco muerto de hambre. Pero cuando ella se enamoró de él, no hubo solución. Marta Arnáez era la dulzura hecha persona, pero también podía ser capaz de resistir cualquier cosa cuando se imponía una meta, tenía un deseo o guardaba un secreto. Casi gallega al fin y al cabo, ¿no?

5 - La Habana, 1940-1953

Apartir del instante en que el *Saint Louis* zarpó de La Habana, Daniel Kaminsky tardaría diecinueve años en volver a tener noticias de aquel retrato de un joven judío realizado por el más grande maestro holandés, la obra en la cual sus padres habían cifrado sus esperanzas de salvación. Para ese entonces ya apenas se acordaba de la existencia del cuadro y, sobre todo, de la presunta existencia de un dios.

En cada ocasión que Daniel recordaba el cuadro al parecer valioso y que al final no reportó ningún beneficio a la familia Kaminsky, sentía cómo lo invadía la frustración y trataba de imaginar en qué momento podía haber cambiado de manos o, mejor, pensaba, había sido destruido por sus padres, una drástica y terrible solución capaz de resultarle más justa para su adolorida memoria.

Según pudo ir conociendo, el *Saint Louis*, rechazado por los gobiernos de Cuba, Estados Unidos y Canadá, había recibido autorización para fondear en Amberes, Bélgica. Varios gobiernos europeos, menos mezquinos, decidieron repartirse a los refugiados: unos irían a Francia, otros a Inglaterra, unos más permanecerían en Bélgica y el resto, alrededor de ciento noventa, fueron enviados a Holanda. Años más tarde Daniel Kaminsky sabría que su familia había estado en ese último grupo. La mayoría de ellos habían sido confinados al campo de refugiados de Westerbroek, un pantano rodeado de alambres de púas y vigilado por perros guardianes, donde los sorprendió la expedita ocupación alemana de los Países Bajos. De inmediato los invasores comenzaron a limpiar el territorio de judíos y la solución fue enviarlos a los campos de trabajo y exterminio de los territorios del Este. Al parecer, los Kaminsky, luego de casi dos años pasados en un campo de Checoslovaquia (¿la niña Judit sobreviviría al hambre, las enfermedades, el horror?), fueron despachados en 1941 o 1942 a Auschwitz, en las afueras de la ciudad de Cracovia, justo de donde habían partido unos años antes buscando la salvación del terror que se cernía. Era un salto al principio de todo, el lazo macabro de un viaje a través del infierno de una familia y del retrato de un judío sin nombre, la vuelta en redondo que conduciría a algunos de los Kaminsky hacia los crematorios

donde se convertirían en cenizas dispersadas por el viento. Y Daniel se preguntaría muchas veces si aquel retrato de un judío demasiado parecido a la más popular imagen de Cristo difundida en el Occidente católico había terminado en las manos de un *Standartenführer* o cualquier otro alto cargo de las SS, o si sus padres, ante aquel posible destino, lo habían destruido, como la tela inútil en que se había convertido.

Aquella infortunada historia, que vivió su momento más dramático en el puerto de La Habana apenas tres meses antes de la invasión fascista de Polonia, sumada a las sucesivas noticias de los acontecimientos relacionados con la comunidad judía europea que a partir de entonces llegarían de Alemania y de los países ocupados por sus tropas, impulsaron al adolescente Daniel Kaminsky a recorrer el camino que lo convertiría en un escéptico descreído. Si desde niño le habían parecido excesivas ciertas historias de la relación de Dios con su pueblo elegido (en especial la del sacrificio de su hijo Isaac exigido por Yahvé a su favorito Abraham), a partir de ese momento también se atrevió a preguntarse, de modo obsesivo, por qué el hecho de creer en un Dios y seguir sus mandamientos de no matar, no robar, no envidiar podía provocar que la historia de los judíos fuese una cadena de martirios. El colmo de aquella condena había sido, sin duda, el sufrimiento del más horripilante de los holocaustos, en el cual, aun sin tener la certeza alcanzada más tarde, estaba seguro de que habían perecido sus padres y su dulce hermana Judit, de quienes no habían vuelto a tener noticias.

Por ese camino el joven Daniel, con todos los nortes extraviados, empezó a cuestionarse incluso su identidad y el peso avasallante que representaba. ¿Qué tenía que ver él, Daniel Kaminsky, con todo aquello que se decía de los nacidos hebreos? ¿Por llevar el prepucio cortado, comer unas comidas y no otras, rezar a Dios en una lengua ancestral se merecían *también él*, también su hermana Judit, aquel destino? ¿Cómo era posible que algún pensador judío hubiera llegado a decir que todo aquel sufrimiento constituía una prueba más impuesta al pueblo de Dios por su condición y misión terrena en tanto rebaño escogido por el Santísimo? Como las respuestas se le escapaban pero las preguntas no desaparecían, Daniel Kaminsky decidiría (mucho antes de que su tío Joseph lo presentase en la sinagoga para realizarle la ceremonia iniciática del Bar Mitzvá y se convirtiese en un ser adulto y responsable) que, por decenas de lecciones históricas y razones prácticas,

Aunque para los demás siguiera siéndolo, él no quería vivir como judío- Sobre todo, no quería asumir aquella pertenencia cultural porque había perdido la fe en el Dios que la marcaba. Y en todos los dioses. Por encima de los hombres solo flotaban nubes, aire, astros, había concluido el joven: porque en ningún plan cósmico y divino podía aparecer escrita u ordenada la perseverancia de tanta agonía y dolor como pago por el necesario tránsito por una amarga vida terrenal, plagada además de prohibiciones, una vida en pena cuya reparación no se produciría hasta que llegase el Mesías. No, no podía ser. Él no podía creer en la existencia de un dios capaz de permitir tales desmanes. Y si alguna vez había existido, resultaba evidente que era un dios demasiado cruel. O, más aún, que ese Dios no existía o había muerto... Y, se preguntó muchas veces el joven: sin la opresión de ese Dios y sin su tiranía, ¿qué cosa era ser judío?

Aquellos fueron años duros y a la vez llenos de revelaciones para Daniel Kaminsky. Al hambre que siempre estaba tocando a su puerta y a los ruidos citadinos empeñados en asediarlo, vino a sumarse el ubicuo y punzante sentimiento de la incertidumbre. Cuando el *Saint Louis* regresó a Europa y se supo que los refugiados iban a ser acogidos por Gran Bretaña, Francia, Holanda y Bélgica, la esperanza renació en su corazón y en el de su tío Joseph. Pero con el inicio de la guerra comenzaron a vivir en aquella zozobra empeñada en amargarles la vida a todos los judíos que tenían familias en Europa, y también a los que no la tenían, pues nadie sabía adónde podría ir a parar la avalancha de odio que se movía y crecía como una tenebrosa bola de nieve que nadie parecía capaz de detener.

Todo el tiempo andaban a la caza de noticias, siempre confusas, Cada vez más terribles, leyendo cuento informe caía en sus manos con él temor de encontrar el apellido Kaminsky en alguna lista de retenidos, trasladados o víctimas, con la ansiedad lacerante de no saber, más perversa incluso que la certeza de saber. El primer golpe demoledor había llegado con la noticia de la fácil ocupación nazi de Holanda y él confinamiento y traslado de los judíos allí radicados. Luego, cuando se comenzaron a conocer las primeras noticias de los fusilamientos colectivos de pueblos y comunidades enteras en Polonia, Ucrania, Turquía y los Balcanes, los detalles del para muchos increíble horror de os campos de exterminio, con los inverosímiles añadidos de aquellos trenes cargados de hombres, mujeres y niños famélicos y de los camiones diseñados para utilizar sus propios escapes como gas para asfixiar

a los prisioneros, ocurrió en aquella pequeña familia un fenómeno curioso y explicable: mientras Joseph Kaminsky se fanatizaba, acudía con más frecuencia a la sinagoga, dedicaba más horas a las plegarias y clamaba por la llegada del Mesías y el fin de los tiempos, Daniel, cada vez en mejores condiciones de analizar y entender cuanto sucedía y lo que había sido y podría ser su vida, se volvía más escéptico, descreído, irreverente, rebelde ante un presunto plan divino tan rebosante de crueldad. Y, a la vez, se hacía más cubano y menos judío.

Daniel sabía que, para proclamar su liberación y lograr cualquier propósito, necesitaba tiempo y apoyo: y la única persona en el mundo capaz de brindárselos era su tío Joseph. Por eso, a los diez, doce años, el muchacho aprendió el arte de vivir con dos caras que tan útil le sería a lo largo de su vida. El rostro utilizado en la casa y en todo lo relacionado con el tío resultaba una caricatura dibujada con los rasgos imprescindibles para satisfacer (o al menos no irritar) a Pepe Cartera. En cambio, la faz que empezó a desarrollar en las calles de La Habana era pragmática, mundana, esencialmente callejera y cubana. Escudándose en las dificultades económicas en que vivían, había logrado convencer al tío de que lo pusiera en un colegio público cubano y dejaran el aprendizaje religioso para las lecciones del servicio de enseñanza gratuita de la Torá Vaddat de la sinagoga Adath Israel. La opción lo liberó de la escuela del Centro Israelita, le permitió relacionarse de manera más estrecha con los cubanos y empezar a hacer amistades entre los muchachos de su edad, como los mellizos Pedro y Pablo y la marimacho Eloína, e incluso con algunos que no vivían en el solar. Los que llegarían a ser sus dos mejores amigos de esos tiempos fueron compañeros de aula en la escuela pública: un mulato «lavado», como se les decía a los que parecían blancos sin serlo, llamado Antonio Rico, dueño de unos ojos de asombro de los que se enamoraban todas las muchachitas, y un pelirrojo hiperquinético, el más indisciplinado e inteligente de la clase, nombrado José Manuel Bermúdez, apodado «Calandraca», como la lombriz, por su color rojizo e inquietud permanente.

Con los gemelos Pedro y Pablo, Daniel aprendió a los once años el placer de frotarse el pito. El sitio de la iniciación y de las más numerosas masturbaciones fue un palomar construido por los mellizos en la azotea del solar. Desde aquella altura, mientras se derretían bajo el sol, era posible contemplar a través de una ventana abierta las nalgas rosadas, las tetas

prodigiosas y la lacia pelambre púbica de la rusa Katerina, que, siempre agobiada por el calor, paseaba impávida la desnudez rotunda de sus treinta y cinco años por el cuarto donde vivía, del otro lado de la calle Acosta. Poco después, Pedro, Pablo y Daniel ascenderían un escalón en sus descubrimientos sexuales cuando la marimacho Eloína, a la que casi de un día para otro le habían brotado en el pecho unas tetas puntiagudas y excitantes, les demostró que, aun cuando era mejor que muchos varones jugando a la pelota, tenía muy definidas sus inclinaciones sexuales femeninas. Gracias a eso, como si apenas fuese otra expedición para empinar papalotes, en el mejor espíritu camaraderil la ex marimacho los inició (y se inició ella misma) en el sexo compartido, aunque con la condición de que las penetraciones solo se produjeran por la retaguardia, pues su Diamante Rojo (así le llamaba a su chochito pecoso con rizos azafranados) debía llegar sin ninguna fisura al matrimonio al cual aspiraba, pues, decía de sí misma, ella era «pobre, pero honrada».

Gracias a aquellos callejeros empedernidos Daniel también aprendió a hablar en habanero (le decía «negüe» a los amigos, «guaguas» a los autobuses, «jama» a la comida y «singar» al acto sexual), a escupir por un ángulo de la boca, a bailar danzón y luego mambo y chachachá, a soltarles piropos a las muchachas y, como una liberación disfrutada con profundidad y alevosía, a comer chicharrones de cerdo, pan con fritas y cuanta cosa calmara el hambre, sin mirar si era *kosher* o *trefa*, solo que fuese sabroso, abundante y barato.

Antonio y Calandraca, por su lado, le facilitaron las más grandes y definitorias revelaciones de La Habana, las que siempre permanecerían en su memoria como descubrimientos trascendentales, capaces de marcarlo por el resto de sus días. Con ellos, ambos miembros del *team* dé la escuela, aprendió los infinitos secretos del increíble deporte llamado por los cubanos pelota, y adquirió el virus incurable de la pasión por aquel juego cuando se hizo fanático del club Mariano, de la liga profesional cubana, quizás motivado por el hecho de que aquel club era un eterno perdedor. Con esos amigos aprendió a pescar y a nadar en las aguas tibias de la bahía. Con ellos traspasó muchas noches la imaginaria frontera sur del barrio, marcada por las calles del Ejido y Montserrat -la vía por donde había corrido la muralla que envolvió a la vieja ciudad-, para asomarse a los largos portalones rebosantes de luces, anuncios, música y transeúntes del Paseo del Prado, donde la ciudad explotaba, se desbordaba, se hacía rica y prepotente, y

donde era posible disfrutar desde cualquier esquina de las actuaciones de las orquestas femeninas encargadas de animar los cafés y restaurantes de la céntrica avenida, sitios que nunca cerraban sus puertas, si es que estas existían. (En voz siempre más baja, Daniel le confesaría después a su hijo que de aquellos espectáculos musicales protagonizados por mujeres había adquirido para siempre la magnética atracción que le provocaba ver a una hembra soplando una flauta o un saxo, tocando un contrabajo o unos timbales. Atracción febril si era una mulata.) Y con aquellos amigos se refugió cientos de veces en el cine Ideal, construido con las columnas propias del palacio de los sueños que en realidad era, para consumir sus películas preferidas, casi siempre gracias a la congénita generosidad de Calandraca, cuyo padre, chofer de la ruta 4, ganaba un salario fijo: Calandraca solía pagar la entrada de Daniel y Antonio, a cinco centavos por cabeza, para disfrutar el banquete de dos películas, un documental, un animado y un noticiero.

Mientras abría las puertas de una ciudad bulliciosa en la que no existían las tétricas oscuridades físicas y mentales que recordaba de Cracovia y Berlín, Daniel Kaminsky sentía como si saliera de sí mismo y habitara en otro Daniel Kaminsky que vivía sin pensar en rezos, prohibiciones, ordenanzas milenarias, pero sobre todo sin sentir el miedo pernicioso que había aprendido de sus padres (aunque siempre le tuvo un terror muy concreto al mulato Lazarito, el clásico guapo de barrio, dueño de una mítica navaja de resorte con la cual, decían, había cortado muchos culos). El muchacho disfrutaba su instante y era capaz de soltar unos cojones en el terreno de béisbol, nadar como un delfín entre los arrecifes del Malecón, simpatizar con los héroes de Hollywood y vivir enamorado de las nalgas de una mulata flautista de labios prometedores mientras se masturbaba observando los pelos lacios que pendían del pubis de la rusa: la combinación perfecta.

Si aquella hubiera sido toda su vida, si ese hubiese sido Daniel Kaminsky completo, quizás habría podido decir, años después, que, en medio de la pobreza, la mala alimentación y la ausencia de sus padres entre las cuales atravesó aquellos años, había tenido una adolescencia feliz, casi plena. Pero su otra mitad, donde estaba la zozobra por la guerra y la ansiedad por saber algo de sus padres y su hermana, transcurría dentro de una mentira que lo hacía sentir como si se asfixiara. Su meta, por ese entonces, era alcanzar la edad suficiente para proclamar su independencia,

aunque sabía que debería hacerlo de un modo con el cual no hiriese la sensibilidad del tío Joseph, a quien tanto le debía y a quien, sin expresarlo física o verbalmente, quería como a un padre. Compraría su libertad con tiempo y con dinero.

Daniel el Polaco, como le llamaban sus compañeros de estudios y vagabundeo habaneros, pudo matricularse en el Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana con apenas un año de retraso respecto a los alumnos más jóvenes, como su futura novia Marta Arnáez y su cofrade de andanzas callejeras José Manuel «Calandraca». Ya para entonces había pasado por la ceremonia del Bar Mitzvá, había terminado la guerra y sufrido el doloroso y liberador trance de haber leído en una de las listas de víctimas del Holocausto gestionadas por el Centro Israelita de Cuba los nombres de su padre y su madre entre los judíos que, a lo largo de aquellos años infames, habían sido enviados a campos y crematorios, cuyos horrores al fin habían sido plenamente conocidos y malamente condenados en los juicios de Núrnberg. El nombre de su hermana Judit, en cambio, nunca apareció, como si la niña jamás hubiera existido, y Daniel albergó durante muchos años la tímida pero persistente esperanza de que Judit, por algún milagro, hubiese conservado la vida: tal vez adoptada por algún oficial soviético, quizás rescatada por unos partisanos, a lo mejor escondida en un bosque y acogida por unos campesinos..., pero viva. En sus imaginaciones Daniel había llegado a identificar a su hermana con la heroína a la cual debía el nombre y que, según uno de los libros considerados apócrifos por los compiladores bíblicos, había cortado el cuello del general Holofernes, enviado por el poderoso Nabucodonosor para someter a los dísculos israelitas. Gracias al recuerdo de uno de los muchos libros que existían en la casa de sus abuelos Kellerstein, Daniel podía ver a su hermana Judit transmutada en aquella bella y rebelde mujer, pintada por Artemisia Gentileschi, daga en mano, en el acto de la decapitación de un general babilonio, que en su mente aparecía como un oficial de las terribles SS hitlerianas de cuyas garras escapaba...

Si el fin de la niñez de Daniel podía estar marcado la mañana en que había visto zarpar el *Saint Louis* del puerto de La Habana, el inicio total de su adultez se produjo en octubre de 1945, a sus quince años, cuando sintió cómo caía sobre sus hombros la sensación de soledad sideral provocada por la confirmación de que sus padres habían sido masacrados por el odio más

racional e intelectualizado. Y su primera decisión de adulto llegaría unos días después, cuando se había negado a complacer a su buen tío Pepe Cartera en el propósito de que continuase sus estudios medios en el Instituto Yavne, reconocido por su tendencia ortodoxa.

Daniel Kaminsky siempre recordaría aquella coyuntura como una de las más complicadas de su existencia, tan pletórica de complicaciones, pasadas y venideras. A lo largo de aquellos seis años tétricos de la guerra, el tío Joseph le había demostrado con creces su infinita bondad al acogerlo, protegerlo, alimentarlo (más o menos) y sostenerlo como estudiante, algo que resultaba un lujo para la mayoría de los jóvenes cubanos, muchos de los cuales apenas terminaban los estudios primarios, como le había ocurrido a su amigo Antonio Rico. Aunque en la vida cotidiana de los Kaminsky las cosas no habían cambiado demasiado, la economía de Pepe Cartera tenía que ser (supondría Daniel, y lo comprobaría con gratitud unos años después) mucho más desahogada desde que resultó ascendido a cortador principal y se convirtió en el alma del cada vez más próspero taller de confecciones de artículos de piel del magnate Jacob Brandon. Los negocios de aquel judío norteamericano se habían disparado en los años de guerra y escasez gracias a las mejoras que había introducido en todos ellos, incluido la talabartería, con la reinversión de las ganancias obtenidas con el muy productivo contrabando de manteca. La decisión del tío de enviarlo al instituto judío, sin embargo, venía asumida como una inversión, y constituía la práctica común incluso entre los hebreos más pobres de la comunidad, conscientes de que solo con una instrucción elevada se podrían abrir las muchas puertas de un país donde, desde la entrada de los Estados Unidos en la guerra como enemigo de Alemania, la relación con los judíos había vuelto a recuperar la afabilidad.

Conociendo la evidente incapacidad para mantenerse por sí mismo, el joven trató de ser lo más delicado posible cuando le comunicó al tutor su decisión de seguir estudiando como un cubano más y de limitar sus relaciones con la religión familiar al mínimo posible, pues no podía vivir más tiempo fingiendo lo que no sentía, y menos tratándose de una cuestión tan seria para los judíos.

La reacción de Joseph Kaminsky resultó violenta y visceral, previsible: acudiendo al yídish para poder expresar su decepción, lo calificó de hereje, de ingrato, de insensible y lo conminó a abandonar la casa. Con un pequeño zurrón en donde cabían todas sus pertenencias -unas pocas ropa, dos o tres

libros y las fotos de sus padres que lo habían acompañado desde su salida de Cracovia-, Daniel salió a la calle Compostela para avanzar por Acosta y atravesar el Arco de Belén que, sin él quererlo, se le presentó en la mente como una puerta de salida de un bullanguero paraíso judío levantado en la parte más vetusta de La Habana. Pero paraíso al fin y al cabo.

Deshechos los sueños de poder continuar con normalidad sus estudios, Daniel tuvo la suerte de que su amigo Calandraca obtuviera autorización de sus padres para que, por unos días, le permitieran dormir sobre unas mantas tiradas en el piso de la diminuta sala del apartamento, la calle Ejido donde vivía la familia. Un enorme interrogante se abría ante el joven, sin oficio ni beneficio, pues sabía que incluso si conseguía conchabarse en cualquier faena, nunca ganaría lo suficiente para encontrar albergue y pagarse una comida diaria.

Una semana después apareció un paliativo, al menos para su sostenimiento alimentario y en parte físico, cuando el judío Sozna, dueño de la dulcería y panadería La Flor de Berlín, le ofreció de manera provisional la posibilidad del arduo turno de limpieza de la noche. El judío alemán lo responsabilizó con la higiene a fondo de los salones de trabajo y venta, el fregado de bandejas y utensilios, y hasta el acarreo de toneles de manteca vegetal y sacas de harina y azúcar, para dejar todo en la pulcritud, el orden preciso en que debían encontrarlo el maestro panadero y sus ayudantes al iniciar el primer turno de labor, a la una de la madrugada. Gracias a aquel trabajo de esclavo que realizaba con todo su esmero (en ocasiones con la ayuda de Calandraca, Antonio Rico y el gemelo Pedro, ya que Pablo, convicto de varios hurtos, había sido internado en Torrens, un famoso y tétrico reformatorio de menores), no solo recibía veinticinco centavos diarios, sino que podía comerse toda la recortería y piezas defectuosas con las que no hubiesen arramblado los operarios (y hasta el propietario mismo, no por gusto judío), raspar los fondos de las ollas de las jaleas y, ajeno a los ruidos propios del taller, dormir unas horas sobre las montañas de sacas de harina de Castilla. Aunque cada mañana se esforzaba por vencer sus cansancios y asistir a clases en el Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana, lo peor de su situación era la oscuridad absoluta en que había caído su futuro, pues aunque todavía no sabía hacia dónde tiraría, nunca se había visto a sí mismo como ayudante de dulceros.

La mañana en que al salir de La Flor de Berlín se encontró con el tío Joseph sentado en el bordillo de la acera de enfrente, junto a una caja de

cartón, supo de inmediato que la luz volvía. No, el tío no podía traer malas noticias porque la cuota de ese género se había agotado hasta la última molécula. Y no se equivocó... Pepe Cartera venía a buscarnos para que volviera a vivir con él en la habitación del solar de la calle Compostela y pudiera asistir como un estudiante normal al colegio escogido por Daniel. El hombre lo había pensado mucho y tomado la decisión de readmitir al sobrino, pues creía entender las razones de su decisión: él mismo, le confesó entonces, los ojos húmedos de miedo trascendente o de dolor por las pérdidas sufridas, más de una vez había sentido, como el muchacho, unos incontrolables deseos e mandarlo todo a la mierda, aburrido de cargar con un estigma ancestral por cuya persistencia él no había hecho nada, en ningún sentido. El precio pagado por aquella familia ya era demasiado grande para aumentarlo con divisiones y castigos, dijo, y Daniel tenía suficiente edad para poner en práctica el albedrío que el Sagrado le había dado con la existencia. Además, agregó el tío: la verdad era que lo echaba de menos y se sentía muy solo. Tan solo que había cometido un exceso, dijo el hombre señalando la caja de cartón, para luego pedirle a Daniel que la abriera. Entonces el joven estuvo a punto de caer fulminado de asombro en plena calle: ¡el tío se había vuelto loco y comprado una radio!

La providencial reconsideración del tutor y la liberación del peso de una doble vida convirtieron al joven Daniel Kaminsky, a sus dieciséis años, en un hombre pleno, que disfrutó entonces los mejores años de su vida, potenciados por el disfrute de los programas musicales, las narraciones de los partidos de pelota y las aventuras del detective chino Chan Li Po, que ahora podía disfrutar a su antojo en aquel brillante aparato de radio. La paz y concordia que se vivían en Cuba, donde ser judío o dejar de serlo no parecía importarle demasiado a nadie, donde habían venido a confluir polacos, alemanes, chinos, italianos, gallegos, libaneses, catalanes, haitianos, gentes de todos los confines, le entregó una plenitud que ni en sueños había imaginado ningún judío desde los tiempos remotos en que los sefardíes habían sido admitidos en Ámsterdam. Entre los judíos de Cuba, además, los había religiosos y escépticos, comunistas y sionistas, ricos y pobres, asquenazíes y sefardíes, unos días en guerra entre sí, otros en armonía, pero dispuestos casi todos y casi todo el tiempo a conseguir en aquel territorio propicio dos añoradas aspiraciones: tranquilidad y dinero. Lo que más enervaba a Daniel en los afanes de aquella comunidad a la cual cada vez pertenecía menos, de cuyas ortodoxias cada día se alejaba más, era

su pretensión de aislarse y encerrarse, justo donde se les acogía y abrían puertas. El espíritu de gueto había calado en sus almas por siglos de experiencia y se empeñaba en perseguirlos incluso en la libertad. Para Daniel resultaba un absurdo la sostenida intención de vivir y progresar en cercanía endogámica, con negocios entre judíos, matrimonios entre judíos, ceremonias entre judíos, comidas para judíos (aunque siempre diferenciando a sefardíes de asquenazíes, a ricos de pobres), algo que su espíritu liberal y abierto rechazaba, a pesar de saber que su actitud era considerada integracionista por los rabinos y por cualquier creyente en el destino trascendental escogido por el plan divino como misión de los hijos - de Israel. Por suerte para Daniel y para su alegría, a pesar de aquel empecinamiento, resultaban ser cada vez más los judíos asentados en Cuba que pensaban como él y, más aún, vivían de acuerdo con sus voluntades.

Cierto era que la prosperidad del país y su democracia republicana, que permitían el progreso de los hebreos, debía convivir por esos años con el repunte de una de las peores lacras sociales: la corrupción. Tan visceral resultaba el afán de enriquecerse en el menor tiempo posible que dominaba a políticos, comerciantes, inversores, jefes militares y a policías y figuras más o menos públicas, que hasta se producían con cierta frecuencia violentas guerras de facciones, como las escenificadas por unos llamados «gángsters» cubanos. Pero, tratándose de un estudiante muerto de hambre como Daniel, aquellos manejos apenas lo tocaban, o al menos eso creía él, en su inocencia de entonces, mientras disfrutaba de la amable sensación de vivir sin miedo (sin ningún miedo desde que a Lazarito lo confinaron en la cárcel del Castillo del Príncipe por su uso excesivo de la navaja con resorte). Con los años y las experiencias acumuladas en su vida cubana y como cubano, el joven judío rectificaría incluso muchas de sus impresiones iniciales sobre el carácter, la jovialidad y la levedad cubanas. Aprendería que, como parte de la condición humana, en aquella isla bendecida por el sol, con todos los beneficios físicos para generar riqueza, donde se mezclaban culturas y razas, y todo el mundo cantaba o bailaba, también podían germinar el odio y la crueldad, incluso la más sádica, brotar el arribismo y las siempre sórdidas diferencias sociales y raciales y, sobre todo, manifestarse un mal que parecía haberse metido en el corazón de mucha gente del país: la envidia. ¿Era la envidia permanente y mezquina una cualidad heredada o, por el contrario, un resultado patentable y propio

como todas aquellas mixturas que conformaban al cubano? Muchos años después, un amigo le ofrecería una respuesta plausible...

No obstante su mejorada situación, Daniel Kaminsky decidió simultanear sus estudios en el instituto con su trabajo como mozo de limpieza en La Flor de Berlín para así poder manejar algún dinero con el cual satisfacer sus necesidades crecientes de ropa, materiales escolares, el lujo de una merienda o la posibilidad de gastar una tarde en el Gran Stadium de La Habana cuando jugaba su *team* favorito, los Tigres de Marianao. Durante el segundo curso y luego de varias semanas de ahorro, aquel salario le alcanzó incluso para invitar un día a almorzar en Moshé Pipik a la galleguita Marta Arnáez, de la que se había enamorado como un perro. En el restaurante de sus sueños, además de impresionar a la joven que no acababa de aceptarlo pero siempre le oía sus declaraciones amorosas, Daniel quería matar el persistente y viejo deseo de sentarse en una de las mesas cubiertas con manteles de tela a cuadros blancos y rojos, en cuyo centro reinaba el sifón azul con agua de Seltz, y degustar aquellas comidas que, de no haber estado embelesado observando a su casi novia (según pensaba él), quizás lo hubieran trasladado a su niñez polaca por los recorridos caminos que van de las papillas a la llamada memoria afectiva. Sobre todo si ese sendero es recorrido tras un plato de *kneidlach* en el que las bolas de huevo y harina flotan sobre el caldo de gallina y, al llevarlas a la boca, se deshacen con su amable suavidad, inundándolo todo con su sabor a gloria.

A Daniel Kaminsky le llevó un año de persecución, iniciada con miradas, sonrisas y quiebres de cabeza, y continuada con declaraciones amorosas, verbales y por escrito, obtener el sí de Marta Arnáez. Y no fue porque a la joven no le gustara, desde el principio, aquel polaco de crespos ingobernables, ojos más atónitos que grandes, flaco como vara de tumbar gatos aunque con todos los músculos definidos. Como muchas veces le contó a su hijo Elías, sentada bajo un enramado de buganvillas, en el patio de la casa de Miami Beach, o ya en un banco pintado de blanco a la sombra de las frondosas acacias de la exclusiva residencia de ancianos de Coral Gables, desde el principio ella sintió simpatía y, muy pronto, una definida atracción por Daniel. Pero se suponía obligada a responder a sus reclamos amorosos con una frase con la cual no lo rechazaba, pero tampoco lo aceptaba: «Tengo que pensarla», le repetiría por meses a su empecinado

pretendiente. «Eran los tiempos», le explicaría, años después y siempre sonriendo, a su hijo Elías Kaminsky.

Se hicieron novios a finales de la primavera de 1947, cuando terminaban el segundo curso del bachillerato, y, desde entonces, comenzaron a andar por la ciudad cogidos de la mano, al menos hasta llegar a las inmediaciones de la casa de la muchacha, en la esquina de Virtudes y San Nicolás, muy cerca de la populosa Galiano. Entonces se separaban, sin siquiera besarse en las mejillas, y ella seguía hacia su casa sin volver la vista y él regresaba ufano a la Habana Vieja con la esperanza de que la rusa Katerina, ayudada por el vodka, el ron o la ginebra, tuviera uno de sus días más calurosos y, como venía ocurriendo desde hacía un año, le hiciera la señal con el dedo que implicaba la invitación a subir a su apartamento, donde le ofrecería al joven otra lección de su curso práctico y gratuito de desenfreno eslavo.

Unas semanas después llegaron las vacaciones de verano y Marta, con sus padres, fue a pasarlas al remoto y decían que floreciente pueblo de Antilla, en el norte oriental de la isla, donde vivía y trabajaba un hermano de la madre. Aunque el gallego Arnáez regresó a la semana para volver a ponerse al frente de su bodega de ultramarinos, especializada en víveres y licores, la madre y la joven permanecieron la barbaridad de ocho semanas por aquellos lares: las ocho semanas más largas de la vida de Daniel Kaminsky, quien se sintió a punto de enloquecer mientras contaba los días y, a veces, hasta las horas que lo separaban del reencuentro, a imaginar cómo se iba hasta Antilla y raptaba a su amada para llevarla a cualquier otro punto remoto de la isla. Tanta era su desesperación que ni siquiera volvió a procurar una invitación de la rusa y, por pura falta de alternativas, regresó incluso a la sinagoga para aturdirse con los rezos y la lectura de los pasajes de la Torá. Dedicó también más horas al trabajo en la panadería del alemán Sozna con el propósito de reunir la suma necesaria para comprarse el traje con el cual, en algún momento, debería presentarse ante los futuros suegros para formalizar la relación amorosa con la petición de la mano de la novia.

Aunque ninguno de los dos jóvenes lo sabía, la prolongada estancia oriental de las mujeres formaba parte de una estrategia encaminada a provocar la separación y a alejar el olvido, pues ni para Manolo Arnáez ni para Adela Martínez el descubrimiento de que su hija noviaba con un judío polaco zarrapastroso había resultado una noticia agradable. Pero ambos padres, ya conocedores de los puntos que calzaba la joven, prefirieron

utilizar tramas sutiles antes que un enfrentamiento frontal del cual, lo presentían, saldrían derrotados. Porque Martica era más terca que una mula, según su propio progenitor, experto productor de burradas en el mejor estilo gallego. El remedio buscado por los padres surtió un efecto contrario al esperado. Al regresar a La Habana e incorporarse a sus estudios, Marta Arnáez, ya cumplidos los diecisiete, decidió permitir que su novio adelantara un paso más en el acercamiento y al fin se besaron por primera vez. Aunque a ambos la pasión les salía por los poros, desde entonces tuvieron suficiente comedimiento para mantener en el nivel de los besos y las caricias leves aquellos deseos que les llenaban las cabezas de malísimos pensamientos. «Claro, siempre los tiempos», le diría alguna vez Marta a su hijo. «Y para sus desahogos, el cabrón de tu padre tenía a Katerina, gratis y reputísima, pero yo..., nada más que besitos.»

De mala gana los padres de la joven aceptaron la formalización del noviazgo cuando los muchachos iban a terminar el tercer curso de sus estudios en el instituto. Daniel se había presentado con el traje barato de falsa muselina a cuadros comprado a los libaneses de la calle Monte y la corbata de franjas azules, obsequio del dueño de La Flor de Berlín. Sentado por primera vez en la sala de la casa de la calle Virtudes, luego de expresarles a los presuntos suegros sus muy serias intenciones, Manolo y Adela le pidieron que regresara al día siguiente para entregarle un veredicto. Ya a solas con Marta, sus padres le preguntaron a la muchacha qué pensaba de aquel reclamo: y ella les respondió con la frase que marcaría su vida y con una entonación tal que les hizo evidente a los progenitores que lo mejor era dejar libre aquella vía: «Daniel es el hombre de mi vida», fue la sentencia de la muchacha, y la cumplió hasta el final.

Justo mientras pretendía y al fin conseguía formalizar su noviazgo, Daniel Kaminsky tuvo una profunda crisis de identidad capaz de poner a temblar todas las convicciones que creía ya asentadas. A finales de aquel año 1947, en las tierras de Palestina había nacido el nuevo Estado de Israel, y el alumbramiento había sido caótico y doloroso, pero pletórico de esperanzas. Como casi todos los hebreos dispersos por el mundo, los judíos habaneros saludaron con júbilo el acontecimiento, aun cuando, como solía suceder en cada caso trascendente o intrascendente, lo asumieron a partir de la perspectiva de las diversas facciones, que corrían desde el sionismo militante hasta el desinterés expreso por aquella historia ya tan lejana de sus

vidas actuales. Pero entre uno y otro extremo había numerosas posiciones, alentadas por comunistas, sionistas, socialistas, ortodoxos, reformistas, moderados, liberales, militaristas, pacifistas, sefardíes, asquenazíes, ateos o creyentes de impulsos mesiánicos, y cuanta mezcla de posiciones o sutileza identificativa pudiera imaginarse.

Daniel, que se creía tan ajeno a esos debates, sintió entonces el ingobernable llamado de la tradición, más profundo y dramático de lo que hubiera podido imaginar. Tras varios años de perseguido y benéfico distanciamiento respecto al judaísmo, ahora el destino de Eretz Israel y sus eternos problemas terrenos y celestiales habían regresado para conmoverlo. El tan ansiado como necesario nacimiento del Estado hebreo llegaba con la convicción de que solo teniendo su propio país, justo en las tierras que su Dios les había prometido, los israelitas podrían evitar el horror de otro Holocausto como el que acababan de sufrir y de cuyas dimensiones cada día tenían nuevas y más terribles revelaciones. Para obtener aquel refugio los judíos desplegaron todas sus pasiones, artimañas pacíficas y violentas y su capacidad de presión, económica y moral. Llegaron a contar con el apoyo de los mismos norteamericanos que nueve años antes impidieron el desembarco del *Saint Louis* y hasta de la poderosa Unión Soviética, interesada en una estratégica amistad con el Estado hebreo. Aunque el reconocimiento de Israel fue rechazado por el Gobierno cubano, todo aquel proceso que concentró el interés internacional tocó a Daniel Kaminsky de manera sibilina, como para recordarle que, al fin y al cabo, algo más que un prepucio cortado lo identificaba con aquellas gentes. También estaba ligado a ellos por la sangre y, más aún, por la muerte. Tanto lo asedió ese sentimiento de cercanía, que unos meses después, cuando la suerte del recién nacido Estado fue puesta en peligro por la respuesta militar de varios ejércitos árabes, llegó a pensar si, como otros jóvenes de la comunidad, en su mayoría hijos de sefardíes turcos, aguerridos y proletarios, no debía ofrecerse él también para ir a defender el resucitado país de los israelitas, perdido tantos siglos atrás.

La mañana de sábado en que, luego de una larga ausencia, asistió con el tío Joseph a la sinagoga Adath Israel para ponerse al día de los graves sucesos que ocurrían al otro lado del mundo, las palabras del rabino tocaron unas fibras remotas de su conciencia que Daniel Kaminsky creía desaparecidas. «Dios dio a cada nación su lugar, y a los judíos les dio Palestina», dijo el oficiante, de pie junto a los rollos de la Torá. «El *Galut*,

el exilio en que hemos vivido por tantos siglos, significaba que nosotros los judíos habíamos perdido nuestro sitio natural. Y todo lo que deja su lugar natural pierde su apoyo hasta que regresa. Y bien lo sabemos nosotros. Ya que los judíos manifestamos desde los remotos tiempos de los patriarcas una Unidad nacional incluso en un sentido más elevado que otras naciones, pues fue una voluntad del Santísimo, bendito sea Él, es necesario que los judíos regresemos a nuestro estado de unidad real, que solo podemos conseguir en el contacto con la tierra sagrada de Eretz Israel, allí donde todo comenzó, una tierra cuya propiedad está confirmada por el libro sagrado y la palabra divina.»

Quizás fue la perspectiva vital que le ofreció la formalización de sus relaciones amorosas lo que más influyó en su decisión final de alejarse de la tentación que lo rondaba y en la cual habían caído algunos de sus vecinos y ex condiscípulos del Centro Israelita y muchos de los jóvenes matriculados en el Instituto Yavne. O, al menos, eso fue lo que le dijo a su tío Joseph cuando hablaron el tema. Porque, en realidad, luego de la primera conmoción de sus instintos ancestrales, Daniel Kaminsky sintió que se hallaba demasiado lejos de aquel mundo de judíos en busca de una patria para arriesgar su vida en una contienda militar de proporciones impredecibles. Más que egoísmo, diría, lo que funcionó en su caso sería una falta absoluta de fe, de compromiso con una causa revestida de mesianismo y de rebeldía contra viejos y limitantes preceptos religiosos rescatados por el recién nacido país. Todo ello apoyado en un empecinamiento muy racional: su propósito dramático y casi infantil, en un principio, de dejar de ser judío, y su decisión, ahora más firme, de compartir su vida con una cubana que -Daniel se horrorizó al saberlo- nunca podría ser su esposa legal en un país que antes de nacer había proclamado la exclusión de los gentiles y, en nombre de las leyes de Dios, prohibido los matrimonios llamados mixtos. Sin que él advirtiera la profundidad del proceso, aquel sentimiento defensivo, de lejanía cultural y definitivamente insumiso había crecido más de lo que él mismo creía y dejado un espacio generoso a su decisión de no ser otra cosa que cubano, vivir y pensar como cubano, un deseo convertido en obsesión capaz de dominarlo consciente y hasta inconscientemente, tanto que no parecía haber dejado demasiados márgenes para que los entusiasmos hebraicos adquirieran otras proporciones.

Muchos años más tarde, Daniel Kaminsky retomaría el dilema de aquella decisión definitoria de lo que sería su vida en una carta enviada a su

hijo Elías, ya asentado en Nueva York, donde el joven trataba de iniciar su carrera como pintor. Ocurrió a finales de la década de 1980, unos meses después de que Daniel fuera operado con éxito de cáncer de próstata. Empujado por aquella advertencia mortal, apenas se sintió recuperado sorprendió a la familia con la decisión de volver a la ciudad de Cracovia, adonde nunca había querido regresar. Además, contra toda previsión, Daniel Kaminsky optó por realizar aquel viaje a las raíces, como lo llamaban los judíos asquenazíes de todo el mundo, solo, sin su mujer ni su hijo. Al regresar de Polonia, donde pasó veinte días, el hombre, por lo general locuaz, apenas comentó algunas generalidades muy superficiales del periplo a su lugar de nacimiento: la belleza de la plaza medieval de la ciudad y la impactante memoria viva del horror sintetizada en Auschwitz-Birkenau, la visita al gueto donde habían sido confinados los judíos y la imposibilidad de encontrar la que pudo haber sido su casa en el barrio Kasimir, la visita a la Nueva Sinagoga, con sus candelabros sin velas, tétrica en la soledad de un país todavía despoblado de judíos y enfermo de antisemitismo. Pero la commoción del reencuentro con aquel ombligo de su pasado que por años había intentado tapiar, del cual parecía incluso que se había logrado liberar desde hacía mucho tiempo, había tocado los rincones más oscuros de la conciencia de Daniel Kaminsky. Y varios meses después realizó al fin aquella imprevista confesión.

En la carta le decía a su hijo que, desde su regreso, no había podido dejar de pensar en la certeza de cómo, en toda la historia judía, el punto más lamentable, con el cual jamás podría ponerse de acuerdo, estaba relacionado con lo que él consideraba un profundo sentido de la obediencia, que muchas veces había derivado en la aceptación de la sumisión como estrategia de supervivencia. Hablaba, por supuesto, de su siempre polémica relación con el Dios de Abraham, pero, sobre todo, de aquellos episodios ocurridos durante el Holocausto, en los que tantos judíos asumieron como inapelable su suerte por considerarla una maldición divina o una decisión celestial. No podía concebir que, ya decretado su destino, muchos de ellos incluso colaboraran con sus verdugos, o se prepararan casi con parsimonia para recibir el castigo; que fueran por sus propios pies, sin intentar el menor gesto de rebeldía, hacia los fosos donde serían ejecutados; que abordaran los trenes en donde morirían de hambre y disentería, se organizaran para vivir en los campos en los cuales resultarían gaseados. Y hablaba del modo en que la esperanza de sobrevivir contribuía a la sumisión. La combinación

de los poderes totalitarios de un Dios y de un Estado habían aplastado la voluntad de miles de personas, potenciado su sumisión y apagado, incluso, el ansia de libertad, que era, para él, la condición esencial del ser humano. Muchas personas, millones, habían aceptado su suerte como un mandato divino para que al fin, entre unos pocos miles de ellos, hubiera explosiones de rebeldía, partisanos en guerrillas antifascistas y rebeliones en guetos como el de Varsovia. «Aunque», decía en un punto de su carta, «también se debe tener en cuenta que tantísimos de esos hombres y mujeres sumisos llegaron a considerar la muerte casi como una alegría, en comparación con la vida de dolor y miedo que vivían. Si te colocas en ese plano, tal vez puedes ver las actitudes de muchos de ellos desde otra perspectiva. Incluso, me cago en Dios, incluso puedes justificar la sumisión, y yo me niego a justificarla... ¿O es mentira lo que nos repetían en las clases del Centro Israelita, lo que proclamaban los rabinos, los sionistas, los independentistas cuando nos decían que los judíos de hoy éramos los descendientes de Josué el Conquistador y sus indomables campesinos hebreos, del rey David, general victorioso, de los aguerridos príncipes asmoneos...? ¿Cómo fue posible que al final nos dominara la sumisión?» Tal vez aquella convicción, que en 1948 solo era una sombra sin forma precisa en su conciencia, fue la que con su peso oscuro lo había apartado de la idea de montarse en un barco e irse con algunos de sus amigos a Israel para participar en la guerra de independencia, le confesaba a su hijo. La marca de aquella conducta resignada, de la cual participaron sus abuelos y tíos Kellerstein y tal vez hasta sus padres, lo había lacerado tanto que había perdido no solo la fe en la política y en Dios, sino incluso en el espíritu de los *hombres*, y por ello prefirió permanecer al margen de aquella tardía rebelión, metido en su cada vez más cálida piel de cubano. Viviendo por elección y a gusto al margen de la tribu, aquel rincón donde había hallado la libertad.

Como era de esperar, por aquella época los amigos más entrañables del polaco Daniel eran todos cubanos, católicos a la heterodoxa manera practicada en la isla. Muy cercano a él seguía su viejo camarada José Manuel Bermúdez, a quien ya nadie le llamaba Calandraca, sino Pepe Manuel. El muchacho había crecido y se había fortalecido, mientras del color azafranado de su pelo sólo quedaban algunos reflejos, pues hasta las pecas habían desaparecido. Su inteligencia natural, cada vez mejor encausada, lo había convertido en uno de los estudiantes más destacados del

Instituto de Segunda Enseñanza y, por su carácter expansivo y su desprendimiento de siempre, en uno de los líderes estudiantiles. Otro de sus amigos se llamaba Roberto Fariñas y era la oveja negra de una familia burguesa de La Habana, copropietarios de una pequeña fábrica de roñes y de apartamentos en barrios de la periferia. Roberto se había negado a estudiar en un colegio privado y, mucho menos, de curas, a los que detestaba, por lo cual se había matriculado en el colegio público adonde acudían los menos favorecidos. Gracias a su desahogada economía, Roberto solía ser el amigo que con más frecuencia invitaba a helados, batidos, sándwiches y fritas en las cafeterías de la zona, sobre todo en la muy sofisticada recién abierta en los bajos del nuevo edificio del cine Payret. Las novias de Pepe Manuel -Rita María Alcántara- y de Roberto -Isabel Kindelán- también se habían hecho amigas de Marta Arnáez y los seis jóvenes habían formado una especie de cofradía, a pesar de sus disímiles orígenes, posibilidades económicas y relaciones familiares. Porque los unían cosas más importantes: la pasión por el baile, la afición al béisbol, el amor al mar y la comodidad de no guardarse demasiados secretos, esa agua clara en la que flota la verdadera amistad. Y más adelante, los ingleses o al menos (en el caso de Daniel), las simpatías políticas.

Cuando Roberto Fariñas cumplió los dieciocho años y al fin pudo obtener la licencia de conducción, uno de sus hermanos mayores puso a su disposición un Studebaker de 1944 que se convirtió en el carro de guerra de los amigos. Con la venia de las familias de las muchachas pudieron comenzar a ir hasta la playa de Guanabo e, incluso, viajaron por primera vez a Varadero para conocer las finísimas arenas de aquel remanso prácticamente deshabitado. De las tres parejas, solo la de Roberto e Isabel había cruzado la complicada frontera de llegar a sostener relaciones sexuales prematrimoniales. Pepe Manuel, tan revolucionario en todo, resultó ser un conservador en aquel territorio específico, mientras Daniel, aunque se moría de deseos de pasar a mayores (incrementados por la decisión de Katerina de irse a vivir al remoto barrio de La Lisa, como concubina de un negro camionero), no se atrevió a pedírselo a Marta, quien años después le confesó que, de habérselo propuesto, ella habría aceptado, pues se moría de envidia al saber lo que hacían Roberto e Isabel. «Cinco años de noviazgo sin sexo, qué disparate», le diría alguna vez Marta a su hijo Elías.

Viviendo en aquel universo amable de novias, amigos, estudios, paseos, trabajo para ganarse algo propio, Daniel Kaminsky siguió su navegación por la vida, alejándose de sus ancestros y sus preocupaciones, hasta el punto de que se apartó tanto de la costa de la cual había partido, que un día incluso creyó haber olvidado la existencia de aquella referencia. Fue entonces cuando le salió al paso la cabeza de un joven judío pintada por Rembrandt, dispuesta a complicarle la vida y a advertirle que existen renuncias imposibles.

¿Qué había ocurrido con sus padres, a bordo del *Saint Louis*, durante los seis días que el transatlántico había estado fondeado en la bahía de La Habana? ¿Cuánto habían soñado con bajar a tierra gracias a las negociaciones montadas sobre aquellos escasos centímetros de lienzo manchados de óleo trescientos años atrás? ¿Cómo y a quién le habían entregado la pintura? A partir del instante en que volvió a tener la inesperada y conmovedora certeza de que la reliquia familiar se había quedado en la isla desde aquella amarga semana de mayo de 1939, esas y otras preguntas golpearon tanto y con tanta fuerza su mente que Daniel Kaminsky se sintió al borde del desvarío.

Cuando Daniel terminó sus estudios en el Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana sus opciones de futuro ya estaban decididas. Mientras sus suegros accedían a sostener a Marta en su empeño de estudiar magisterio en la Escuela Normalista de La Habana, él se buscaría un trabajo más apropiado y mejor remunerado que el de mozo de limpieza de una dulcería y, a la vez, matricularía en los cursos de la Escuela de Comercio para hacerse contador. El plan incluía la celebración del matrimonio, fijada para un año más tarde, con la aceptación por parte del gallego Arnáez de acogerlos en su casa hasta que Daniel se graduase y la pareja estuviera en condiciones de proclamar su independencia. Todo aquel proyecto se fraguaba en un país donde, otra vez, se vivía entre agudas tensiones desde que, en marzo de ese año de 1952, el general Fulgencio Batista sacara a los militares a la calle y se hiciera con el poder político para impedir la celebración de unas elecciones en las que, con toda seguridad y a pesar de la muerte de su líder, Eddy Chibás, habrían triunfado los cada vez más numerosos militantes y simpatizantes del Partido Ortodoxo del Pueblo de Cuba, bajo su lema y programa de «Vergüenza contra dinero».

El golpe militar había polarizado a la sociedad cubana y una mayoría importante de los jóvenes estudiantes, incluidos Pepe Manuel Bermúdez y Roberto Fariñas, militantes ortodoxos desde hacía varios años, y el propio Daniel, simpatizante del partido por influencia de los amigos y por la carismática atracción de su creador, el ya difunto Eduardo Chibás, acariciaban la ilusión de una renovación política del país. Los tres amigos, como muchísimos cubanos, sintieron la acción de Batista como una agresión contra una democracia defectuosa, pero democracia al fin y al cabo, que los ortodoxos hubieran podido mejorar con importantes cambios sociales y la lucha frontal contra la corrupción que había abanderado el malogrado Chibás con su prometedor programa de limpieza cívica y política.

Mientras Pepe Manuel y Roberto se metían más en el movimiento de oposición al general, Daniel, como era su tendencia vital, se concentró en su proyecto individual. Durante el primero de los dos años de estudios para hacerse contador, justo el plazo fijado para la celebración de su matrimonio, su vida entró en otra etapa. Gracias a la amistad del tío Pepe Cartera con el cada vez más poderoso Jacob Brandon, ahora codueño de los nacientes y revolucionarios supermercados bautizados como Minimax, el joven había conseguido un trabajo a tiempo parcial como dependiente del moderno establecimiento inaugurado en El Vedado, donde además llevaba la contabilidad diaria y se encargaba de gestionar pedidos a los suministradores. Daniel ya ganaba treinta pesos a la semana, una cantidad más que digna en un país donde una libra de carne costaba apenas diez centavos.

Aquella gestión salvadora del tío Joseph Kaminsky, en condiciones de obtener favores de uno de los judíos más ricos de Cuba, no dejaba de ser un misterio para Daniel. El joven no entendería los intersticios de la relación entre el peletero y el magnate hasta unos años después cuando, en una circunstancia muy delicada, el tío lo volviera a salvar con un sorpresivo regalo. Pepe Cartera, que hasta su intervención revolucionaria en 1960 fungió como cortador y maestro principal del taller de peletería de Brandon, se había convertido, además, en el fabricante de los zapatos especiales que los enormes juanetes del comerciante exigían, en el artífice de los cinturones que, como cinchas de caballo, rodeaban su vientre, y en cosedor de sus finísimas carteras, maletas, petacas para puros y hasta guantes para viajes a Nueva York y París, siempre trabajados con las mejores y más

adecuadas pieles para cada destino y el más exquisito arte en el corte y la costura, aprendidos por Joseph años atrás con los artífices de Bohemia.

Sin duda Joseph Kaminsky debía de ganar unos salarios con los cuales cualquier otro hombre hubiera dejado la cada vez más tétrica cuartería de Compostela y Acosta y emigrado hacia un apartamento o incluso una pequeña casita independiente de algún barrio habanero, pensaba y diría su sobrino. Pero Pepe Cartera seguía rodeado de judíos, atrincherado en el promiscuo falansterio y viviendo con la rigidez económica de siempre. Daniel creyó detectar una razón de mayor peso para la insistencia del tío en permanecer en el solar cuando descubrió, con muchísima alegría, que aquel polaco cincuentón y conservador había encontrado un drenaje a su soledad gracias a la mulata Caridad Sotolongo, que un tiempo atrás se había hecho inquilina del ruinoso edificio. Treintona, viuda concubina, muy bien formada, Caridad era además madre de Ricardo, un mulatico bastante jodedor, por el que el tío Joseph siempre manifestó una especial debilidad, quizás nacida de la innata capacidad del muchacho para improvisar versos y recitarlos como si fuese una ametralladora.

La historia de Caridad pronto fue conocida por todos los vecinos. Su amante, un hombre blanco, padre nunca legalmente reconocido de Ricardito, había sido uno de los revolucionarios de la década de 1930 que, frustrado y decepcionado por la poca ganancia política y económica obtenida de sus luchas, muchas veces violentas, derivó con otros de sus camaradas hacia las bandas de gángsters que, cada vez con menos barniz político, buscaban a punta de pistola una recompensa política y económica que decían merecer. Aquel hombre había muerto en 1947 durante un enfrentamiento entre bandas de gángsters y policías no menos gángsters, y, de inmediato, la vida hasta cierto *punto* desahogada de Caridad se había esfumado, pues nunca había sido más que la amante del pistolero. Ella, de treinta y seis años, casi analfabeta pero todavía muy bella, y Ricardo, de siete años en ese instante, debieron abandonar la casita de Palatino cuyo alquiler no podían pagar y fueron a dar al solar de Compostela y Acosta, para dedicarse ella al muy mal retribuido oficio de lavar y planchar para la calle.

A diferencia de la mayoría de los hacinados en la cuartería, Caridad era discreta y silenciosa, por lo que muy pronto la catalogaron de mulata creída, orgullosa y luego de «capiro» -como les llaman los habaneros a los negros y mulatos que prefieren casarse con blancos-. En algún momento,

gracias a algunos favores cruzados, se estableció cierta amistad entre la mujer y Joseph Kaminsky, por entonces recién entrado en sus cincuenta. Daniel tuvo un relámpago de intuición de lo que se cocinaba en otros fogones el día en que Caridad les llevó una olla de loza mediada de unos frijoles negros, espesos, dormidos como le llamaban en Cuba, olorosos a comino y laurel, aquellos granos que en su vida polaca nunca había visto Joseph Kaminsky pero que en su estadía cubana se habían convertido en su plato favorito... y en la perdición de su sobrino Daniel. La mirada cruzada en ese instante entre el polaco y la mulata fue más reveladora que un millón de palabras. Las palabras que el tío Pepe no le diría a su sobrino hasta unos años más tarde. Las palabras provocadas por la existencia de Caridad y los sentimientos que la mujer había despertado en el peletero y que mucho influyeron en la suerte de Daniel Kaminsky.

Gracias a su salario en el mercado de Brandon y compañía, Daniel se lanzó a los preparativos de la boda, que se celebró en el verano de 1953 y al final resultó mucho más fastuosa de lo que el joven hubiera podido costear y hasta hubiera deseado por su natural discreción. Pero los padres de Marta, reconciliados, primero, y encariñados, después, con el joven polaco en ascenso social y económico, y satisfechos por la felicidad exultante de su única y queridísima hija, lanzaron la casa por la ventana. La exigencia más difícil para Daniel había llegado en el momento de discutir el tipo de ceremonia a efectuar. Para los padres de su prometida constituía casi una cuestión de honor que, luego de formalizarse ante notario, el trámite se llevase frente a Dios y fuese santificado en un templo católico. Daniel invirtió semanas en discutir con Marta las opciones, partiendo de una posición que a él le parecía justa y clara: como él mismo sería incapaz de pedirle a ella que se casaran ante un rabino, ella no debía exigirle a él hacerlo ante un cura. Y su razón era simple: él no creía ni en el rabino de sus ancestros ni en el párroco de los católicos. Convencer a Marta no resultó tan difícil, pues la joven podía prescindir de la ceremonia religiosa, aunque no negaba que su alharaca le parecía atractiva, y contaba entre sus argumentos el hecho de que hasta el mismo Pepe Manuel Bermúdez, cada vez más rojo según todos comentaban, había accedido a casarse con Rita María en la muy falsamente gótica iglesia de la calle Reina, al ritmo de la marcha nupcial compuesta por un judío alemán... Ella entendía las razones de su novio. Quienes no las iban a entender serían Manolo Arnáez y Adela

Martínez, sin cuyo apoyo el matrimonio no se podría realizar o se realizaría de otra manera, le dijo ella.

Daniel Kaminsky pensó mucho en sus posibilidades. La más fácil y, a la vez complicada sería irse con Marta, casarse ante un notario, y olvidarse de los Arnáez. Para alguien que había vivido tantos años en una cuartería de la Habana Vieja, sin poder saciar del todo su apetito y con un par de camisas baratas, aquella parafernalia de trajes largos y fiestas concurridas le resultaba tan accesoria como innecesaria. Pero le parecía cruel con la muchacha, incluso con sus padres, sustraerles una ilusión con la cual coronaban un punto climático en el éxito social de sus vidas. La más difícil aunque a la vez menos turbulenta de sus posibilidades era aceptar la formalidad del bautismo católico exigido y la boda oficiada por un cura, pues ninguno de los dos actos tenían para él ningún significado. Muchos judíos creyentes y practicantes, a lo largo de los siglos, habían debido aceptar los sacramentos católicos en diversas circunstancias de sus vidas, aun sabiendo que nunca se salvarían luego de tal claudicación, pues lo ordenado por su Dios era incluso morir venerando Su nombre. ¿Por qué siempre había sido tan complicado ser judío?, se había preguntado muchas veces, antes de sentarse a conversar sobre aquel conflicto lacerante con su tío Pepe Cartera. Por aquellos días, como si fuese una anticipación de lo que poco después ocurriría, Daniel pensó en varias ocasiones en el retrato del joven judío parecido a la imagen católica de Cristo bajo cuya mirada había vivido sus primeros años, sin que significase -para él o para sus padres- nada más que eso: un bello retrato de un joven judío con la vista perdida en un ángulo del cuadro.

Según lo recordaría siempre, Daniel dilató por semanas el momento de sostener aquel diálogo que imaginaba el más espinoso de su vida. Pues no implicaba solo una ruptura con sus orígenes y la religión de sus ancestros, sino conseguir el entendimiento o provocar el más desgarrador disgusto del hombre bueno que, sin expresar con un gesto o Una palabra su cariño, le había permitido tener una vida digna en su pobreza, un apoyo estable del cual, pronto, Daniel Kaminsky obtendría los beneficios del ascenso económico y hasta de la respetabilidad social. Desde hacía varios años, siempre que podía, el tío Pepe solía hablarle, como de pasada, de alguna de las jóvenes judías del barrio, tratando de impulsar con todas las intenciones aunque con la mayor discreción el interés del muchacho por una mujer de

su origen, para perpetuar con una unión de ese tipo lo que ellos eran y sus hijos deberían ser, por muchos más siglos.

«Usted sabe que yo soy ateo, tío Joseph», comenzó la conversación. Daniel había preferido sostener el diálogo en español, pues ya no confiaba en la profundidad de su polaco ni de su yídish para asuntos de mayor sutileza. Como la tarde primaveral era fresca, gracias a un compacto techo de nubes, había optado por hablar con el tío en la paz de la azotea del desvencijado palacete donde había vivido desde el día de 1938 en que recalara en La Habana y se sintiera alarmado con una algarabía en la cual hacía tiempo no reparaba. «No entiendo que alguien pueda ser ateo, pero si tú lo dices... Dios es más grande que tu desconfianza.» «Pues yo hace mucho dejé de creer. Usted sabe por qué. Lo importante es que soy incapaz de creer.» «No eres el primero que piensa algo así. Ya se te pasará...» «Tal vez, tío. Aunque no lo creo.» Daniel había hecho una pausa tras aquella afirmación con la cual, lo sabía, agredía algunos de los principios a los que se había aferrado el tío Joseph en su soledad de emigrante, hombre pobre y sin otra familia carnal en todo el mundo más que el propio Daniel. «Y debo tomar una decisión que para mí no es importante, pero sí para otras personas. Una decisión muy relacionada con su fe. Con la de usted y con la de ellos», agregó Daniel para ser más explícito.

Pepe Cartera, mirándolo a los ojos, se había permitido una ligerísima sonrisa. Más triste que feliz, en realidad. El polaco peletero, que había atravesado tantos momentos difíciles y conocido el horror más incommensurable, difícilmente habría podido sentirse sorprendido o superado por nada. O al menos eso creía, según solía decirle a su sobrino. «Me imagino por dónde vas... Y voy a hacértelo todo más fácil. Solo te diré que cada hombre debe resolver él mismo sus cuestiones con Dios. Para los problemas mundanos, una ayuda es siempre bienvenida. Los del alma no son transferibles. Conmigo no tienes ningún compromiso en ese sentido. Yo te he dado lo que he podido darte. ¿Sabes por qué Sozna te dio trabajo y albergue en La Flor de Berlín? Yo no podía dejar que te murieras de hambre por ahí... Cuidar de ti era mi obligación moral, incluso, una obligación con mi fe y mi tradición. Y el resultado no ha sido del todo malo: eres un hombre honrado y tienes un buen trabajo, unos estudios que pueden ayudarte mucho, una vida buena, que va a ser mejor. Quizás algún día hasta seas un hombre rico... por supuesto, lamento tu lejanía de Dios y de nuestras costumbres, pero incluso soy capaz de entenderlas. No serás el

primer judío que renuncie a su fe... Hijo mío, haz lo que tienes que hacer y no te preocupes por mí, ni por nadie. Al fin y al cabo todos somos libres por voluntad divina, incluso para no creer en esa voluntad.»

Mientras lo escuchaba, Daniel había ido sintiendo cómo lo invadía una sensación indefinible, en la que se mezclaban la gratitud por la comprensión del tío, entregada como una verdadera liberación, y una punzante impresión de su debilidad, capaz de precipitarlo a una conveniente aceptación de algo rechazado por su espíritu. Como nunca en su vida, en ese instante se sintió miserable y mezquino, despojado de alma, identidad, de voluntad de luchar. Si el tío Joseph hubiese vociferado y reclamado su condenación, como el día en que el muchacho se negó a matricularse en la escuela para judíos, tal vez todo habría resultado menos humillante, pues él también podría haber gritado argumentos, haberse empecinado y optado por mostrarse incluso rebelde y, ofendido. Pero al revelarle que incluso en su rebeldía lo había estado protegiendo y al sustraerle la posibilidad del enfrentamiento, Joseph lo había sorprendido, dejándolo a solas con su alma, con aquel vacío que la vida y su propio empeño habían creado en el sitio donde otros hombres, como su tío o su futuro suegro, llevan alojado el consuelo de sentirse acompañados por un Dios, su Dios, cualquier Dios. ¿El mismo Dios?, le preguntaría alguna vez al hijo nacido de aquel doloroso conflicto.

«Le agradezco su comprensión, tío. Para mí es lo más importante», apenas pudo decir Daniel. Joseph Kaminsky se quitó las gafas de aro redondo que usaba desde hacía unos años y las limpió con el faldón de su camisa. «Agradéceselo a Cuba. Aquí he trabajado, pasado penurias sufrido decepciones, pero he conocido otra vida y de muchas maneras eso lo cambia a uno... Ya no soy el mismo polaco asustadizo y fanático que llegó hace más de veinte años. Aquí he vivido sin miedo próximo pogromo, lo cual ya es bastante, y a nadie le ha importaba mucho en qué idioma hago mis rezos. Por mucho que hayas oído, no puedes tener idea de lo que eso significa, porque no lo has vivido... Querer ser invisible, como llegó a pensar tu padre...» «¿Entonces esta molesto contigo?» Pepe Cartera lo miró a los ojos, sin responder como si su mente estuviera en otro sitio. «Por cierto», dijo al fin, ¿Sabes por qué no me casado con Caridad?» A Daniel le sorprendió la abrupta caída en un tema hasta ese momento nunca tocado por el tío, al menos con él, y al cual Daniel, por respeto, jamás se había referido. «Porque ella tiene unas creencias y yo tengo otras. Y no soy capaz de pedirle que renuncie a ellas. No tengo derecho, no sería justo, porque esa

fe es una de las pocas cosas que le pertenecen de verdad y que más la han ayudado a vivir. Y yo no voy a renunciar a las mías. Ella es inculta, pero es una mujer buena e inteligente, y me ha entendido. Para los dos lo importante ahora es que nos sentimos bien cuando estamos juntos y eso nos ayuda a vivir. Sobre todo, ya no nos sentimos solos. Y eso es un regalo de Dios. No sé si el de ella o del mío, pero un don divino... En fin, haz lo que quieras. Tienes mi bendición. Bueno, es un decir, tú no crees en bendiciones...»

El cielo, asaltado por unas nubes tétricas, llegadas del mar del sur, se abrió entonces en un torrente de agua cruzado por los destellos de unas descargas eléctricas que, según el polaco Pepe Cartera, nunca solían ser tan retumbantes en su lejano país. Cuando los hombres volvieron al cuarto del solar, Joseph Kaminsky fue en busca del pequeño cofre de madera que lo había acompañado desde los días de su salida de Cracovia y en donde guardaba su ya obsoleto pasaporte, unas pocas fotos, y el *talit* que le había regalado su padre para su Bar Mitzvá, celebrado en la gran sinagoga de la ciudad. Lo abrió con la llave que siempre llevaba en el cuello y del interior tomó un sobre que le entregó a su sobrino. «¿Qué es esto, tío?» «Mi regalo de bodas.» «No hace falta...» «Sí hace falta. La dignidad hace mucha falta. Si tus suegros van a ayudarlos, tú tienes que contribuir. Esa contribución te hará más libre.» Daniel, sin entender muy bien por dónde iban las intenciones de su pariente, abrió el sobre y encontró el cheque. Leyó. No se lo creyó. Volvió a leer. Su tío lo hacía propietario de cuatro mil pesos. «Pero tío...» «Son casi todos mis ahorros de estos años. A ti te hace mucha más falta ahora que a mí... Sobre todo para eso hace falta el dinero: para comprar libertad.» Daniel negaba con la cabeza. «Pero con esto se puede mudar de aquí, vivir con Caridad, ayudar a Ricardito en la escuela...» «A partir de este momento ya no dependes económicamente de mí, y espero que de nadie. Con lo que gano, creo que Caridad y yo podremos mudarnos pronto. Y ya separé una cantidad para las necesidades de Ricardito. Tú sabes, con un plato de arroz, unos frijoles negros y unas albóndigas kosher yo tengo más de lo que necesito. Y ahora soy mejor peletero que nunca, así que no te preocupes, trabajo no me va a faltar, gracias al Sagrado.»

Daniel Kaminsky no podía apartar sus ojos de un papel que valía mucho más que la fortuna de cuatro mil pesos. Aquel dinero era el fruto de infinitas renuncias, privaciones y pobrezas entre las cuales el tío y el mismo habían vivido por años. Representaba también el pasaporte válido con el

cual Pepe Cartera podría alegrar su vida. Y, Daniel sabía, había sido ahorrado para congratular al sobrino el día en que en la sinagoga y ante el rabino, sellara su matrimonio según la Ley

Invadido por el reflujo invasivo de su herejía, Daniel Kaminsky había comenzado a llorar: mientras el tío Joseph le entregaba comprensión y dinero, él le robaba la ilusión de verlo quebrar a pisotones las copas de cristal, para recordar con aquel acto la destrucción del Templo y el inicio de la interminable diáspora de los israelíes, y la necesidad de mantenerse unidos en la tradición y la Ley escritas en el Libro como única forma de supervivencia de una nación sin tierra. Sin poder contener el llanto, esa tarde, por primera vez en muchos años, Daniel se abrazó al tío y besó varias veces sus mejillas, siempre necesitadas de una afeitada más radical.

Tal vez por la liberadora actitud de Joseph Kaminsky, dos meses después, cuando Daniel asistió a la pequeña iglesia del Espíritu Santo para recibir el bautismo y el acta donde se certificaba su conversión y se le permitía pronunciar los votos matrimoniales ante un cura, el joven no pudo dejar de sentir que realizaba una impudica renuncia, para la cual, a pesar de todas sus convicciones y rechazos, en realidad no estaba preparado. Acompañado por su prometida, sus futuros suegros y sus padrinos para la ocasión, Antonio Rico y Eloína la Pecosa, el todavía judío entró por primera vez en su vida en un templo católico con la intención de hacer algo más que curiosear. Aunque ya sabía que allí encontraría -imágenes pueriles de mártires y supuestos santos, cruces de diversos tamaños, incluida la imprescindible con el Cristo sangrante clavado a la madera, toda aquella imaginería exultante-, no pudo evitar la commoción y el deseo visceral, más que racional, de salir corriendo. Ese no era su mundo. Pero aquella huida, de producirse, sería una fuga del paraíso terrenal al cual quería entrar, se merecía entrar. Después pensaría que lo que más le ayudó a contener sus impulsos fue el descubrimiento inesperado de la figura de Caridad Sotolongo, sentada con humildad en uno de los últimos bancos del pequeño templo, ataviada con un vestido blanco, sin duda el mejor de su ropero, y con un pañuelo cubriendo su cabeza.

Ya ante el párroco encargado de officiar la ceremonia destinada a cambiarlo de fe, Daniel Kaminsky consiguió evadirse de su lamentable realidad concentrándose en la evocación de la fábula que muchas veces, de niño, le había contado su padre, en los días todavía apacibles de Cracovia y, luego, en los tensos de Leipzig y en los desesperados de Berlín. El joven

pudo recordar cómo justo la noche anterior a su partida hacia La Habana, mientras gastaban la última ocasión en que el médico Isaías Kaminsky lo arroparía antes de dormir, su padre le había vuelto a narrar aquella historia mítica del tal Judá Abravanel, destacado descendiente del tronco predestinado de la casa del rey David, la estirpe cargada con la responsabilidad de engendrar al verdadero y todavía esperado Mesías... Según contaba su padre, y como luego Daniel le contaría a su hijo Elías en las noches vaporosas de Miami Beach, el real o ficticio personaje de Judá Abravanel, ya expulsado de España como todos los sefardíes que no aceptaron el bautismo católico, se había refugiado en Portugal donde, poco después, volvió a verse en la coyuntura terrible de enfrentarse a la elección entre el bautismo y la muerte de sus hijos, su mujer, sus cofrades de fe y destino, y la suya propia. En aquella catedral de Lisboa en donde un rey malvado había confinado a los judíos y los había colocado ante la disyuntiva de Cristo o la hoguera, el sabio sefardí, médico, filósofo, poeta, genio de las finanzas, había decidido dar el ejemplo y aceptar la conversión, condenadora de su alma pero preservadora no ya de su vida, sino de la vida de muchos de los suyos y, sobre todo, de los frutos de su estirpe predestinada a traer la salvación de su pueblo. Quizás Judá Abravanel -solía decir Isaías Kaminsky-, en el instante de sentir el agua bendita caer sobre su cabeza, había pensado que se sumergía en el Jordán para purificar su cuerpo antes de dirigirse al resurrecto Templo de Salomón para postrarse ante el Arca de la Alianza. Ahora, mientras el agua vertida por un cura caía en su cabeza, Daniel Kaminsky se refugiaba en la evocación de su padre. En ese desvarío protector lo sorprendió otra vez la visión de una familiar imagen del rostro de un joven judío demasiado parecido a Jesús de Nazaret y, lo pensaba por primera vez, también al Judá Abravanel de su imaginación. El abrazo y el beso de Marta, desbordada de felicidad por el regalo que le acababa de hacer el hombre de su vida, sacó al hereje de su laberinto interior y lo devolvió a la realidad del templo católico, que ni siquiera después de la conversión concretada dejó de parecerle una escenografía para niños fanáticos.

Daniel, todavía aturdido pero sintiéndose liberado, aceptó sin reparos la invitación de su suegro para ir todos a almorzar en el cercano restaurante Puerto de Sagua, donde, decían, se servía el mejor y más fresco pescado que se comía en La Habana. Solo cuando buscó la salida del templo, Daniel descubrió que Caridad Sotolongo había desaparecido. ¿Había estado allí o

lo había imaginado?, se preguntó. ¿Cuánto había influido aquella mujer, devota de unos dioses negros y bullantes para que aquel acto recién finalizado no se hubiese convertido en un drama capaz de alejarlo para siempre del tío Joseph, el apacible y ahorrativo peletero que, mal que bien, lo había hecho el hombre que era? Daniel nunca se atrevería a preguntarlo, pero, anticipándose a la respuesta presentida, le profesó a la mujer una gratitud que se mantuvo inalterada a través de los años y las distancias. Hasta la muerte.

6 - La Habana, 2007

COMO del añorado Moshé Pipik solo sobrevivían unas ruinas malolientes incapaces de evocarle a alguien que allí había brillado el restaurante *kosher* empeñado por años en cuquear el hambre de Daniel Kaminsky, Elías le propuso a Conde probar suerte en el Puerto de Sagua, donde, decía su padre, el pescado siempre solía ser excelente.

-Solía ser, en este caso, puede ser estrictamente *solía* -le advirtió el Conde-: tiempo pasado, imperfecto, pero pasado. Como la época de Moshé Pipik y otras cosas que has querido ver... Por cierto, ¿dijiste *cuqueado*?

-Sí -Elías Kaminsky afirmó, con las cejas arrugadas-. ¿Está mal dicho?

-No, que yo sepa no...

-Esa palabra la usaba mi madre. Desde hace años vivo hablando en inglés, pero cuando lo hago en español, sin pensarlo me conecto con la forma en que ella hablaba. Son como joyas viejas. Las limpias un poco y se vuelven brillantes. ¿Qué me dices, a ver, de la palabra *zarrapastroso*? Mi padre era un judío flaco y *zarrapastroso*... A lo mejor ya nadie dice eso.

-Era lo que se dice un habitante. Un habitantón... -remachó Conde.
Elías sonrió.

-¡Coño! Hacía mil años que no oía eso. Mi padre también lo decía cuando hablaba con los cubanos de allá. ¡No seas habitante, Papito!, le decía a un cubano del que se hizo amigo en Miami...

Mientras recorrían los sitios de la vida, la memoria y las palabras extraviadas del polaco Daniel Kaminsky y su mujer, Mario Conde había tenido la agradable sensación de estar asomándose a un mundo cercano pero a la vez distante, difuminado desde que él tuviera uso de razón. La vida de aquellos judíos en La Habana era un episodio vencido, del cual apenas quedaban rastros y muy poca intención de evocarlos. La estampida masiva de los hebreos, tanto asquenazíes como sefardíes (por una vez puestos de acuerdo), se había producido con la sospecha, primero, y la confirmación, poco después, de que la revolución de los rebeldes optaría por el sistema socialista. El cambio había empujado al ochenta por ciento de la comunidad a un nuevo éxodo, al cual muchos se verían obligados a partir igual que como llegaron: apenas con una maleta de ropa. Por lo que

aquellos hombres sabían del destino de los judíos en los incommensurables territorios soviéticos, pocas de sus costumbres, creencias y negocios saldrían indemnes del encontronazo, y a pesar de la experiencia entrañable vivida en la isla, los judíos se fueron con su maleta, sus plegarias, comidas y música a *otra* parte. Y para la mayoría, incluidos el converso Daniel Kaminsky y su mujer Marta Arnáez, adelantados unos meses en aquella opción, fue Miami Beach, donde ya vivían otros judíos asentados en los Estados Unidos, el sitio en el cual tomaron la pendiente de construir una nueva vida y, con la experiencia milenaria acumulada, establecieron una comunidad otra vez cercana a la pegajosa cultura del gueto. La inquietante diferencia de fechas que alentaba las dudas del pintor radicaba en el hecho de que mientras el grueso de la comunidad abandonó la isla entre 1959 y 1961, Daniel Kaminsky y su mujer habían partido en abril de 1958, con una antelación y prisa empeñadas en delatar otras urgencias.

Encontraron casi vacío el espacioso salón del restaurante. Cuando Conde leyó los precios del menú, se reafirmó en las razones de aquella desolación. Un plato de langosta costaba lo que un cubano común y corriente ganaba en un mes. Aquel sitio era otro gueto: para extranjeros como Elías Kaminsky, para tigres criollos como Yoyi el Palomo y por aquellos días, para un afortunado como él, contratado y con los gastos pagados al parecer solo para oír la novela de la vida de un judío empecinado en dejar de ser judío y que, en algún momento, hasta donde sabía Conde, al parecer había matado a un hombre. La atmósfera refrigerada del restaurante olía a cerveza y a mar. Las luces atenuadas resultaron un alivio para las pupilas de los recién llegados, alteradas por el sol de septiembre. Los camareros, un verdadero escuadrón, aprovechaban el sosiego del salón para conversar recostados a la larga barra de madera pulida, quizás la misma en la que, cincuenta y cinco años antes, se habían acodado el recién convertido Daniel, su novia, amigos y parientes, para brindar por el ya expedito matrimonio Católico.

Elías optó por el enchilado de langosta. Conde se decantó por un sopón de pez perro. Para beber, reclamaron las cervezas más frías que hubiera en el local.

-Mi padre nunca hubiera podido ser un lobo solitario. Él necesitaba pertenecer, ser parte de algo. Por eso los amigos fueron tan importantes para su vida. Cuando perdió a los más cercanos, fue como si se quedara sin

brújula... También por eso volvió a hacerse judío. *Aunque* no pudiera creer en Dios. -Elías sonrió.

-Ahora que lo dices, hay una cosa que no te he preguntado... -Ante el asombro del pintor, Conde encendió su cigarro, cagándose olímpica y cubanamente en la supuesta prohibición anunciada por el cartel del círculo rojo-. ¿Tú practicas el judaísmo?

Elías Kaminsky levantó los hombros e imitó a Conde, dándole fuego a su Camel, luego de beber de un golpe más de la mitad de su alta copa de cerveza Bucanero.

-En puridad la condición de judío se transmite por la madre, y la mía no lo era de sangre. Pero desde que mis padres llegaron a Miami las cosas cogieron otros rumbos y como parte de esos rumbos, mi madre terminó convirtiéndose y resultó que automáticamente a mí me hicieron judío. Aunque soy de los que solo asisto a la sinagoga el día de Yom Kipur, porque es una fiesta hermosa, y como costillas de puerco a la barbacoa. Pero digamos que sí, lo soy.

-¿Y eso qué significa para ti?

-Es complicado, bastante... Mi padre tenía razón cuando decía que ser judío es algo escabroso. Por ejemplo, la condición de judío fue un problema hasta para los alemanes que mataron a seis millones de nosotros, incluidos mis abuelos y mi tía... Hace poco leí un libro que lo explica de una manera que me impresionó mucho. Decía el escritor cómo la decisión de aniquilar judíos era sobre todo una forma de autoaniquilación necesaria de los propios alemanes, o por lo menos de una parte de su propia imagen de la que se querían desprender para ser la raza superior... Aunque no lo reconocieran, y de hecho no lo reconocieron nunca, lo que los alemanes pretendieron con la eliminación de las actitudes de los judíos que ellos llamaron avaricia, cobardía y ambición, en realidad fue el intento de borrar unas cualidades propias de ellos, de los alemanes. Lo jodido de la historia es que cuando los judíos las practicaban al modo alemán, era porque soñaron con parecerse a los alemanes, porque muchos quisieron ser más alemanes que los propios alemanes, pues consideraron a esos hombres entre los que vivían como la imagen perfecta de cuánto hay de hermoso y bueno en el mundo de la burguesía ilustrada, de la cultura, la urbanidad a la cual muchos de ellos aspiraban a pertenecer para dejar de ser diferentes y para ser mejores... Ya algo así había pasado en Grecia cuando muchos judíos se helenizaron, y después en la Holanda del siglo XVII...

O también es posible que los judíos quisieran parecerse a los alemanes para dejar atrás la imagen del comerciante barrigón, ahorrativo, mezquino, que cuenta cada moneda, y de ese modo ser aceptados por los alemanes. No es casual que muchos judíos alemanes se asimilaran totalmente, o casi, y algunos hasta abominaran del judaísmo, como Marx, un judío que incluso odiaba a los judíos... Lo terrible, dice este hombre con esos juicios tan inquietantes, es que, sin embargo, el sueño de los alemanes era justo lo inverso: parecerse a lo esencial de los judíos, o, sea, ser puros de sangre y espíritu como decían ser los judíos, sentirse superiores, como los judíos, por su condición de pueblo de Dios, ser fieles a una Ley milenaria, ser un pueblo, un *Volk*, como decían los nacionalsocialistas, y gracias a todas esas posesiones maravillosas resultar indestructibles, como los judíos, quienes a pesar de no tener patria y de haber sido amenazados mil veces con la destrucción, siempre habían sobrevivido. En pocas palabras: ser diferentes, únicos, especiales, gracias al amparo de Dios.

No entiendo bien -admitió el Conde-, pero suena lógico. Con una lógica perversa por todo lo que ocurrió en Alemania y en Europa... -Pero hay más... Lo que llevó al desastre y el Holocausto fue que todos se equivocaron: los judíos queriendo ser alemanes sin dejar de ser judíos, y los alemanes aspirando a tomar el ejemplo de predestinación y singularidad de los judíos. Ya algo así, aunque por suerte no terminó en tragedia, había pasado en Ámsterdam cuando los holandeses calvinistas y puritanos hallaron en el libro judío el fundamento para mitificar su singularidad nacional, para explicar la historia de su mística nacional de pueblo elegido y próspero. Encontraron en los judíos un paralelo glorioso para sus éxodos y la fundación de una patria..., incluso la justificación para hacerse ricos sin prejuicios morales ni religiosos. Por eso aceptaron a los sefardíes expulsados de España y Portugal y hasta les permitieron practicar su religión y construir algo tan majestuoso e impresionante como la Sinagoga Portuguesa, que es Una variación futurista del Templo de Salomón, encajada en el centro de Ámsterdam. ¿O por qué crees que Rembrandt y los demás pintores de esa época preferían las escenas del Antiguo Testamento para buscarse a sí mismos...? Mira, si algo ha conseguido significar el hecho de ser judío, es precisamente ser otro, una forma de ser otro que, a pesar de no haber funcionado muchas veces para los judíos, ha sobrevivido a tres milenios de asedio. Y eso era lo que más querían los nacionalsocialistas alemanes: ser otros y eternos, tener un sentimiento de

permanencia tan fuerte como el de los judíos... Y para lograrlo tenían que hacerlos desaparecer de la faz de la tierra.

-La cosa se pone siniestra.

-Puede que lo sea, de hecho lo es -admitió Elías Kaminsky- Todo lo que te he dicho puede encajar bastante bien si uno se detiene a pensarlo un rato..., ¿no? Mira, mi ventaja está en que soy un judío de la periferia, en todos los sentidos, y aunque pertenezco, no pertenezco, aunque conozco la Ley, no la practico, y eso me da una distancia y una perspectiva para ver ciertas cosas. Lo que hicieron los alemanes con seis millones de judíos, incluidos los que debieron haber sido mis abuelos, mis bisabuelos, mi tía, no tiene perdón. Aunque a la vez necesita tener una explicación, y el odio de razas y la muerte de Jesús en la cruz no puede abarcarlo todo en un proceso que resultó tan profundo y radical y que envolvió a todo un continente. Por eso me gusta esa explicación, casi me convence...

Los platos pusieron una pausa en aquella conversación que había derivado por caminos demasiado enrevesados para la fatiga mental de Mario Conde. Según Elías el enchilado era excelente; para Conde la salsa de perro resultó un remedio mediocre de la que alguna vez probara en una modesta fonda de Caibarién o la que preparaba Josefina con la sencillez rotunda implícita en una improvisada pero a la vez fabulosa combinación de ingredientes elementales al alcance de unos pobres pescadores que han puesto una olla con agua al fuego mientras limpian de escamas a un pez perro. Para mejorarla, el ex policía la había rociado con un chorro de picante que lo puso a sudar, a pesar del ambiente gélido del restaurante.

-Cuando te hablé del *Saint Louis* -Elías vertió una nueva cerveza en su vaso-, y me dijiste que te daba vergüenza oír esa historia... Bueno, hace unos años los Estados Unidos le dieron unas disculpas a los judíos, pero Cuba no.

-Normal -dijo Conde y pensó un instante el resto de su comentario-. Somos demasiado orgullosos como para pedir disculpas. Además, el pasado es cosa del pasado y a nadie ahora se le ocurriría disculparse por algo que otros hicieron, aunque también fueran cubanos... A mí me da vergüenza esa historia porque soy un comemierda con dos doctorados.

Elías Kaminsky sonrió, restándole dramatismo al momento.

-Por cierto, algo que no puedo dejar de hacer es visitar el cementerio donde está enterrado el tío Joseph -dijo Elías.

-Debe ser uno de los de Guanabacoa. Porque hay dos.

-Sí, uno para los asquenazíes y otro para los sefardíes.

-Nunca los he visitado -admitió Conde.

-¿Te embullas? -preguntó Elías Kaminsky acudiendo otra vez al léxico de su madre.

-Me embullo -dijo Conde-. Pero después del postre y el café.

Eso también va en los gastos de trabajo -dijo y levantó el brazo para conseguir la difícil posibilidad de que alguno de los displicentes camareros se dignara prestarles atención.

Mal informados por un transeúnte para quien todos los judíos y todos los muertos eran la misma cosa, Conde y Elías Kaminsky fueron a dar primero al cementerio de los sefardíes. Lo que encontraron no resultaba para nada alentador. Lozas polvorrientas, quebradas algunas, hierbajos por todas partes, un muro caído, sepulcros canibaleados por buscadores de huesos de judíos para completar los atributos de las cazuelas rituales de los paleros cubanos. Porque, eso sí lo sabía muy bien el Conde desde sus tiempos de policía, un hueso de un chino o de un judío potenciaba el poder de la «prenda» religiosa de los paleros, más si se quería para hacer el mal. Pero no se lo comentó a Elías Kaminsky.

Por fortuna, el cementerio asquenazí estaba a unas pocas cuadras, y como prefirieron cubrir el trayecto a pie, Conde aprovechó la caminata para seguir saciando su desvelada curiosidad.

-Tus padres se fueron, pero el tío Pepe se quedó. ¿Cómo fue eso?

-Después de la boda, mi padre se mudó para la casa de mis abuelos, hasta que compraron la casita de Santos Suárez. Pero el tío se quedó en el solar tres o cuatro años más. Hasta que se casó ante notario y se fue a vivir con Caridad y Ricardito a un barrio que se llama..., ahora no me acuerdo. Cuando mi padre se estableció en Miami, le preguntó al tío Joseph si él, Caridad y su hijo querían ir a vivir con ellos. Pero él le dijo que, a su edad, ya no tenía fuerzas para empezar de nuevo. Él no quería irse a ningún sitio, y menos a un país donde una negra no podía vivir como una persona normal... Él se quedaba en Luyanó. ¿Puede ser Luyanó?

-Anjá, sí, Luyanó.

Bueno, pues alquiló una casita de dos habitaciones, una para él y Caridad, y la otra para Ricardito. En una caseta que había en el fondo de la casa puso su máquina de coser y sus herramientas, pero ya casi sólo trabajaba en el taller de Brandon, hasta que llegó el comunismo,

desapareció el taller, Brandon y casi todos los judíos... El tío murió aquí, en 1965, sin llegar a los setenta años. Al final se ganaba la vida remendando zapatos...

-¿Y Caridad?

-Mis padres mantuvieron correspondencia con ella hasta que murió, como en 1980, más o menos. Siempre que podía, mi padre le mandaba algún paquete con ropa, medicinas, algo de comer. En aquel tiempo era muy complicado.

-¿Y Ricardito?

-Hasta donde sé, se hizo médico. Pudo terminar el bachillerato antes de 1959 gracias al tío Joseph. Luego fue más fácil para él y entró en la universidad. Pero desde que mi padre salió de aquí, nunca tuvo contacto directo con Ricardito, solo sabían de él por Caridad. Ella le explicó a mi padre que para Ricardito, más siendo médico, no era conveniente tener relaciones con gentes que vivían en Miami.

-Conozco bien esa historia -apuntaló Conde la afirmación del otro.

-Yo también. Tu amigo Andrés me habló de eso. Estuvo años sin saber de su padre porque él vivía en Cuba y el padre en Estados Unidos. Eso los hacía casi enemigos... ¡Qué disparate!

-El hombre nuevo solo podía tener relaciones fraternales con los de su misma ideología. Un padre en Estados Unidos era una contaminación infecciosa. Había que matar la memoria del padre, de la madre y del hermano si no estaban en Cuba. Fue mucho más que un disparate... ¿Y qué sabes de Ricardito?

-Nada... Supongo que sigue aquí, ¿no?

Al llegar al cementerio de los asquenazíes el portero-sepulturero se disponía a cerrar las rejas, pero un billete de cinco dólares les abrió la cancela y les garantizó el servicio de guía y, si lo hubieran pedido y el hombre hubiera podido, hasta unos rezos funerarios en hebreo clásico o en arameo. Apenas traspusieron el umbral -¡Oh, los que entráis, dejad toda esperanza!-, Conde constató que entre uno y otro camposanto mediaba una distancia impuesta no por diferencias doctrinales, sino por abismos económicos. Aunque el estado de abandono era similar al imperante en el cementerio sefardí, los túmulos, mármoles y los atributos mortuorios sobrevivientes advertían de que estos muertos asquenazíes habían sido vivos llegados al último trance con mucho más dinero que sus correligionarios sefardíes.

Del mismo modo que en la otra necrópolis, algunas tumbas estaban coronadas con pequeñas piedras puestas allí por algún pariente o amigo. Pero los efectos del tiempo y el abandono lo habían corroído casi todo. Aquellas moradas finales expresaban mejor que cualquier otro testimonio el destino último de una comunidad que, en sus tiempos, había sido activa y pujante. Hasta sus sepulcros estaban muertos.

Conde notó las diferencias de apellidos existentes entre uno y otro Cementerio, huellas de los caminos paralelos que por siglos habían seguido aquellos judíos, unos en España, la próspera Sefarad, y otros en el éxodo y la dispersión por las vastas regiones de la Europa oriental, dos territorios donde cada una de las ramas del pueblo elegido había llegado incluso a forjar sus propias lenguas y a perfilar los apellidos capaces de advertir sobre su pertenencia a las dos culturas unidas por el Libro. Pero la prosperidad de los asquenazíes venidos a Cuba desde Polonia, Austria y Alemania contrastaba con la modestia de los sefardíes turcos, incluso después de la muerte.

El guía-sepulturero los condujo a la tumba de Joseph Kaminsky, cubierta con una losa de granito barato sobre la cual, con dificultad se podía leer: CRACOVIA 1898-LA HABANA 1965, y unas enrevesadas letras *hebreas que*, era lo más posible, el propio tío había ordenado grabar como mensaje a la posteridad para que, si alguien aún se interesaba, se supiera quién había sido en vida. El eficiente sepulturero frotó con su pañuelo húmedo por el sudor la placa de granito, hasta que Elías logró leer: JOSEPH KAMINSKY. CREYÓ EN EL SAGRADO. VIOLÓ LA LEY MURIÓ SIN SENTIR REMORDIMIENTOS.

7 - La Habana 1953-1957

FUE en la temporada de béisbol invernal de 1953-1954 cuando el gran Orestes Miñoso, «el Cometa Cubano», alma del *team* Marianao de la liga profesional de la isla y, por esa época, también de los White Sox de Chicago en las Grandes Ligas norteamericanas, conectó el batazo más largo que hasta entonces se diera en el Gran Stadium de La Habana, construido unos años atrás. El *pitcher* contrario era el yanqui Glenn Elliott, esa temporada al servicio del poderoso club Almendares, y lo que le soltó Miñoso fue un lineazo descomunal que pasó muy por encima de las cercas del jardín central, un toletazo inhumano en el que aquel negro de cinco pies y diez pulgadas de músculos compactos había descargado toda su fuerza y su increíble talento para darle a la pelota, con la belleza y perfección de sus aterradores *swings*. Cuando los comisarios de la liga intentaron medir las dimensiones de la conexión, se aburrieron de contar al sobrepasar los quinientos pies de distancia respecto al plato. Como recordación de aquella hazaña, por el sitio sobre el cual había volado la pelota, fue colocado un cartel con la advertencia: POR AQUÍ PASÓ MIÑOSO. A partir de la temporada siguiente, cuando la estrella del Marianao se acercaba al cajón de bateo, por la megafonía del mayor santuario de la pelota cubana se escuchaban los acordes del chachachá grabado en su honor por la Orquesta América y cuyo estribillo más popular decía: «Cuando Miñoso batea de verdad, la bola baila el chachachá».

Aquel día histórico, del que se hablaría por años y años entre los aficionados a la pelota, el polaco Daniel Kaminsky y sus amigos Pepe Manuel y Roberto eran tres de los dieciocho mil doscientos treinta y seis aficionados que ocupaban las gradas del Gran Stadium para disfrutar del partido entre los demoledores Alacranes del Almendares y los modestos pero aguerridos Tigres de Marianao. Y, como casi todos esos afortunados fanáticos, Daniel y sus amigos recordarían por el resto de sus días, -muchos días para unos; pocos, en verdad, para otro- el batazo de aquel ángel negro matancero, descendiente de esclavos traídos desde el Calabar nigeriano.

Daniel había adquirido por contagio callejero el virus incurable de pasión por el béisbol que dominaba a los cubanos. Y, por esa locura que a

veces tienen los amores, desde el principio decantó su preferencia por el modesto *team* de Marianao, un equipo que en cincuenta años de historia apenas se alzó en cuatro ocasiones con la corona de campeones de la Liga de Invierno. Dos años antes de que Daniel llegara a Cuba, los Tigres habían alcanzado por segunda vez la doria. Y no volverían a lograrlo hasta las fabulosas temporadas de 1956- 1957 y de 1957-1958, cuando, guiados por el bate implacable de Mimoso y la alegría con que aquel hombre salía al terreno de juego, lo harían de manera aplastante. Daniel Kaminsky siempre pensaría que su opción de amor por un equipo perdedor formaba parte de un complicado plan de compensaciones, pues luego de un larguísimo período de frustraciones, fue justo en los dos últimos años que él viviría en Cuba, envuelto ya en las tensiones definitivas destinadas a cambiarle la vida, cuando el Marianao se hizo con aquellos campeonatos y Orestes Miñoso, el héroe más querido de toda su vida, alcanzaría una de las cúspides de su gloria, demostrando, como nunca, que «Cuando Miñoso batea de verdad, la bola baila el chachachá».

A pesar de que el Marianao perdiera temporada tras temporada durante casi toda la estancia cubana de Daniel Kaminsky, el joven que aquella tarde de 1953 había asistido al Stadium de La Habana tenía otras muchas razones para considerarse un hombre feliz. «¿Qué es la felicidad?», le preguntó en una ocasión a su hijo Elías, muchos años después, cuando ya era huésped del exclusivo hogar geriátrico de Coral Gables y, en su mesa de noche, seguía ocupando el lugar más visible aquella enorme foto en la que el judío polaco y el negro pelotero cubano se estrechaban las manos, sonrientes, aunque ya calvo el judío y punteado de canas el cubano. El pintor pensó la respuesta posible, acumuló evidencias, pero prefirió permanecer en silencio: en realidad le interesaba más el concepto de su padre que el suyo propio. «Dime tú.» “La felicidad es un estado frágil, a veces instantáneo, un chispazo», había comenzado a decirle Daniel a su vástago, mientras dirigía su mirada hacia la foto donde aparecía junto al gran Miñoso y, luego, al rostro de Marta Arnáez, cubierto de arrugas y ya muy lejos de la belleza que había exhibido durante años. «Pero si tienes suerte puede ser duradero. Yo tuve esa suerte. En la época en que se hacen los amigos de toda la vida, encontré a esos amigos. Y desde que conocí a tu madre fui, en los asuntos principales de la vida, un hombre feliz. Pero cuando me acuerdo de cosas como el privilegio de haber sido uno de los dieciocho mil habitantes de la tierra que estaba esa tarde en el estadio y pude gozar el jonronazo de

Miñoso, sé que por momentos fui muy feliz. Por años, incluso, conseguí enterrar mis dolores del pasado y vivir mirando hacia delante, solo hacia delante. Lo jodido es que cuando menos lo esperas, hasta esos dolores que creías vencidos salen un día de sus fosas y te tocan en el hombro. Entonces todo se puede ir a la mierda incluida la felicidad, y recuperarla después no es nada fácil.»

La casa de Santos Suárez que el joven matrimonio había logrado comprar en 1954 con la suma de los ahorros propios y de las generosas aportaciones de los suegros gallegos y el tío judío, era modesta y confortable. Tenía dos habitaciones, sala, comedor, cocina y, por supuesto, baño propio con todas sus piezas, un recinto brillante cubierto de azulejos negros donde podías cagar privadamente cuanto y cuando quisieras. Además, la casa contaba con un pequeño patio y el lujo de un portal por donde corría la brisa, incluso en los días más fogosos del verano. Había sido construida en la década de 1940 por los dueños de la más ostentosa, moderna y amplia casa vecina, cuyo cabeza de familia había tenido un rápido ascenso económico desde que su amigo Fulgencio Batista llegara al poder y lo convirtiera en uno de los jefes de la policía habanera y se pudiera permitir, gracias a las muchas coimas que recibía por su cargo policial, la inmediata fabricación de aquella mansión que hacía lucir diminuta la casa de los Kaminsky.

Una vez graduado y ya convertido en contador del lujoso Minimax de Brandon y Hyman, el salario de Daniel había ascendido a los doscientos pesos mensuales, más rentables por los descuentos con que podía adquirir los magníficos productos del mercado. Marta, por su parte, aun cuando no lo necesitaban para vivir, había insistido en ejercer su profesión y, siempre gracias al empuje de Brandon, obtenido una plaza en el recién abierto Instituto Edison, del vecino barrio de La Víbora. Para 1955, el matrimonio pudo darse el lujo de adquirir un Chevrolet del año y, para la Navidad, pasar las vacaciones en la Ciudad de México, donde vieron actuar a la orquesta de Dámaso Pérez Prado y bailar a María Antonieta Pons, justo en los días de furor mundial del mambo y las rumberas cubanas. La vida les sonreía y ellos le sonreían a la vida. Para coronar la perfección soñada, solo les faltaba que la naturaleza los premiara con la llegada del hijo o la hija que ambos deseaban, y para cuya gestación trabajaban con ahínco, frecuencia y amor.

El tío Pepe Cartera también había introducido cambios capaces de mejorar su cotidianidad. Sin dejar de ser el mismo de siempre, había optado por trasladarse a una muy modesta casita de la calle Zapotes, en Luyanó, un sitio independiente, con baño y cocina propias, donde como regalo por la mudada lo esperaba el lujo blanco brillante de un refrigerador Frigidaire comprado por Daniel y Marta... Desde mucho antes de que se concretara el matrimonio y la mudada, el peletero había permitido que se hiciese público su amorío con la mulata Caridad Sotolongo, aunque por razones de espacio cada uno había seguido ocupando su cuarto en el solar de Acosta y Compostela. El polaco cincuentón había asumido con gallardía el peso de los profundos prejuicios raciales existentes en Cuba y por eso, desde que hizo manifiesta su relación con Caridad, nunca se había dejado avasallar por las miradas indiscretas y hasta desdeñosas que los colocaban bajo el prisma del desprecio cuando, tomados del brazo, el judío cetrino y la mulata carnosa asistían al cine, al teatro Martí o, para sorpresa de todos los que conocían al polaco y su relación con el dinero, a los restaurantes *kosher* del antiguo barrio de Pepe Cartera.

El mayor motivo de preocupación que merodeaba la existencia de Daniel Kaminsky estaba vinculado con sus amigos Pepe Manuel Bermúdez y Roberto Fariñas. Pepe Manuel se había matriculado en la Universidad de La Habana, donde estudiaba Leyes -qué otra cosa podía haber estudiado, siempre decía Daniel- y había continuado su vocación de líder estudiantil. Ya para 1955, desde las filas del Directorio Universitario, participaba de modo activo en la oposición a Batista que crecía por días en el país. Roberto, por su lado, quien había decidido regresar al redil y trabajaba en los negocios familiares, militaba en un grupo clandestino de partidarios ortodoxos, radicalizados luego de los sucesos del cuartel Moneada y dispuestos a sacar del poder, incluso por vía de las armas, al general y su pandilla de desaforados compinches. No obstante, las militancias de Pepe Manuel y Roberto nunca se enfrentaron al apoliticismo pragmático y permanente de Daniel, y la complicidad entre los amigos y sus parejas (Pepe Manuel había sorprendido a los otros con la noticia de que se separaba de Rita María, mientras procuraba incorporar a la cofradía a su nueva novia, Olguita Salgado, que llegaba al grupo con fama de ser comunista) siguió siendo tan compacta como en los tiempos del instituto, y cada uno de ellos disfrutaba de la compañía de los otros, los viajes a la playa, los bailes en los clubs sociales con las muchas y muy buenas

orquestas de la época y las jornadas vespertinas o nocturnas en el Gran Stadium de La Habana. Por lo que conversaba con sus amigos y lo que conseguía oír en la calle, Daniel fue sintiendo cómo la sombra mezquina del miedo, cada día más tangible y dañina, alteraba con una rapidez macabra aquél estado de gracia del que tanto disfrutaba. A ojos vista, la vida política del país se había ido tensando y eran cada vez más las fuerzas que, por una u otra vía, con respuestas pacíficas o belicosas, se oponían al Gobierno de facto del general Batista. Pero aquél hombre que en los días turbios de 1933 había dado el salto de sargento a general y regido desde las tribunas públicas o desde la oscuridad, e incluso desde la distancia los destinos de Cuba, pretendía conservar a cualquier precio aquella jugosa posición. Aunque para ello debiera acudir a extremos métodos de represión y violencia: como todos los hombres adictos al poder y sus muchos beneficios, financieros o espirituales. Batista, por supuesto, había amasado una prodigiosa fortuna y creado a la vez una red de compromisos económicos a la cual se había sumado un grupo de jefes mafiosos norteamericanos, entre ellos el judío polaco Meyer Lansky, convertido en una presencia habitual en La Habana aunque, como decía el tío Joseph, por suerte aquella vergüenza para los judíos pasaba su tiempo en casinos, cabarets y conciliábulos con Batista y sus amanuenses, y no en la sinagoga.

Por primera vez desde que llegara a Cuba, Daniel Kaminsky sentía demasiados silencios. Y no solo porque se hubiera mudado de la proletaria y bullanguera Habana Vieja al más burgués y residencial Santos Suárez. Era quizás cierta capacidad innata, según le explicaría alguna vez a su hijo, una disposición genética, una experiencia histórica acumulada durante siglos por los de su estirpe para poder olfatear el peligro y el terror gracias a las más insólitas o imperceptibles señales. En este caso el silencio. Por ello, aunque su vida se desenvolviera del mejor de los modos posibles y él se mantuviera distanciado de la política todo cuanto resulta factible mantenerse al margen de algo tan ubicuo, tuvo la percepción de que la atmósfera se iba cargando de una manera muy peligrosa. Y los hechos, aislados primero, cotidianos después, le darían la razón. Aquella explosión del miedo ocurriría justo por la época en que, gracias a Miñoso, los Tigres de Marianao tuvieron su mayor momento de gloria. De un modo no del todo imprevisible, su onda expansiva llegó hasta la vida de Daniel, conducida por las acciones y necesidades de su amigo Pepe Manuel y de la mano de su también amigo Roberto Fariñas. La treta perfecta del azar fue

que aquellos complicados y peligrosos juegos políticos serían los encargados de colocar otra vez a Daniel Kaminsky ante el retrato del joven judío demasiado parecido a la imagen del Jesús de la iconografía cristiana, el mismo retrato estampado en la apacible foto familiar que había cruzado el Atlántico con él, casi veinte años atrás.

8 - La Habana, 1958-2007

LUEGO de ducharse para arrancarse de la piel la molesta sensación de la cercanía con la muerte que le provocaban los cementerios, Conde había decidido que, con los últimos pesos arrinconados en sus bolsillos, debía comprar al menos una media botella de ron en el Bar de los Desesperaos para pasar por la casa del flaco Carlos antes de dirigirse a la de Tamara. Pero ni siquiera la perspectiva de tomarse con el mayor sosiego posible un par de tragos, conversar con el amigo y reunirse luego con la mujer que lo soportaba desde hacía tantos años, lograron hacer que desapareciera la zozobra anímica que había empezado a adueñarse del ex policía con los últimos avances de la historia entregada con tanto esmero en los detalles y dosificación informativa por el hijo de Daniel Kaminsky. Esa tarde, al salir del camposanto asquenazí, cuando Conde había sentido que el relato empezaba a enrumbarse hacia una comprensión posible, en donde al fin aparecería la coyuntura oculta en el tiempo para cuyo pretendido develamiento lo habían contratado, el pintor había decidido regresar a su hotel pretextando que quizás la langosta del almuerzo no le había caído del todo bien. Conde tuvo entonces la certeza de que la visita a la necrópolis había tenido en el forastero un efecto mucho más profundo que el simple rechazo a la muerte y sus ritos que él mismo padecía. Y la sensación de zozobra lo había invadido.

Como era su hábito desde los tiempos prehistóricos en que fuese policía, al llegar a la casa de Carlos, servidos los primeros tragos del mofuco hirsuto como haitiano, Conde le contó al amigo inválido los detalles conocidos de la historia en que, a cien dólares por día, Andrés le había enrollado. Toda la exasperación que se sentía incapaz de expresarle a Elías Kaminsky por la dilatada entrada en materia a la cual lo había sometido salió a flote en ese diálogo a través del cual perseguía un necesario desahogo.

-No sé qué coño puede haber sido... Pero algo pasó cuando el hombre leyó la lápida del tío de su padre.

-¿Cómo me dijiste que decía? -preguntó Carlos, metido de lleno en la historia.

-«Joseph Kaminsky. Creyó en el Sagrado. Violó la Ley. Murió sin sentir remordimientos.» Sí, era eso...

-¿Qué ley violó? ¿La de los judíos o la de los tribunales?

Conde meditó unos segundos antes de responder.

-Los judíos son tan complicados que han formado un rollo *con* eso y muchas veces esas dos leyes coinciden. Acuérdate: no matarás, no robarás... La religión como ética y como ley, ¿no? Pero te juro por Yahvé que no sé qué carajo fue lo que pudo hacer ese hombre y qué ley violó. ¿Fue porque dejó que el sobrino se convirtiera y se casara con una no judía? Tampoco sé muy bien todavía lo que hizo el padre de Elías, si por fin le cortó el cuello a un tipo, si es una sospecha o qué... Y menos sé para qué coño me quiere Elías. ¿Para que le oiga su cuento...?

El otro meditó unos instantes.

-Sí, está cabrón el tema... Pero cógelo con filosofía, salvaje. Ponte judío y saca cuentas: si al pintor le gusta hacerse el interesante y contarte la historia poco a poco, pero mientras te va pagando cien fulas..., negocio redondo... Con lo cabrón que está el panorama... Pero seguro quiere algo más. Nadie anda por ahí regalando dinero... y menos un judío... Para mí lo que está averiguando tiene que ver con algo que le va a servir para recuperar ese cuadro que vale como dos millones... ¡Cojones! -el Flaco se oprimió las sienes-: no me imagino cómo puede ser un millón, ni medio, ni un cuarto... ¡Dime tú dos!

Conde asintió: sí, en el fondo de todo estaba el cuadro, su destino en Cuba y, por supuesto, su recuperación, así que, como le proponía Carlos, debía asumir aquello con «filosofía». ¿Con cuál? ¿Marxista? Daba lo mismo. Al fin y al cabo, no tenía nada mejor que hacer, pues no se sentía con fuerzas ni deseos de volver a ponerse a patear la ciudad persiguiendo unos cuantos libros viejos con los que sacar, en el mejor de los casos, doscientos o trescientos pesos cubanos. Y con aquel calor de septiembre no resultaba rentable gastar horas y zapatos en unas búsquedas azarosas. Definitivamente debía empezar a considerar un cambio de actividad laboral. Pero ¿cómo coño podía ganarse la vida de una forma más o menos decente un inútil como él, negado por demás a buscar un trabajo en el cual tuviera que invertir ocho horas de cada día para a fin de mes ganar los cuatrocientos o quinientos pesos insuficientes para sostenerse? El panorama individual de Conde resultaba tan sombrío como el colectivo del país y cada vez se sentía más preocupado. El forastero enviado por Andrés, con su

oferta de empleo bien retribuida, le había caído cuando estaba a punto de comenzar a pedir agua por señas. Nada, a coger todo aquello con la más materialista de las filosofías. ¿Así que Marx el judío le tenía roña a los judíos?

-El problema va a empezar cuando me diga todo y me exija que le encuentre una respuesta para algo que lo tiene obsesionado hace años.

Algo relacionado con el cuadro, con su padre, o con los dos. Y ahora creo que también con el tío que violó la Ley y así y todo se murió más tranquilo que estás quieto. Y, la verdad, no estoy seguro de que eso que quiere saber el pintor tenga que ver con recuperar el cuadro de dos millones. Creo que es otra cosa...

-Tú siempre has sido un creyente... y un poco comemierda... ¡Son dos millones!

-Hay otra cosa además del dinero. Estoy seguro...

-Pues nada, tú sigue oyéndolo y cuando llegue lo que va a llegar, que llegue y a cagar... Date un trago y dale palante... Conde negó con la cabeza. Había descubierto que en realidad ni siquiera tenía verdaderos deseos de anestesiarse a lingotazos. Tan extraño se sentía. Ante la tibieza etílica de Conde, Carlos se apropió de los restos del ron, los sirvió en su vaso y los bajó de un golpe.

-Conde, estás insopportable... Oye, lleva al judío a donde quiera ir; dile cuatro cosas que quiera oír y agarra el dinero. Total, a él parece que le sobra y a ti...

-Cojones, Flaco, deja la cantaleta. Las cosas no son así, salvaje... Ese hombre necesita saber algo que lo tiene jodido... Mira, mejor me voy pal carajo, ayer no fui a casa de Tamara y esa sí debe estar encendida.

Para relajarse, Conde decidió no pensar más en los Kaminsky mientras cubría a pie el trayecto de ocho cuadras hasta la casa de Tamara. Al llegar descubrió a la mujer en la sala de la televisión, en apariencia tranquila, concentrada en el disfrute de uno de aquellos episodios del *Doctor House*, abominable y repulsiva para el Conde. En su criterio, el tal doctor era el tipo más comemierda, petulante, imbécil e hijo de ¡la grandísima puta que hubiera podido salir de la cabeza de un guionista, y nada más de oírle la voz, su ánimo se volvió a alterar.

Al verlo llegar, la mujer detuvo la proyección y, luego de recibir el beso más cariñoso que Conde guardaba en su repertorio de besos culpables, se quedó en silencio, observándolo.

No jodas, Tamara -protestó el Conde-. Tú sacas muelas, yo compro y vendo libros o busco historias perdidas. Ahora ando en una ahí... Bueno, no importa, tú sabes que estaba trabajando.

-Está bien, está bien, no te pongas así, no he dicho nada -dijo ella como si se disculpara, aunque Conde pudo sentir cómo sus palabras chorreaban la más pastosa de las ironías-. ¿Pero el detective cubano con sabor a ron en la boca no podía ni siquiera llamar por teléfono?

-Ayer el detective cubano llegó a su casa hecho mierda y con la cabeza echando humo. Hoy, antes de venir para acá, pasé a ver al Flaco. Y tú sabes cómo yo soy...

-A veces sí, a veces no... A ver, ¿hoy te quedas a dormir aquí?

Descarada y velozmente Conde respondió:

-Claro que sí.

El rostro de la mujer se relajó. Recuperó el mando a distancia y apagó el reproductor y el televisor. Conde empezó a sentirse mejor cuando desapareció de la pantalla el rostro de House.

-¿Ya comiste?

-Almorcé tarde y Josefina me dio unas malangas con aceite y ajo que me había guardado. Estoy completo -dijo, tocándose el estómago-. Nada más me hace falta lavarme los dientes para empezar a comerme cualquier otra cosa. Pero que sepa rico y no suba el colesterol...

Media hora después Conde y Tamara ejecutaban su banquete sexual. Con aquella medicina, justo la que más necesitaba, durmió como un niño. Antes de que amaneciera, como un cazador furtivo, el hombre abandonó la cama. Coló café y dejó la casa, no sin antes redactar una nota de despedida. Tenía cacería programada para esa mañana.

A pesar de su profesado ateísmo de entonces y (aunque otra vez enmascarado) del resto de su vida, la suma de imprevisibles acontecimientos que llevaron a Daniel Kaminsky al reencuentro con la tela pintada por el maestro holandés siempre le pareció al hombre una verdadera manifestación de un plan cósmico.

Quizás todo aquel camino había comenzado a trazarse justo el día 13 de marzo de 1957, apenas un mes después de la grandiosa victoria del *team* Marianao. Ese había sido el día marcado por un grupo de compañeros de militancia política de Pepe Manuel, agrupados en el Directorio Universitario, para tomar por asalto el Palacio Presidencial y resolver los

problemas políticos cubanos ejecutando revolucionariamente, como ellos mismos proclamaron, al dictador Fulgencio Batista. El fracaso de la acción, casi por pura mala suerte (o buena suerte del tirano), desencadenó una verdadera cacería que se convirtió en masacre. Pepe Manuel, convaleciente de una operación de apendicitis balizada de urgencia por un estrangulamiento de la tripa inútil, no participó de manera directa en la acción. Pero el joven conocía el plan y a sus gestores. Después Daniel y Roberto sabrían incluso que, de no haber sido por su condición física, Pepe Manuel habría participado de modo activo en los asaltos al Palacio y a la emisora Radio Reloj desde donde los estudiantes leyeron su proclama al pueblo. Y, pensaron, era muy posible que también hubiera terminado masacrado por la policía como muchos de los miembros del Directorio Estudiantil enrolado en el intento de tiranicidio.

La persecución que desde ese instante se produjo de todas las figuras conocidas del grupo político universitario fue sistemática, brutal, encarnizada. Por fortuna, Pepe Manuel había logrado escapar de su casa y esconderse en un sitio desconocido incluso para los más allegados y confiables: una pequeña finca en la zona de Las Guásimas, en las afueras de La Habana, donde fue acogido por su padrino, un canario criador de gallos de lidia llamado Pedro Pérez. La única opción, en los primeros meses, fue que Pepe Manuel permaneciera oculto, y por ese tiempo nadie, ni siquiera su novia Olguita Salgado y sus dos mejores amigos, Daniel y Roberto, supieran su paradero. Aquella ignorancia era, y ellos lo sabían, la garantía de que Pepe Manuel no fuese descubierto. Pero constituía a la vez el mayor peligro para Olguita, Daniel, pero sobre todo para Roberto, pues su cercanía política con el prófugo resultaba pública y, si la policía decidía interrogarlos, serían ellos quienes con toda seguridad sufrirían las peores consecuencias, más incluso por no tener siquiera la terrible posibilidad de la delación. Por eso, desde ese día Daniel Kaminsky vivió con miedo: su Propio y tangible miedo, dormido por años, y que ahora se hacía insopportable ciertas noches cuando, revolcándose en sus insomnios, escuchaba el sonido del silencio y su corazón saltaba cuando creía sentir Silos pasos en el portal de la casita de Santos Suárez y el sudor lo bañaba mientras esperaba oír los golpes y el reclamo fatídico: «¡Policía! ¡Abran la puerta!».

Nueve meses después del fracasado asalto a Palacio, cuando el tiempo transcurrido sin que la policía lo reclamase había ayudado a Daniel a

domesticar su miedo, Roberto Fariñas lo invitó a ver un partido de béisbol de la recién abierta temporada, y pasó por la casa de Santos Suárez a recogerlo. Como era ya habitual, en la esquina donde ahora Se levantaba la lujosa mansión de los antiguos dueños de la casa de

Daniel, una patrulla de uniformados montaba su guardia permanente para la protección del jefe policial. Al pasar junto a la patrulla Roberto les hizo, como siempre, un gesto de saludo e indicó la casa vecina donde detuvo el auto para recoger a su amigo. Pero, en lugar de dirigirse hacia el Stadium, los hombres tomaron el rumbo del Vedado y se acomodaron a una mesa del restaurante-cafetería Potin, sitio frecuentado por los jóvenes de las familias burguesas. Roberto y Daniel consideraban que aquel era el sitio más seguro y alejado de sospechas para mantener una delicada conversación en la cual no debían participar sus mujeres.

Roberto le explicó al polaco la situación de Pepe Manuel y le reveló incluso su paradero. Luego de la masacre de los asaltantes al Palacio Presidencial sorprendidos en el apartamento de la calle Humboldt, para el amigo prófugo había en esos instantes dos alternativas: o irse a las montañas para unirse a alguna de las guerrillas en acción o, teniendo en cuenta su inexistente capacidad militar, salir del país hacia Estados Unidos, México o Venezuela, donde se habían refugiado otros opositores perseguidos, dedicados a recabar apoyos morales y económicos para los combatientes o a la espera de un desembarco en Cuba del que muchos hablaban. Entonces Daniel le preguntó por qué le contaba todo aquello y Roberto le respondió: «Porque yo creo que lo mejor es que Pepe se vaya de Cuba y para eso hace falta dinero».

Un amigo del hermano mayor de Roberto era el hijo de un tal Román Mejías, un alto funcionario de Inmigración que, desde hacía muchos años, sentía una fuerte animadversión hacia Batista. Y, con suficiente dinero, con toda seguridad aquel funcionario podría hacer una documentación lo más cercana posible a lo legal que, por supuesto, le permitiría a Pepe Manuel abordar con la mayor tranquilidad el *ferry* hacia Miami. ¿El precio? Como estaban las cosas, según el hermano de Roberto, nunca menos de la barbaridad de diez mil pesos. ¿Ponían cinco cada uno?, le preguntó entonces Roberto, y sin pensarlo un instante Daniel dijo que sí. Al fin y al cabo, se diría después, aunque aquella sangría lo dejaba en la inopia, él le debía a Pepe Manuel todas las entradas que, al precio de cinco centavos, le había regalado en los tiempos remotos en que iban juntos al palacio de los

sueños del cine Ideal para darse un banquete de películas, documentales, noticiarios y hasta un par de dibujos animados.

El Conde no quería sonreír pero tuvo que hacerlo. Otra vez comprobaba cómo la historia y la vida eran una maraña de hilos en la cual nunca se sabía dónde se cruzaban y hasta se anudaban determinadas hebras, para darle forma a los destinos de las personas y hasta a las historias de los países. Cuando Elías Kaminsky le mencionó el nombre Je Pedro Pérez, el gallero canario de Las Guásimas, la imagen del hombre a quien todos conocían como Perico Pérez cobró corporeidad en su memoria. Aquel personaje, ahora aparecido como figura de una historia tan lejana para él, había sido uno de los mejores amigos de su abuelo Rufino, gracias a la compartida afición por los gallos de pelea. El Conde recordaba con nitidez la finca de Perico Pérez, al final de un callejón sin asfaltar a la entrada del pueblo. El acceso a la propiedad era una simple talanquera de alambres, y el camino hacia la casa estaba flanqueado por oscurísimos y rugosos troncos de los tamarindos más dulces que Conde hubiera probado en su vida. Más allá de la casa, de paredes de ladrillos y techo de tejas criollas, estaban los establos de las vacas, la modesta caballeriza, y un largo cobertizo en forma de pasillo, techado con guano, bajo el cual corrían las hileras de las jaulas donde estaban los magníficos animales por los que el gallero solía cobrar pequeñas fortunas a los criadores y aficionados a las peleas, entre ellos, como bien sabía el Conde, el mismísimo Ernest Hemingway. Al fondo de la propiedad, más allá del pozo con su bomba de agua mecánica, se alzaba la valla donde él canario entrenaba sus gallos y, hacia la derecha, antes de los sembrados de malanga, yuca y maíz, un varainterra, la resistente construcción de troncos clavados a la tierra en un ángulo de cuarenta y cinco grados, atados entre sí en el extremo superior y cubiertos con hojas de palma que hacían a la vez la función de paredes y techo: el varainterra que muy bien recordaba el Conde y donde José Manuel Bermúdez había estado escondido durante once meses, hasta que sus amigos Daniel Kaminsky y Roberto Fariñas le consiguieron el pasaporte con el propósito de sacarlo de Cuba y, de momento, salvarle la vida.

-Cuando Conde le contó a Elías Kaminsky aquella extraordinaria coincidencia, el otro la asumió como un favorable presagio.

-Si ya has descubierto dónde estuvo escondido Pepe Manuel, vas a descubrir qué fue lo que pasó con mi padre y con el cuadro de Rembrandt.

-¿Eres supersticioso?

-No, es una premonición -dijo Elías.

-El de las premoniciones aquí soy yo -protestó el Conde-. Y todavía no tengo ninguna de las buenas, de las que duelen aquí. Y se tocó la tetilla izquierda.

Conde había esperado a Elías Kaminsky en el portal de la casa con la cafetera ya preparada sobre el fogón. Sentados en los sillones de hierro, habían bebido el café recién colado, mientras disfrutaban del fresco de la mañana de septiembre, que muy pronto sería solo un recuerdo.

-Lo que sí tengo es un montón de preguntas.

-Me lo imagino -dijo el pintor, y Conde descubrió cómo Elías, siempre que buscaba una evasiva o se sentía agobiado, hacía el gesto de tirar con suavidad aunque con persistencia de la coleta recogida sobre el cuello-. Pero prefiero que me dejes terminar con toda la historia, tratar de entenderla mejor yo mismo, y que tú la tengas lo más completa posible.

-Llevamos tres días en esto... Por ahora, respóndeme una sola pregunta.

-Primero la haces y después decido -dijo el pintor, empecinado en su estrategia.

-¿Por qué te afectó tanto leer la lápida de Joseph Kaminsky? ¿A qué ley se refiere ese epitafio? ¿De qué remordimientos habla?

Elías sonrió.

-Pareces una ametralladora. Debes de estar desesperado.

-Estoy, sí.

-Voy a intentar responderte... Vamos a ver, lo más fácil. Siendo como era Pepe Cartera, lo más seguro es que hablara de la Ley judía. Lo de los remordimientos no sé qué significa, al menos todavía, aunque sospecho algo. Y me afectó porque de pronto sentí la soledad en la que debió de vivir aquel hombre que, hasta donde sé, fue alguien bueno y decente. Por suerte tuvo a Caridad con él hasta el final... Pero en todo lo demás estaba solo, y yo sé muy bien qué cosa es el desamparo del desarraigado. Yo mismo a veces siento que no pertenezco a ningún sitio, o pertenezco a varios, soy como un rompecabezas que siempre se puede desarmar. Supongo que soy norteamericano, hijo de un judío polaco que aquí se impuso ser cubano entre otras cosas para no sufrir de esos desarraigos y de otros dolores, y de una cubana católica, hija de gallegos, que en los momentos decisivos asumió el pragmatismo de su marido cuando él decidió que lo mejor era

volver a ser judío y ella también se convirtió. Nací en Miami cuando Miami no era nada: porque, si acaso, a lo que más se parecía era a una mala réplica de una Cuba que había dejado de existir. Pero yo no me crié entre esos cubanos-cubanos, sino entre judíos cubanos y de otras mil partes del mundo, una comunidad donde todos éramos judíos, pero no iguales -e hizo la seña de dinero con los dedos- y ni siquiera nos sentíamos iguales.

Al menos mis padres siempre se sintieron cubanos. Así que sé muy bien de lo que te estoy hablando. El tío Joseph, a diferencia de mi padre, quiso seguir siendo siempre lo que una vez había sido, pero todo a su alrededor había cambiado: el país donde vivía, la familia que alguna vez había tenido, la manera de practicar su religión... Al final, en Cuba no quedó ni un rabino, casi no quedaron judíos. Bueno, hasta escasearon los frijoles negros... Y él tiene que haberse sentido como un naufrago. No como el navegante que imaginaba mi padre cuando en sus sueños regresaba a Cracovia..., sino como un naufrago de verdad, sin brújula ni esperanzas de tocar alguna tierra, porque esa tierra se había esfumado, en realidad se había esfumado hacía muchos siglos, como bien lo saben todos los judíos. ¿Te imaginas lo que es vivir así, para siempre, hasta el final? Mi padre no solo no pudo estar con él cuando se murió: se enteró cuando llevaba un mes enterrado. Bueno, por suerte estaba Caridad...

-Me imagino esa sensación de que hablas y casi la entiendo -dijo Conde, con cierto reflujo de remordimiento por haber obligado a Elías Kaminsky a soltar aquella disquisición-. ¿Y aun así quieres ver la casa donde tu padre alguna vez creyó que era feliz?

El pintor le dio fuego a otro de sus Camel y se perdió en un largo silencio.

-Tengo que hacerlo -dijo al fin-. Vine a Cuba para entender algo, como mi padre volvió por una vez a Cracovia para encontrarse consigo mismo y, al final, descubrir lo peor de sí mismo... Y aunque sea lo peor, yo también lo necesito saber, tengo que saber.

Siguiendo las instrucciones del Conde, el auto conducido por Elías abandonó la siempre hostil Calzada del 10 de Octubre para penetrar las entrañas de Santos Suárez por la más amable Avenida de Santa Catalina. Mientras avanzaban por la calle flanqueada de viejos flamboyanes todavía florecidos, Conde le explicaba al forastero que aquella zona era uno de los territorios de su vida y sus nostalgias. Muy cerca vivían varios de sus viejos

y mejores amigos (también amigos de Andrés: antes de Elías debía conocerlos, le dijo) y la mujer que desde hacía casi veinte años era algo así como su novia.

Al llegar a la calle Mayía Rodríguez, Conde le indicó a Elías que torciera a la derecha y, dos cuadras más abajo, tomara a la izquierda y detuviera ante la que, según la dirección anotada, debía de ser la casa donde vivieron Daniel y Marta Kaminsky hasta abril de 1958 Conde, que se había relajado hablando de amigos y amores, sintió en ese instante cómo algo recóndito comenzaba a chirriar en aquella búsqueda.

-¿Esa era la casa de mis padres? -preguntó entre atónito y abrumado Elías Kaminsky, pero Conde le respondió con una pregunta.

-¿Quién tú dices que vivía en la casa grande de la esquina?

-Un jefe de la policía de Batista.

-¿Pero quién?

-No me acuerdo del nombre -dijo el pintor, casi disculpándose, sin entender el interés del Conde por el dato.

-Es que... ¡Arrima el carro ahí y préstame tu teléfono! -dijo el Conde.

Cuando movió el auto y lo acercó al bordillo, bajo el manto refrescante de un ocuje de tronco maltratado, el pintor le extendió el celular a Conde. Sin dar más explicaciones, el ex policía marcó varias teclas hasta armar un número y oprimió el botón verde, confiado en que ese fuera el trámite necesario para hacer funcionar aquel aparato con el cual no tenía ni pretendía tener la menor familiaridad.

-¿Conejo? -preguntó y se enrumbó-. Sí, soy yo... Está bien, pero ahora cállate y dime una cosa... ¿De quién era la casa bonita de la esquina de Mayía y Buenavista que a ti te gusta tanto...? El dueño de antes... -Conde escuchó unos segundos-. Anjá, Tomás Sanabria... ¿Y era qué? -Volvió a escuchar-. Anjá, anjá... ¿Y antes? -Hizo otra pausa y casi gritó-: Yo lo sabía, claro que lo sabía. Nada, luego te llamo para explicarte -dijo y, como pudo, cortó la comunicación y le devolvió el teléfono a Elías, quien, detrás del volante, no había dejado de mirar con los ojos casi desorbitados, pretendiendo entender lo inteligible.

-¿Pero qué fue lo que pasó?

-El que vivía ahí al lado era Tomás Sanabria, el segundo jefe de la policía de La Habana. Ese era el vecino de tus padres que siempre tenía una patrulla en la calle para que lo protegieran.

Elías Kaminsky escuchaba y trataba de asimilar la información. Pero parecía incapaz de seguir el razonamiento de Conde.

-Ese hombre, Tomás Sanabria, era un hijo de puta asesino y sádico...
¿Tú sabes si tuvo algo que ver con tu padre o con el cuadro de tu padre?

El pintor encendió un cigarro. Pensaba.

-No, que yo sepa. Me habló del policía que vivía al lado de ellos, pero ahora mismo ni siquiera creo que me haya dicho su nombre.

-Ese Sanabria era íntimo del hijo de Manuel Benítez, que se llamaba como su padre, Manuel Benítez, y según algunos era el mejor amigo de Batista... Ya sabes, el viejo Benítez fue el que les vendió las visas falsas a los pasajeros del *Saint Louis*.

El asombro de Elías Kaminsky era patente, rotundo.

-¿Puede ser todo una casualidad? -preguntó Conde, en voz alta, pero hablando consigo mismo-. ¿Un jefe de la policía amigo del hijo de Benítez viviendo al lado del hijo de unos judíos que Benítez estafó con unas visas falsas? ¿Toda esa gente, o por lo menos alguno de ellos, no habrán estado relacionados con esa pintura de Rembrandt?

:-Pues no lo sé -dijo Elías y parecía sincero, además de aturdido.

Ni aquella respuesta logró detener el crecimiento acelerado de la premonición que se iba adueñando de toda la anatomía y la conciencia de Mario Conde. Más de un camino podían estar cruzados en el fondo de aquella historia.

El palacete que se había construido Tomás Sanabria, ahora en manos de alguien con suficiente poder político o económico para haber accedido a él, había atravesado triunfal y bien maquillado el paso de las décadas. En cambio, la más modesta edificación vecina, donde vivieron cuatro años de su vida Daniel Kaminsky y su mujer Marta Arnáez, no había corrido igual suerte. No se debía, a primera vista, a problemas con la calidad de la construcción, pues columnas, arquitrabes y techos lucían todavía sólidos, a pesar de los años que cargaban. Se trataba de los efectos de la plaga: porque puertas y ventanas habían sufrido múltiples vejaciones, las paredes parecían haber sido mordidas por hormigas gigantes y pintadas por última vez cuando el club Marianao todavía existía como equipo de la socialistamente fumigada liga profesional cubana, varias de las losas del portal habían sido quebradas, mientras el muro bajo que la separaba de la calle había perdido todo el repollo, parte de las rejas y hasta algunos ladrillos. Lo que fuera un

jardín, por su parte, había involucionado hacia el estadio de simple matorral con serias aspiraciones a convertirse en basurero. Hasta el tronco del ocuje del parterre parecía carcomido con odio y alevosía...

-¿Estás seguro de que esta fue la casa de mis padres? -tuvo que Preguntar Elías Kaminsky, recostado en el turismo para no caer de espaldas mientras contrastaba la amarga realidad del presente con la imagen mental de algunas fotos y de las evocaciones paternas de un pasado feliz, repentinamente enturbiado.

-Tiene que ser. -A Conde no le quedó más remedio que lastimar la herida.

-Yo quería entrar... -comenzó a decir Elías Kaminsky, y Conde aprovechó la pausa.

-Mejor ni lo intentes. Lo que buscas ya no está ahí. Esa ruina ya no es la casa de tus padres.

-Menos mal que nunca volvieron -se consoló el hombre.

-Hubiera sido igual que el regreso a Cracovia después de la *guerra* mundial, digo yo... No, no puede ser casualidad que ahí al lado viviera Tomás Sanabria.

El pintor no parecía muy interesado en el propietario original de la casa vecina, conmocionado por la que se relacionaba con su pasado, en realidad, el pasado de sus padres.

-¿Qué pasó cuando ellos se fueron en 1958? -Conde trató de enrumbar la conversación por el sendero que le interesaba.

-Mis abuelos gallegos lograron vender esta casa un poco después. Mi padre, que se había quedado corto de plata luego de dar los cinco mil pesos para comprar el pasaporte de Pepe Manuel, usó ese dinero para pagar la entrada de la casita que se compraron en Miami Beach y para dejarle algo de plata al tío Joseph. La universidad estaba cerrada, pero el tío Pepe estaba guardando dinero para los estudios de su entenado, el hijo de Caridad... Así era él. Como guardaba el dinero debajo del colchón, después lo perdió casi todo cuando aquí decretaron el cambio de moneda y nada más aceptaron cambiarle doscientos pesos a cada persona...

Conde asintió, conocía la historia. Un hito en el proceso de la pobreza generalizada.

-Por lo que me dices, tus padres no tuvieron tiempo ni para vender la casa. ¿Puedo pensar que por el problema de José Manuel Bermúdez ellos también tuvieron que salir huyendo?

-No, no fue por Pepe Manuel. Aunque tuvo mucho que ver con esa historia. Como te dije, tratando de resolver la salida de su amigo, mi padre volvió a toparse con el cuadro de Rembrandt.

-¿Cómo es que volvió a encontrarse con el cuadro?

-Porque estaba en casa de ese funcionario de Inmigración, el tal Mejías, al que Roberto y mi padre fueron a ver para comprarle el pasaporte a Pepe Manuel.

-¿Y Mejías no tenía nada que ver con Sanabria?

-No que yo sepa... O hasta donde me contó mi padre...

El Conde sintió en ese momento cómo el cruce de mundos hasta entonces paralelos, al menos desconocidos uno para el otro, habitados por galleros que resultaban ser uno solo, jefes de policía y revolucionarios perseguidos por esos policías, sumados a judíos renegados y no, formaban una tromba que colisionaba en su mente para generar una chispa. La misma o al menos muy parecida a las que, en sus tiempos de policía investigador, tanto lo habían ayudado a salir de atolladeros.

-Dime algo antes de seguir en esta historia interminable y para que yo pueda entender algo... -Empezó a hablarle a Elías con toda su amabilidad, pero no pudo evitar el salto hacia la más dura exigencia-. ¿Lo que tú quieras averiguar te va a servir para recuperar el cuadro de Rembrandt?

-Elías se tiró un poco de la coleta. Pensaba.

-Tal vez, pero no especialmente. Creo.

-Estamos hablando de más de un millón de dólares... ¿Entonces qué carajo es lo que tú quieras que yo te ayude a averiguar? ¿Es lo que me estoy imaginando?

Elías Kaminsky no había perdido la calma. Ahora, sin apenas pensar, respondió con evidente conocimiento previo de la respuesta.

-Sí, creo que ya puedes imaginártelo. Aunque sea duro saberlo, quiero estar seguro de si fue mi padre quien mató a Román Mejías. El Hombre apareció muerto en marzo de 1958, asesinado de una manera bastante horrible, y mis padres se largaron apenas un mes después... Pero sobre todo quiero saber por qué mi padre no recuperó el cuadro que te-pertenecía, y más si hizo lo que parece haber hecho. Y dónde coño estuvo metido ese cuadro todos estos años...

9 - La Habana, 1958

DANIEL Kaminsky pudo sentir cómo el mundo dejaba de girar, con un espectacular frenazo planetario capaz de expulsar todo de su sitio y ponerlo a rodar, a volar por los aires, sacando cada cosa del rincón donde se había acomodado o refugiado. Pero, una vez vencida la inercia, el globo había comenzado a moverse, aunque el joven tuvo la vertiginosa percepción de que lo hacía en sentido contrario, desandando su movimiento de los últimos diecinueve años, como si buscara aquella precisa semana del pasado, olvidada para muchos, dolorosamente vivida por él, allá por los días finales de mayo de 1939, cuando lo obligaron a adquirir la enconada convicción de que había dejado de ser un niño. El destino de aquel retorno era el momento genésico en que aquella tela, en donde se veía el rostro de un joven judío demasiado parecido a la imagen de la iconografía cristiana de Jesús, la misma tela que por tres siglos había acompañado a la familia Kaminsky, se había separado de la custodia de sus padres para, con aquel gesto desesperado, pretender propiciar el acto supremo de darles la vida a tres refugiados judíos: los tres mismos judíos que, rechazados por los gobiernos cubano y norteamericano, poco después serían devorados por el Holocausto, pero siempre, siempre, siempre después de que la pintura hubiera salido de su propicia madriguera y pasara a unas manos que, de algún modo, la habían llevado hasta el lugar de donde ahora pendía, con la mayor impunidad y orgullo.

Roberto Fariñas no pudo dejar de advertir cómo algo más profundo que los resquemores y hasta el miedo con los que habían llegado hasta aquel sitio estaba sacudiendo a su amigo. En voz baja le preguntó si le pasaba algo, pero Daniel Kaminsky apenas movió la cabeza, negando, incapaz de hablar, de pensar, de saber.

La sirvienta de la casa, una lujosa construcción de la Séptima Avenida de Miramar, les había ofrecido asiento en los mullidos sofás forrados de terciopelo azul, ajustados con armonía a la fastuosa decoración del salón, que alcanzaba su punto más refinado gracias a los cuadros colgados de las paredes, que reproducían obras famosas del período de oro del arte holandés. Entre los cuadros, colocado en la mejor pared de la sala como

para resaltar el protagonismo que le daba su segura autenticidad y su avasallante belleza, aquella cabeza de un joven judío, firmada con las iniciales de Rembrandt van Rijn, le gritaba su presencia a un pasmado Daniel Kaminsky. La obsesiva contemplación de la pieza a la que se había entregado el joven llamó la atención de Roberto. «Tiene algo extraño ese cuadro, ¿no? ¿Es un retrato de un hombre o una imagen de Jesucristo?» Daniel no respondió.

Román Mejías se presentó unos minutos después. Era un hombre de unos sesenta años y vestía un reluciente traje de dril cien, como si se dispusiera a salir de la casa. Daniel hizo sus cálculos: aquel hombre tendría unos cuarenta años cuando el episodio del *Saint Louis*, así que bien podía haber sido uno de los que subía y bajaba del barco por su condición de funcionario de Inmigración.

El polaco apenas escuchó el diálogo sostenido entre Mejías y Roberto. Trataba de mirar, sin que su interés pareciera demasiado evidente, la pequeña tela pintada y sólo regresó a la realidad cuando su amigo le pidió el sobre con el dinero que Daniel cargaba en el bolsillo interior de su saco. Le entregó el envoltorio a Mejías, como parte inicial del trato: cinco mil pesos para comenzar, otros tantos al recibir el pasaporte. Mejías guardó el envoltorio sin contar el dinero mientras les explicaba que a partir del instante de entrega del documento falso, el beneficiario debía salir de Cuba en una semana como máximo. Él se comprometía a tenerlo listo en diez días. Roberto le alcanzó las fotos de Pepe Manuel, ahora con bigote y gafas de miope, y Mejías preguntó si tenían preferencia por algún nombre. Roberto miró a Daniel, y de algún rincón de la memoria del polaco salió el apelativo: «Antonio Rico Mangual», dijo, pues hacía unos meses había recibido la noticia de que su viejo camarada Antonio, el mulato lavado y de ojos bellos que lo acompañó en sus aventuras iniciáticas en la Habana Vieja, había muerto de tuberculosis en un sanatorio de las afueras de la ciudad. Pero una luz en su mente le hizo añadir, para asombro de Roberto: «Ese es mi nombre. Yo no tengo pasaporte y además no pienso viajar, así que puede usarlo sin problemas». «Me parece bien. Yo me encargo de obtener la inscripción de nacimiento», dijo el hombre y concluyó: «Trato hecho». Mejías extendió la mano hacia sus visitantes. Roberto se la estrechó, pero Daniel se hizo el desentendido para evitar el contacto. «Nos vemos aquí en diez días», añadió el hombre. «Y en la discreción va la vida de su amigo, la de ustedes y la mía. Batista juró matar a todos estos

muchachos. Y no va a parar hasta lograrlo.» Cuando Daniel y Roberto se disponían a salir, una fuerza superior a todas sus prevenciones empujó al ex judío. «Señor Mejías, ese cuadro de ahí», señaló la cabeza pintada sobre el lienzo, «¿es de un pintor conocido?» Mejías se volvió a contemplar la pieza, como un padre orgulloso de la belleza de su hija «Los otros, claro, son reproducciones. Pero ese, aunque no lo crean» dijo, «es una pintura auténtica de Rembrandt, un pintor famoso, más que conocido.»

La vida de Daniel Kaminsky, ya herida por el miedo que se respiraba en el ambiente y sus propias tensiones, cayó desde ese instante en un laberinto oscuro. Sin hablar siquiera con Marta o con su tío Joseph sobre el terrible descubrimiento, dedicó varios días a pensar cuáles eran sus alternativas. En su mente, sin embargo, se había clavado una convicción: aquel hombre, o alguien relacionado con él, había estafado a sus padres. Mejías o quien fuese la persona que le había dado o vendido el cuadro tenía mucha responsabilidad en la muerte de su familia. Y, en cualquier caso, él tenía la obligación de recuperar la pintura, propiedad de los Kaminsky desde los días remotos en que el rabino moribundo se la había entregado al médico Moshé Kaminsky, en una lejana Cracovia asolada por la violencia y la peste.

Con toda la discreción requerida por el caso, Daniel comenzó a investigar la vida de Román Mejías. Todas las precauciones serían pocas, pensó, y así se lo contaría a su hijo Elías: aunque no se tratase de un hombre cercano al círculo de favoritos y amigos de Batista, era un funcionario del Gobierno y, por tanto, un hombre del régimen, y como toda aquella gente, Mejías vivía en estado de permanente alerta. Además, el hombre estaba empeñado en la confección del pasaporte para Pepe Manuel, y esa era la prioridad del momento.

Utilizando argumentos triviales para hacer alguna pregunta, leyendo periódicos viejos, Daniel pudo ir construyendo la existencia del personaje. El dato esencial era que Mejías había sido, en efecto, uno de los funcionarios escogidos por el secretario de Gobernación del presidente Laredo Bru para sustituir a los acólitos del coronel Manuel Benítez en la Dirección de Inmigración, luego de la pelea por los visados vendidos en Berlín. La eventualidad de que fuese uno de los que manejó el caso del *Saint Louis* resultaba mucho más que posible y se lo demostró un ejemplar de *El País* del 31 de mayo de 1939, en el cual se publicaba una foto en

donde aparecía Mejías, veinte años más joven. En la imagen estaba acompañado por otros dos funcionarios, en el momento en que, recién desembarcados luego de una estancia en el transatlántico, se negaban a dar información a la prensa sobre el comentario de que el Gobierno pedía el doble del dinero ofrecido por el Comité para la Distribución de los Refugiados Judíos. Pero ¿no podía haber sido otro de sus colegas quien se hiciera con el cuadro y, por algún motivo, pasara luego a manos de Mejías? Aunque remota, existía esa contingencia que, tal vez incluso, exculparía a Mejías.

A la primera persona que Daniel debió darle una explicación fue a Roberto Fariñas. Cuatro días después de abrir el trato con Mejías, cuando volvieron a verse, Roberto le preguntó por aquella historia de que se llamaba Antonio Rico Mangual, y por la extraña actitud mantenida durante todo el tiempo que duró la negociación con el personaje y su interés por aquel cuadro que él, ni a palos, se creía que fuese de verdad una obra de Rembrandt, como tampoco las otras colgadas en aquella sala eran de Vermeer o Ruysdael. Por lo que él conocía de pintura, no mucho pero algo, abundó Roberto, a aquella estampa le faltaba algo de la maestría que transmitían todos los Rembrandts, les mayores, los menores, hasta los prescindibles, concluyó. Entonces Daniel Kaminsky, que ya sentía como si se asfixiara por el peso de la revelación y la sospecha con las que cargaba, optó por liberar lastre y contarle la historia a su amigo y su decisión de recuperar lo que le pertenecía. Porque aquella pintura, a pesar del juicio de Roberto, a pesar de ser solo un estudio, sí era un verdadero Rembrandt, con todas sus letras y colores: y él bien lo sabía, dijo, y le mostró al otro la foto del salón familiar de Cracovia. Mientras lo escuchaba, Roberto casi no daba crédito al relato y hasta tuvo la pueril idea de que, apenas obtuvieran el pasaporte, alguien, quizás el mismo tío Joseph Kaminsky con apoyo del poderoso Brandon, denunciara al funcionario corrupto. De inmediato el joven comprendió el improbable éxito de su idea, pues en la práctica los tipos como Mejías siempre conseguían hurtar el cuerpo a la justicia de un país convertido en una gigantesca componenda de intereses. Pero, como era de esperar, se puso a disposición de su amigo para lo que fuese necesario hacer: lo que fuese, enfatizó. Así había sido y sería siempre Roberto Fariñas, le diría Daniel Kaminsky a su hijo Elías. Así fue, incluso en los tiempos en que la política se había encargado de abrir todas las distancias imaginables entre los antiguos compinches y llenar de resquemores todas

las diferencias. En ese instante Daniel solo le pidió a Roberto la mayor discreción, al menos hasta que pudieran sacar de Cuba a Pepe Manuel. Después, ya verían.

Una idea luminosa vino entonces en su ayuda. La tarde anterior al día pactado para la entrega del pasaporte, Daniel salió del mercado abordó su Chevrolet y se dirigió a su antiguo barrio, en la judería habanera. En la calle Bernaza, entre Obispo y Obrapía, funcionaba desde la década de 1920 uno de los estudios fotográficos más renombrados de la ciudad, el Fotografía Rembrandt. Su propietario original, ya anciano pero todavía lúcido, era el judío Aladar Hajdú, cuyo fanatismo por la obra del maestro holandés era tan notoria que sus conocidos y parroquianos lo llamaban «Rembrandt». No era para nada casual que hubiese escogido el nombre del artista a la hora de bautizar su próspero negocio, en el cual no solo se exhibían fotos de clientes famosos, sino algunas obras de pintores cubanos y varias reproducciones de Rembrandt, encabezada por la que recogía *El festín de Baltasar* ubicada de tal manera que el personaje bíblico, con el dramático gesto que lo distinguía en toda la abultada historia del arte, indicaba hacia la habitación interior donde se montaba el set para las fotos de estudio.

Daniel pidió ver a Hajdú y se presentó. El anciano, por suerte, conocía a Pepe Cartera y hasta sabía de su estrecha relación con el potentado Brandon. No fue difícil para Daniel que el viejo judío, en cuyos labios siempre había un cigarrillo humeante, le aceptara una invitación a tomar una cerveza en el bar de la esquina, pues necesitaba hablar algo con él. Ya sentados a una mesa, rodeados de todos los ruidos posibles que se generaban en aquel centro neurálgico y apabullante de la ciudad, Daniel le pidió que la conversación que iban a sostener se mantuviese en secreto, por razones que quizás alguna vez podría explicarle. Hajdú, entre curioso y alarmado, no prometería nada hasta haberse enterado de qué se trataba, dijo. «Necesito saber algo, tal vez muy fácil de conocer para alguien como usted», comenzó Daniel, poniéndolo todo en riesgo. «¿Alguien en Cuba tiene un cuadro de Rembrandt?» Hajdú sonrió, y soltó humo, como si se estuviera quemando por dentro. «¿Por qué quieres saberlo?» «Eso soy yo quien no se lo puedo decir. Solo le puedo asegurar que yo he visto uno.» El viejo judío picó el anzuelo. «Román Mejías. Hace años ese hombre vino a verme para saber si una cabeza de Cristo que él tenía era un Rembrandt auténtico. Y hasta donde yo puedo saber, me pareció que sí lo era. Una de las varias cabezas de Cristo que pintó Rembrandt.» «¿Y cuándo le hizo esa

consulta?» «Uf, hace como veinte años», dijo Hajdú mientras encendía un nuevo cigarrillo y añadió: «Me dijo que era una herencia familiar. Entonces me mostró unos certificados de autenticación de la obra, pero estaban escritos en alemán y yo no conozco el alemán. Lo que sí recuerdo es que estaban fechados en Berlín, en 1928». Aquella era la confirmación buscada por Daniel: esos eran los documentos obtenidos por su padre, y el cuadro que tenía Mejías era el de su familia. «¿Y ahora puede mantener en secreto esta conversación?» Hajdú lo miró, con una intensidad que a Daniel le pareció capaz de desnudarlo. «Sí..., pero con una advertencia que te doy gratis, muchacho: Román Mejías es un tipo peligroso... Ten cuidado, sea lo que sea lo que te traes entre manos. Por cierto, yo no te conozco y nunca he hablado contigo. Gracias por la cerveza», dijo, soltó humo y se puso de pie para tomar el rumbo de su estudio fotográfico.

Esa misma tarde el joven manejó hasta el barrio de Luyanó, pues había llegado el momento de conversar con el tío Joseph, a quien aquella historia también le pertenecía. Caridad lo recibió con la afabilidad de siempre, le brindó asiento y le dijo que el tío hacía una media hora andaba por el baño. «Tú sabes haciendo qué. Debe de estar al salir.» Daniel resistió como pudo la para él intrascendente conversación de la mujer, muy preocupada por el futuro de su hijo ante el cierre indefinido de la universidad a la que pretendía ingresar. Cuando el tío abandonó el baño con la cara de disgusto con que siempre terminaba sus difíciles deposiciones, Caridad se fue a hacer el café y Daniel le pidió a Joseph salir un momento de la casa. Se dirigieron hacia el cercano parque de la calle Reyes, y en el trayecto el sobrino empezó a contarle, el dramático descubrimiento hecho unos días antes. Ya sentados en un banco, beneficiados por la luz de la farola recién encendida, Daniel concluyó la historia. Durante toda la exposición el tío Joseph se había mantenido en silencio, sin hacer siquiera una pregunta, pero pareció como si despertara de un sueño cuando el joven le reveló la indudable relación de Mejías con el cuadro desde los días de la llegada del *Saint Louis*, confirmada por la aportación de Hajdú respecto a los certificados fechados en Berlín.

«¿Qué vas a hacer?», fue la primera pregunta de Pepe Cartera. «De momento, sacar a Pepe Manuel de Cuba. Después, no lo sé.» «Ese tipo es un hijo de puta», dijo el hombre y agregó, con una determinación capaz de convencer a Daniel de todo lo que había despertado en el tío Joseph aquel

doloroso descubrimiento, «y como el hijo de puta que es, tiene que pagar por lo que hizo.»

En la mañana del décimo día, fin del plazo pedido por Román Mejías, Daniel fue hasta el atracadero de los *ferrys* que cubrían la ruta Miami-Habana-Miami y compró un pasaje para el que zarpaba dos días más tarde, en la mañana. Como el muelle quedaba cerca de donde había estado el atracadero de la Hapag por el cual debieron haber desembarcado los pasajeros del *Saint Louis*, por primera vez en dieciocho años Daniel Kaminsky se atrevió a regresar al sitio donde, junto con su tío Joseph, se había metido entre el gentío para ver quiénes venían a bordo de las lanchas que regresaban del transatlántico. Recordó cómo el tío había apostado a que un funcionario protegido por un sombrero sería el escogido por el destino para realizar el trato con su hermano Isaías. La salvadora herencia sefardí, *la cuchara que conocía los secretos ocultos en la olla...* Daniel trató de recuperar la intensidad de aquellos momentos, de rescatar del fondo de su memoria infantil los rostros de los hombres que, en medio de aquel desasosiego, identificaba como la parte visible de los poderes capaces de decretar la salvación de su familia. Pero la faz actual de Román Mejías insistió en ocupar el espacio de las figuras evocadas o creadas por su imaginación.

En la noche, Daniel y Roberto se presentaron en la casa de Mejías y entraron a concluir el negocio. Esta vez el funcionario los esperaba en la sala, donde también estaba una mujer de unos cincuenta años, sentada en una silla de ruedas, que se deslizó discretamente cuando llegaron los visitantes. «Mi hermana, es de confianza», aclaró Mejías, apenas cruzados los saludos. Fue hasta un pequeño aparador de donde sacó el pasaporte y se lo entregó a Roberto. El joven lo revisó y le pareció auténtico. «Es auténtico», confirmó Mejías, «bueno, todo lo auténtico que ustedes lo necesitan.» Daniel permanecía en silencio, tratando de concentrarse en el estudio del lugar, las entradas y salidas posibles, lo que se veía a través de las ventanas. Cuando Roberto lo tocó con el codo, extrajo el sobre y se lo entregó al hombre, quien lo recibió con una sonrisa. Cuando fue a meter el dinero en el bolsillo interior del saco, Daniel pudo ver, contra el fajín, el arma que cargaba. «En el paquete anterior faltaban veinte pesos», dijo Mejías, «pero no se preocupen.» Daniel, sin hablar, metió la mano en el bolsillo y sacó dos billetes de veinte y se los extendió al hombre. «Por lo

que faltaba en la primera entrega y por si otra vez volvimos a equivocarnos», dijo. Mejías sonrió y tomó los billetes. En ese instante, Daniel Kaminsky tuvo la absoluta certeza de que aquel miserable y no otro había sido el funcionario que había estafado a sus padres y los había puesto en el camino de la más espantosa de las muertes. Román Mejías merecía un castigo.

Los preparativos para la salida de Pepe Manuel fueron rápidos y concretos. A la mañana siguiente Roberto y Daniel se trasladaron con Olguita hasta Las Guásimas. El reencuentro, luego de casi un año, resultó todo lo alegre y lleno de esperanzas que entre aquellos seres alterados, y en la situación del momento, cabía esperar. Pero también fue breve. Roberto y Daniel quedaron en regresar al día siguiente a las seis de la mañana, pues Pepe Manuel debía abordar el *ferry* de las nueve, y dejaron a Olguita, con una maleta de ropa para el viajero. La pareja tenía un día de tiempo y el espacio de un rústico varienterra para la despedida.

A la mañana siguiente, mientras viajaban hacia el centro de la ciudad en el Chevrolet de Daniel, la luz del amanecer llegó a La Habana. En el trayecto Pepe Manuel exigió que, para evitar mayores riesgos, lo dejaran en las inmediaciones del Parque Central, donde abordaría un taxi hasta el muelle del *ferry*. Una y otra vez Roberto y Daniel le repetían al amigo que tomara todas las precauciones, aun a sabiendas de que Pepe Manuel, desde que había dejado de ser el Calandraca inquieto de los viejos tiempos, era un hombre con un profundo sentido de la responsabilidad. Daniel conducía con la tensión aferrada a sus hombros, por la situación compartida, pero, sobre todo, por la excitación de la demanda que necesitaba hacerle al amigo antes de la separación. Daniel debió agradecerle a Pepe Manuel que fuese él quien procurase relajar un poco la pesada ansiedad, cuando felicitó al polaco por la nueva victoria recién alcanzada por los Tigres de Marianao, campeones de la Liga Profesional cubana por segundo año consecutivo. «Y eso que Miñoso estuvo a media máquina», siempre recordaría haberle dicho al amigo, aquellas mismas palabras que, justo treinta años después, le diría a su hijo Elías cuando asistieron a la gala de homenaje al Cometa Cubano celebrada en Miami, y el judío al fin pudo lograr uno de los sueños de su vida: estrecharle la mano a aquel negro mítico, responsable de algunos de sus mejores recuerdos, y llevarse consigo una pelota firmada por el incommensurable Miñoso, aunque dedicada «Al amigo Jose Manuel Bermudez», así, sin los acentos.

Poco antes de llegar al destino previsto, Daniel, desde el volante, miro a su viejo y querido amigo a través del retrovisor. «Pepe Manuel», dijo al fin, sobreponiéndose a todos sus temores, «necesito tu revólver» Las palabras del joven retumbaron en el interior del automóvil y robaron la atención de los otros tres, olvidados por ese instante del resto de las preocupaciones. Daniel insistió: «¿Lo tienes contigo?». «Claro que no, Polaco, ni que estuviera loco.» «¿A quién se lo diste?» Pepe Manuel miró a Roberto y Daniel no necesitó respuesta.

Daniel detuvo el auto en Prado y Neptuno, la esquina más agitada de La Habana, y donde todos suponían que un hombre se esfumaría con facilidad en la multitud. Dentro del auto, por encima del asiento Pepe Manuel abrazó a sus amigos y volvió a darles las gracias por su fidelidad. Luego se volteó, para besar los labios de Olguita, quizás con demasiado pudor por la presencia de los otros. Entonces se colocó las gafas translúcidas de marco de carey, apretó el hombro de Daniel y le dijo: «No hagas locuras, Polaco».

Ataviado con un traje gris claro, llevando un pequeño maletín en la mano, el hombre con bigote y gafas en que se había convertido el colorado Calandraca bajó del auto y, sin volverse, cruzó Prado hacia la piquera de taxis del Parque Central. Desde el Chevrolet, Olguita, Roberto y Daniel lo vieron abordar uno de aquellos autos negro-naranjas, que de inmediato partió Prado abajo, en busca del mar. Aunque los tres sabían todo lo incierta que resultaba aquella aventura, confiaban en la calidad del pasaporte y en la sangre fría de Pepe Manuel como pilares para el éxito del trance. Por eso, a pesar de los riesgos existentes, ninguno de ellos fue capaz de imaginar en ese instante que estaban viendo por última vez a Pepe Manuel Bermúdez, el mejor de los hombres que, en sus largas existencias, conocieron y conocerían el creyente Roberto Fariñas y el descreído Daniel Kaminsky.

Desde aquel día del mes de febrero de 1958 en que se despidió de José Manuel Bermúdez, Daniel Kaminsky comenzó a vivir otra de las etapas de su vida que hubiera querido borrar de su persistente memoria. Pero aquel no era, tampoco, de los recuerdos que se deshacen con facilidad. Para atenuarlo no conocía ni conocería más remedio que el proporcionado por el paso del tiempo y la llegada de nuevas preocupaciones que, de momento, restaban protagonismo a la evocación y procuraban su aplacamiento, nunca su cura definitiva. Si en otro momento la drástica y complicada decisión de

arrancarse del alma su condición de judío le ofreció una estratagema para alejarse de una historia demasiado lacerante y, a la vez, le permitió sentir cómo alcanzaba una extraña pero patente sensación de libertad que le facilitaba el acto de respirar y de mirar al cielo y ver nubes y estrellas como nubes y estrellas, seguro de que más allá solo había el infinito, a partir del momento en que se despidió del amigo, Daniel Kaminsky se desposó con algo que jamás pensó poseer y terminaría siendo como una mancha indeleble. La nueva determinación no partía de las acciones de otro, o de muchos otros, sino de su propia y soberana voluntad. Porque en ese instante se ratificó a sí mismo su decisión de matar al hombre que lo había despojado de lo más entrañable de su vida. Tenía que matar, no, en realidad quería matar a ese hombre.

A sus veintisiete años, aquel joven nacido polaco y judío, converso al catolicismo, esencial y legalmente cubano, ya tenía una traumática conexión con la muerte. Pero los rostros concretos que se relacionaban con esa herida eran solo los más amables: los de sus padres y su hermana, los de abuelos y tíos Kellerstein, el de *monsieur Sarusky*, su primer profesor de piano, allá en Cracovia, y el de la bellísima esposa del maestro, *madame Ruth*, de quien Daniel se enamoró hasta sentir cómo su corazón de niño se desbocaba. Todos ellos devorados por el Holocausto. Los victimarios, en cambio, solían ser sombras difusas, espectros demoniacos, a los cuales ni siquiera valía la pena el intento de poner la faz de uno de los jerarcas nazis, culpables en primera instancia de sus pérdidas. Porque, en las imágenes remitidas por su conciencia, y a veces hasta su subconsciencia, le resultaba imposible conectar las facciones conocidas de los grandes responsables de la masacre con la cara del hombre concreto dedicado a amenazar, golpear, escupir, mancillar a los judíos, gozando de su gran poder para provocar pavor: el hombre sin facciones precisas que, demasiadas veces en sus evocaciones, apretaba el gatillo de una pistola puesta en la nuca. Pero ahora, para alimentar su abominación y sus dolores, había recibido una cara real, una mirada viva, la sonrisa mezquina de un individuo mientras tomaba dos billetes de veinte pesos, luego de embolsarse diez mil. También tenía, además y sobre todo, la imagen de su propio rostro mientras le disparaba dos, tres balas, en el pecho, en la cabeza. ¿No decían los gánsters de las películas que en el estómago los plomos provocaban una muerte más lenta y dolorosa? Aquello representaba un nuevo e inesperado nexo con la violencia, la venganza justiciera y la muerte para la cual nunca se había

preparado, para la cual, creía, no había nacido. "Constituía una drástica aplicación de la bárbara ley del talión dictada por aquel mismo Dios despiadado que, en los tiempos del Éxodo, le exigió a Abraham el atroz sacrificio de su hijo. «Pagará vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe», había decretado la voz del cielo. «Vida por vida», repetía Daniel.

Esa noche, cuando se presentó en la casa de Roberto Fariñas, el amigo trató de ponerle los pies en la tierra. Roberto conocía desde hacía años algunos jirones de la historia de la herencia sefardí y, luego de haber sido testigo del hallazgo del cuadro de Rembrandt en la casa de Mejías, le resultó fácil realizar las conexiones mentales que le permitían imaginar el propósito de Daniel Kaminsky. Para empezar, argumentó Fariñas, el solo hecho de andar por las calles de La Habana con una pistola encima podía garantizarle al polaco un pasaje a las mazmorras de una estación de policía. Y si eso sucedía, el hecho de que fuese vecino de Tomás Sanabria lo pondría en la picota: si pensaban -y lo pensarían- que estaba armado porque iba a intentar algo contra aquel jerarca de la dictadura, y si lo relacionaban con José Manuel Bermúdez -y lo relacionarían-, no saldría con vida del trance. Pero incluso si no hacían ninguno de esos enlaces, habida cuenta de los tiempos que corrían, de seguro sufriría las violentas y hasta cobardes reacciones de unos policías que se hacían cada vez más sanguinarios, tal vez porque ya presentían la proximidad del fin de su reinado de terror y la posible revancha que le seguiría. Para terminar, Roberto no conocía a nadie peor preparado que Daniel Kaminsky para enfrentar a un tiburón como Román Mejías y, además, cobrarle lo que le debía (Roberto prefirió utilizar el eufemismo). Pero el polaco estaba decidido. Se trataba de un mandato más fuerte que su propia capacidad de raciocinio, dijo, de un llamado profundo de la justicia primaria que había venido a buscarlo y lo había encontrado cuando él menos lo esperaba, para colocarlo ante la evidencia de que alguna vez los culpables, con o sin rostro, deben pagar, había dicho esa noche, según le dijo a Elías, años después. Porque, pensaba Daniel, y así también se lo diría a su hijo, en aquel momento solo era capaz de sentir cómo en su alma profunda se movían los mecanismos de un tapiado origen primitivo, los del judío irredento que se rebelaba ante la sumisión, el nómada del desierto, vengativo, ajeno a la contención y menos aún al reclamo absurdo de colocar la otra mejilla, un principio que no conocían los de su estirpe milenaria. No, por algo así, no: Daniel se sentía más cerca de

la judía Judit, daga en mano, segando sin piedad la garganta de Holofernes. Y Román Mejías se había convertido en su Holofernes.

Daniel Kaminsky tuvo una idea precisa del desafío al cual se enfrentaba cuando esa misma noche regresó a su casa de Santos Suárez con el Smith Wesson calibre 45 de Pepe Manuel oculto bajo el asiento del conductor de su Chevrolet. Al acercarse al ángulo por donde debía torcer hacia su casa, vio dos patrullas, en lugar del solitario aunque habitual carro oficial detenido frente a la mansión del jefe policial, y Daniel estuvo a punto de perder el control de su vehículo. El miedo le había engarrotado los músculos y solo lo salvó de una ráfaga de ametralladora el hecho de que el sargento ese día al mando del grupo de custodios reconoció su auto y lo identificó como el vecino de Tomás Sanabria y detuvo la intención del soldado. «Cuidado con el Bacardí», le gritó el sargento y, desde el volante, Daniel hizo un gesto que intentaba parecer de disculpa.

El miedo que lo invadió fue algo tan mezquino y visceral que, apenas entró en su casa, Daniel debió correr hacia el baño para soltar una prolongada diarrea. Mientras se recuperaba y se secaba el sudor que lo había bañado, pensó en cuál sería el mejor momento para contarle a su mujer la decisión tomada y no encontró ninguno que se le antojara propicio. Aquel era su problema y debía resolverlo a solas. ¿Y las consecuencias? ¿No podrían derivar sus actos en una tragedia que incluso ligase hasta Marta? Entendió que no tenía derecho a enfrentar a su mujer a esa posibilidad sin entregarle siquiera el más mínimo argumento y al fin creyó hallar la solución.

Mientras bebía el café con leche de la mañana, en el cual fue mojando las tiras de pan crujiente untado con mantequilla, se atrevió a decirle a su mujer lo que pensó debía decirle. Marta Arnáez conocía la historia del cuadro y lo que aquella pintura había significado como sueño para la salvación de los padres y la hermana de su marido, durante la estancia del *Saint Louis* en La Habana. Por eso a Daniel le resultó más fácil contarle solo que había descubierto que el cuadro no había vuelto a Europa con sus padres, pues había estado desde entonces en La Habana. Y ahora sabía quién lo tenía en sus manos. En verdad él pensaba que resultaría complicado, le dijo, pero iba a hacer lo posible por recuperarlo, pues le pertenecía a su familia masacrada por el odio más perverso. Marta, asombrada con la noticia, hizo las preguntas que no podía dejar de hacer, pero él apenas le respondió pidiéndole que no se preocupara. Aunque iba a

ser complicado, como ya le había dicho, no sería nada peligroso, mintió. Mucho se cuidó, por supuesto, de mencionar dónde había visto el cuadro y menos aún el nombre de la persona que lo tenía. No obstante, la mujer insistió, movida por un presentimiento y por el conocimiento del ambiente cubano: «Daniel, ten cuidado, por Dios. Nosotros vivimos bien, cada vez vamos a vivir mejor... No nos hace falta ese cuadro para ser más felices... ¿Por qué no te olvidas de esa dichosa pintura?». «No es por el dinero que pueda darnos el cuadro, Marta. Si yo lo tuviera, jamás podría venderlo, pues más que a mí, le pertenece a mi tío Joseph, por justicia, solo por justicia», dijo, y la mujer no necesitó oír más: Desde ese instante supo lo que pensaba hacer su marido. Y rezó a su Dios para que con su poder lo disuadiera. O al menos lo protegiera.

Daniel trató de preparar un plan. ¿Es lo habitual, no?, le preguntaría varias veces a su hijo cuando hablaría del huracán en trance de cambiarles la vida.

Desde que su padre lo hiciera partícipe de aquella historia, Elías Kaminsky se preguntaría muchas veces si en realidad sus destinos hubieran sido o no muy diferentes de no haber salido al reencuentro de su padre aquella pintura con el rostro del joven sefardí holandés. Porque el hecho concreto de que Marta y Daniel partieran hacia los Estados Unidos en abril de 1958 quizás fue apenas una anticipación de lo que de cualquier manera iba a suceder. Por una u otra vía, ese era un camino marcado para su familia: porque, o bien como ocho de cada diez de los judíos recalados en Cuba habrían dejado la isla en 1959 o 1960, o, como su suegro gallego y muchos integrantes de la clase media, lo habría hecho en 1961, cuando se convencieron de que sus intereses y forma de vida estaban, no ya en peligro, sino condenados a muerte. ¿O Daniel el descreído se habría quedado en La Habana como su tío Joseph Kaminsky, creyente en su Dios y a la vez simpatizante de los conceptos de los socialistas judíos? ¿O, como su amigo Roberto, se habría entregado al trabajo revolucionario con el empeño de construir la nueva sociedad con la cual soñaban desde los días en que escuchaban las arengas radiofónicas y públicas del avasallante Eddy Chibás...? Teniendo en cuenta la aspiración de su padre al éxito económico, aquellas posibilidades le parecían a Elías las menos factibles.

Después de la torpe, sobresaltada y breve vigilancia a la cual sometió a Román Mejías, Daniel Kaminsky decidió que la mejor ocasión para realizar

su propósito era esperarlo muy temprano en la mañana frente a su casa y acercarse a él en el momento en que abandonara el inmueble para abordar su auto, siempre acomodado en el *carport*, pues en el garaje cerrado solía dormir el brillante Aston Martin de su mujer, quizás adquirido a golpe de pasaportes falsos. En la casa vivían, además de Mejías y su mujer, sus dos hijas, todavía solteras, y la criada. La hermana, que había quedado inválida en un accidente de tránsito en el cual su marido resultó muerto, vivía en El Vedado con sus tres hijos -dos hembras y un varón-, y aunque lo visitaba con frecuencia, nunca pernoctaba en la casa de Mejías.

El joven se sintió listo para actuar cuando consiguió ver sus acciones como si estuviera ante la pantalla de un cine. Mejías, con su cara de cínico redomado, el maletín en una mano y las llaves del carro en la otra, abriría la puerta. Las bombillas de las farolas de la calle recién se habrían apagado, pero el sol de marzo aún estaría por salir. Salvo la criada y el propio Mejías, el resto de los moradores de la casa seguirían durmiendo. Daniel, luego de haber detenido su auto en la cuadra del fondo, estaría esperando la coyuntura tras un flamboyán plantado en el parterre de la acera de enfrente. Entonces cruzaría la avenida protegido por la media luz justo cuando viera, tras el cristal nevado de la puerta, la figura del hombre, enfundado en su traje oscuro, ya dispuesto a salir. Segundos más tarde Mejías estaría fuera de la casa, con la puerta toda sin cerrar, y él abriría la reja, a seis, siete metros del hombre. Sin hablar se acercaría a Mejías, quien, al verlo y, con toda probabilidad, al reconocerlo, lo esperaría junto a la puerta, pensando que volvía a buscarlo para un nuevo negocio. Daniel avanzaría hacia él y, cuando lo separaran solo un par de metros, sacaría el revólver y tal vez le diría el motivo de su visita. En ese instante haría fuego (todavía dudaba dónde le dispararía, quería hacerlo sufrir y a la vez ser eficiente en su propósito sin dejar ninguna posibilidad a la sabandija), y colocándose el pañuelo que llevaba atado al cuello sobre la cara, entraría en la casa pasando sobre el cadáver, tomaría la pintura y saldría corriendo, sin riesgo de ser reconocido por la criada si es que esta se presentaba en la sala, alarmada por las detonaciones. A esa hora temprana de la mañana -6:45-, en aquel barrio residencial y poco poblado no habría nadie en las calles. En cualquier caso, para evitar posibles reconocimientos, al abandonar la casa se bajaría el pañuelo pero se encasquetaría hasta las cejas la gorra de pelotero del Marianao. Si era preciso correr, correría, abordaría su auto y escaparía de inmediato. Por si las cosas se complicaban demasiado, llevaría

consigo su pasaporte, pues siempre podría desmontar la tela y ocultarla. Compraría un billete de avión y saldría en el primer vuelo hacia cualquier destino: Miami, Caracas, México, Madrid, Panamá... El final previsible de aquella película montada con prisa y con poca pericia lo hacía verse en el asiento del avión, en el instante en que, ya en vuelo, abandonaba la isla de Cuba y comenzaba a flotar sobre el mar hacia la libertad y la paz de su espíritu.

Ocho días después de haber recibido el revólver de su amigo Pepe Manuel, Daniel Kaminsky abandonó la cama a las cuatro y seis minutos de la madrugada y desconectó la alarma del reloj, programado para sonar una hora más tarde. Era el 16 de marzo de 1958. Como ya lo imaginaba, apenas había podido dormir, presionado por la tensión, la ansiedad y el miedo. Dejó la cama procurando no despertar a Marta y fue a la cocina a hacerse un café. La madrugada era fresca, aunque no fría, y salió al pequeño patio de la casa para beber la infusión y esperar.

Cuarenta minutos después, anticipándose a la hora prevista, comenzó a vestirse, tratando de no olvidar ningún detalle. Había comprado un overol de mezclilla azul, con peto y tirantes, y una camisa del mismo tejido y color. Detrás del peto colocó el revólver y otra vez comprobó si lo podía sacar con suficiente facilidad. Con aquella ropa pretendía parecer un pintor o un mecánico, solo que con una muda de estreno. Volvió a colar café y retornó al patio, donde cerró los ojos para ver por enésima ocasión la película montada en su mente, y no sintió que debiera hacerle ninguna corrección, solo cambiar el final: no podía escaparse en un avión, salvar su vida, y dejar atrás a Marta a expensas de cualquier represalia. Debía afrontar, en todas sus consecuencias, el acto que iba a realizar y, si era necesario y posible, escapar, pero llevando consigo a su mujer.

A las seis en punto, tal como había planificado, se asomó en el cuarto, observó unos minutos a la joven todavía durmiente. A pesar de sus propósitos, ni un solo instante pensó en la posibilidad de que tal vez la estuviera viendo por última vez. Tampoco meditó en lo que podría ser su vida a partir de la ejecución del infame Mejías. Tomó la bolsa de papel donde guardaba un traje, una corbata y una camisa blanca, su ropa de faena en Minimax, y salió a la calle para abordar el Chevrolet.

Manejó con cuidado, respetando todas las luces y señales. A las seis y treinta y dos cerró el auto, que había parqueado en la casi desierta Quinta D,

a unos ciento cincuenta metros de la casa de Mejías. Tenía ocho minutos para llegar hasta la Séptima Avenida y ocupar su puesto detrás del flamboyán. Luego todo debía ocurrir en apenas diez minutos. En aquel instante, hurtándose la parte más complicada de sus acciones, no pensaba en otra cosa más que en volver al auto con el cuadro. A partir de ahí el guión tenía diversas variantes que en muchos casos no dependían de él. Pero siempre que llegara al Chevrolet con la pintura de Rembrandt en las manos, después de haber ajusticiado al hijo de puta que había estafado a su familia y los había condenado a regresar a Europa y morir, de cualquiera de los modos terribles en que debieron de morir: famélicos, con miedo, la cabeza plagada de piojos, los ojos nublados de lagañas y las piernas chorreadas de mierda. «Pagará vida por vida», se repitió a sí mismo para darse más argumentos y, por primera vez en muchos años, invocó al Sagrado: «No me quites la fuerza, oh, Señor», dijo, en voz baja.

La idea de que era mejor no dejar el auto cerrado con llave lo hizo regresar. Accionó el cierre y respiró varias veces para liberar la tensión.

Comprobó otra vez que llevaba la gorra negra en el bolsillo y que podía subir con facilidad el pañuelo atado al cuello y cubrirse la cara. Al fin avanzó por la acera, a paso rápido, y cuando dobló la esquina para dirigirse a la casa de Román Mejías, el reflejo de unas luces rojas y azules provenientes de la Séptima Avenida lo congelaron. Aquellos flashazos circulares no podían emanar de otro sitio que no fueran los reflectores de un auto patrullero. Daniel Kaminsky sintió entonces el miedo más profundo y doloroso que lo abrazaría en su vida: un miedo paralizador, mezquino, total. No supo ni pudo hacer otra cosa que regresar al Chevrolet y, luego de esconder el revólver bajo el asiento, logró ponerlo en movimiento y hacerlo avanzar a trompicones, hasta que consiguió estabilizar la marcha y seguir por la calle Quinta D para salir a la Avenida 70 y alejarse del lugar.

La mezcla de miedo y frustración le empañó la vista. Por primera vez desde la tarde del 31 de mayo de 1939 en que a bordo de una lancha vio por última vez a sus padres y a su hermana Judit, asomados a la borda del *Saint Louis*, Daniel Kaminsky no había vuelto a llorar. Aquel día terrible era todavía un niño y el llanto le impidió decirles algo a sus padres, a su pequeña hermana, pero desde entonces cargaba aquella incapacidad verbal como una culpa. Ahora lloraba porque su miedo era en realidad más fuerte que todos sus deseos de justicia y porque se sentía aliviado, pues ese día había ocurrido algún hecho que le había impedido matar al hombre con

rostro que había propiciado la muerte de sus seres queridos. Alejarse del peligro y llorar era lo único que Daniel Kaminsky podía hacer en ese instante.

10 - La Habana, 2007

ELÍAS Kaminsky también lloró. Un par de lagrimones incontenibles corrieron por sus mejillas antes de que el mastodonte de la coleta tuviera tiempo de cortarles el paso y evitar que otros les siguieran. Para ayudarse en aquel propósito, se sometió a una respiración profunda de humo cargado de nicotina.

Mario Conde supo contener sus ansias y guardó un conveniente silencio. Aquel Parque de Santos Suárez, a medio camino entre la casa de Tamara y la que ocuparan por unos años Marta Arnáez y Daniel Kaminsky, estaba milagrosamente bien iluminado, tratándose de la ciudad de los parques tenebrosos y las calles en tinieblas. Conde había escogido ese parque como sitio propicio para la conversación pues, frente a uno de sus ángulos, se hallaba el edificio del colegio en el cual Marta Arnáez había hecho sus prácticas docentes mientras estudiaba para obtener su título de maestra normalista. Pero también porque le gustaba el lugar y le evocaba muchas historias amables del pasado, un tiempo remoto en el cual, a veces hasta sentado en ese mismo banco de aquel mismo parque, atravesó unos años marcados por amores y desamores, fiestas y juegos de pelota, ilusiones de escribir y desengaños traumáticos, siempre en compañía de sus viejos colegas, incluido el ausente Andrés que desde el más allá geográfico le había enviado al hombre que intentaba no llorar mientras evocaba los momentos más escabrosos de la vida cubana de su padre, el ex judío polaco Daniel Kaminsky, compulsado a matar a un hombre.

Cuando Elías pareció recuperar la compostura, Conde no esperó más y se lanzó al ataque.

-Te imaginarás que no entiendo un carajo... Por fin, ¿lo mató o no lo mató?

Ahora Elías trató incluso de sonreír.

-Disculpa, es que soy muy llorón... Y esta historia de mierda... Bueno, por eso estoy aquí.

-No hay nada que disculpar.

El pintor trató de recuperar el aliento. Cuando lo creyó posible, habló.

-Me dijo que no, que él no lo había matado. Cuando escapó de allí, sin saber todavía lo que había pasado, tenía tanto miedo que tiró la pistola de Pepe Manuel en un río... Claro, el Almendares, como el equipo de pelota. Ya él sabía que nunca podría matar a aquel tipo, me dijo. Se odiaba a sí mismo por sentirse un cobarde...

-¿Pero qué pasó con Mejías?

Elías miró directamente a Conde, pero se mantuvo en silencio por unos dilatados segundos.

-Esa mañana lo mataron... -dijo al fin-. Las luces que mi padre vio eran de verdad de un auto de patrullas, porque una hora antes la criada había descubierto el cadáver de Román Mejías en la sala de la casa-

Conde movió la cabeza, negando algo recóndito pero evidente que necesitó refrendar con palabras.

-No, no puede ser...

-Lo mismo pienso yo... Pensé -se rectificó Elías-. Lo mismo pensaba Roberto Fariñas. Y mi madre... ¿Quién se va a creer que el día en que él había decidido matar a ese hijo de puta viniera alguien, se le adelantara una hora, matara a Mejías y se robara el cuadro de Rembrandt? Difícil de tragarse, ¿no?

—Sí, está duro eso...

-Hay algo que no encaja y siempre me hace dudar -empezó Elías-. Lo del revólver de Pepe Manuel es cierto. Mi madre lo vio. Él lo tenía... Si tienes una pistola o un revólver, ¿no es más fácil matar a un tipo de un par de tiros que enredarte con él, inmovilizarlo y luego cortarle la garganta con un cuchillo? ¿Un tipo que además podía estar armado?

Las preguntas golpearon a Conde, que se había acomodado en la lógica de la historia, luego de haber visto él mismo la película proyectada desde la mente de Daniel Kaminsky a través de las palabras de su hijo.

-¿Lo degollaron?

-Así fue como lo mataron. Lo degollaron de una manera que casi le arrancaron la cabeza... Había sangre por todas partes...

-¿Como Judit a Holofernes?

Elías miró hacia un lado antes de responder.

-Sí, como mi padre se imaginaba la rebeldía hebrea de Judit, como en su imaginación veía salvarse a su hermana, también Judit...

Conde negó con vehemencia.

-Ahora no entiendo dos carajos... o tres. -El Conde agregó uno más para completar su incapacidad de discernimiento. Entendía, por supuesto, que un hijo levantara los valladares más ilógicos para no permitirse creer que su padre hubiera asesinado a un hombre, incluso por los motivos más justificados. Lo que de ningún modo encajaba era que ese mismo hijo viniese desde el fin del mundo, por su propia voluntad, a revolver la mierda ante un desconocido solo para buscar un apoyo que, a todas luces, no necesitaba, pues le creía o quería creerle a su padre. Y que por ese apoyo innecesario hasta le pagara. No, la lista y el billete no jugaban en aquella partida en la cual, para más ardor, se ponían en el teatro de la realidad escenas de los mitos bíblicos y la pintura barroca, más el supuesto desinterés por los dos millones de dólares que podía implicar la recuperación del cuadro de la discordia-. A ver, explícame bien qué pasó... Se me debe de estar endureciendo el cerebro...

-A Mejías le amarraron las manos a la espalda, le metieron un pañuelo en la boca y lo desnudaron. Luego lo mataron de un tajo tremendo en el cuello. Pero antes lo habían cortado por varias partes, los brazos, el estómago, más abajo... Parece que fue algo terrible, con mucho ensañamiento... Al principio se habló de que habían sido unos revolucionarios, porque Mejías era un funcionario del Gobierno. Pero esa forma de matar... Más parecía de un ladrón al que habían sorprendido en la casa y que lo amarró primero, lo torturó para saber algo, dónde guardaba el dinero, y al final lo mató para poder huir o por miedo a que Mejías lo reconociera. Muchos ladrones no tienen intención de matar a nadie, y solo lo hacen si no les queda otra alternativa. Aunque lo de Mejías era demasiado..., hasta el pene... Claro, al Gobierno y a la policía les resultaba más rentable que pareciera una venganza política, eso demostraba lo que podían hacer aquellos revolucionarios en su desesperación y con su falta de escrúpulos. Y como por alguna razón casi no se habló del cuadro robado, esa fue la teoría que más se difundió...

-Tengo que preguntarle al Conejo si él conocía esta historia. Yo no la había oído nunca...

-Si mi padre no fue quien mató a Mejías -siguió Elías-, al menos él sí sabía bien que aquello no debía tener relación con los luchadores clandestinos que estaban en la ciudad. Si iban a matar gentes, tenían a muchos otros para matar antes que a Mejías, que incluso los había servido en casos como el de Pepe Manuel. A menos que hubiera engañado a alguno,

¿no? El caso es que no encontraron huellas ni otras pistas y nunca se supo quién había matado a Mejías. Mi padre pie dijo que, para él, el asesino había sido un ladrón sorprendido por Mejías...

—Sí, todo eso está muy bien. Pero, por ahora, yo no me lo creo, la verdad.

-Parece que Roberto Fariñas tampoco se lo creyó nunca. Ya te dije, él también sabía que no habían sido los revolucionarios. Porque él era uno de ellos, ¿no? Dos meses después entraría en una célula de luchadores clandestinos, de los que hacían «acción y sabotaje», como decían ellos.

-Sí, ya sé... ¿Y tu madre?

-¿Qué iba a decir ella? Decía que estaba convencida de que habían sido unos ladrones. Tenía que parecer convencida..., aunque en el fondo no lo estuviera.

-¿Y tú qué crees? Por favor, dime la verdad... -Conde necesitaba tocar fondo, procurarse un punto de apoyo para luego continuar braceando.

-Yo no tengo la claridad que hace falta para discernir en este asunto. Yo nada más sé esta historia, la que él me contó... Desde que era un muchacho empecé a olerme que había algo oscuro en el pasado de mi padre, aquí en Cuba, pero no tenía idea de lo que podía ser. Hasta que un día, hace como veinte años, él por fin me contó esta historia. Y me la contó porque quiso. O porque se asustó por lo del cáncer de próstata... Aunque siempre hubo algo raro en todo ese cuento de la salida de mis padres de Cuba en el cincuenta y ocho, la verdad es que a mí ni se me hubiera pasado por la cabeza venir aquí y preguntarle a Roberto Fariñas si él sabía algo del pasado de mi padre que..., por años pensé que se había ido de Cuba por algo relacionado con Pepe Manuel.

-¿Y qué pasó con Pepe Manuel?

El pintor miró a Conde, como si quisiera prepararlo para la respuesta:

-El mismo día que mataron a Mejías, Pepe Manuel se mató en Miami...

Conde sintió cómo su mente daba dos pasos atrás para asimilar el mazazo.

-¿Se mató? ¿Se suicidó?

-No, no, fue un accidente cargando un revólver. O eso se supone que haya sido. Se dio un balazo en el cuello.

-¿El mismo día...?

-El mismo día -ratificó Elías Kaminsky-. Al amanecer..., casi a la misma hora.

Conde, que se había olvidado de fumar, encendió uno de sus cigarros. La acumulación de coincidencias, incongruencias, de soluciones fortuitas o forzadas de aquel relato lo estaba desbordando. Casi sentía, incluso, cómo corría el jugo de sus elucubraciones por los bordes de su pobre cerebro aguado y envejecido.

-¿Y el dichoso cuadro? -preguntó Conde con sus últimos destellos de lucidez.

-Pues no sé, y ese es el mayor misterio de todo este lío. Vamos a ver: si mi padre hubiera matado a Mejías y se hubiera llevado el cuadro... ¿Dónde coño estuvo metido hasta ahora? ¿Cómo es que otras gentes lo llevaron a Londres para venderlo? ¿Cómo es que esas personas tenían los certificados que pidió mi abuelo en Berlín en 1928 y que debieron de venir con él en el *Saint Louis*?

-¿Tú dices que no se habló del robo del cuadro? ¿Para que pareciera una venganza política?

-Mi padre me dijo que casi no se habló del robo. Quizás para alimentar la teoría de la venganza política. Yo revisé los periódicos de 1958 donde salió lo del asesinato de Mejías y es verdad: el primer día se habla de un cuadro perdido, pero no se dice que fuera de Rembrandt. Y un Rembrandt robado siempre ha sido algo muy serio...

-¿Entonces no se sabe si el que lo mató se robó o no el cuadro?

-Yo diría que no... Que no se robó el Rembrandt.

Conde sonrió, vencido por el tumulto de contradicciones.

-Elías, este es el momento en que nos montamos en tu carro, me dejas en mi casa y te vas, para yo poder pensar. ¿Te das cuenta de lo enredada que está esa historia de tu padre? ¿De que como me la cuentas nada tiene pies ni cabeza?

-Acuérdate de que, mal que bien, soy judío... No te voy a regalar cien dólares todos los días para que me oigas hablar tonterías. Por lo enredada que está necesito tu ayuda.

-Claro... Pero, vuelvo a preguntarte, ¿qué es exactamente lo que tú quieres saber? Y discúlpame si insisto en esto: ¿lo que quieres saber te va a ayudar a recuperar ese cuadro que ahora vale más de un millón doscientos mil dólares?

Elías Kaminsky miró hacia los confines del parque, a través de los troncos rugosos de las casuarinas y los follajes de los falsos laureles. Aun

en aquel sitio el calor de septiembre se sentía como un vapor envolvente y Conde descubrió la frente del pintor húmeda por el sudor.

-Quiero saber si mi padre me engañó y me dijo que no mató a ese hombre y en realidad lo hizo, algo que yo entendería. Ya sé que no es fácil confesar que uno mató a alguien, aunque fuera un hijo de puta como ese tal Mejías. Pero sé que mi madre se murió pensando que sí, que él había matado a ese hombre. Al final ella misma me lo dijo, en el funeral de mi padre... Y según sé, su amigo Roberto Fariñas pensaba igual. Pero yo quiero dudar. No, mejor dicho, quiero creerle. Sobre todo desde que el cuadro de Rembrandt apareció en Londres. Porque si mi padre mató a ese hombre, con todas sus razones para hacerlo, él tenía que haberse llevado la pintura. No podía dejar de hacerlo... Era la memoria de su familia, ¿no? Era hacer justicia... Pero alguien que no fue él se quedó con el cuadro y ahora mismo no creo que el asesino de Mejías, sea quien haya sido, se hubiera llevado ese día el original de Rembrandt... Aunque después de pensarla mucho estoy por creer que la pintura que estaba en la sala sí se la llevaron...

-¿Se la llevaron o no se la llevaron? -gritó Conde, para lamentar de inmediato el exabrupto.

-Quiero decir que creo que sí, se la llevaron, pero no era el original, como sospechaba Roberto. Todas las pinturas que estaban en la sala de Mejías eran muy buenas copias y el que se llevó la cabeza del judío pensó que era un original. Pero la auténtica debió de quedarse en la casa de Mejías, escondida. ¿Me entiendes ahora? Si esto fue lo que pasó, para la familia de Mejías era mejor ni hablar del robo, no mencionar a Rembrandt y dejar que la policía insistiera en el asesinato político. Además, eso explicaría lo que tal vez pasó con el Rembrandt auténtico: que una de las hijas de Mejías, o no sé quién cercano a la familia, lo sacó de Cuba en algún momento, con los documentos de autenticación de mi abuelo. Luego, la persona que sacó el cuadro de Cuba se lo vendió a alguien, quizás el mismo vendedor que ahora pretendía subastarlo en Londres. ¿Es mucha casualidad que saliera a subasta después de que murieran mis padres...? Hace dos meses, cuando fui a Londres, yo vi las copias de aquel certificado. No hay dudas de que es el que obtuvo mi abuelo Isaías en Berlín en 1928, el mismo papel que Mejías le enseñó al judío Hajdú, el de la Fotografía Rembrandt... En fin, Conde, lo que yo quiero saber es la verdad sobre mi padre, sea cual sea esa verdad. Quiero saber quién se quedó con el cuadro que pudo haber salvado a mi familia y medró o pretende medrar con él. Y si es posible,

también quiero hacer justicia y recuperar esa pintura que por trescientos años les perteneció a los Kaminsky. Y no tengo dudas de que es aquí en Cuba donde están las claves de esta historia. Y nada más cuento contigo para poder conseguirlo... Como ves, lo que quiero saber no me va a ayudar a recuperar el Rembrandt. Pero puede ayudarme a recuperar la memoria de mi padre, quizás a hacer justicia...

Conde aplastó en la losa de cemento la colilla de su cigarro. Respiró hondo y dirigió la vista hacia los confines del parque, donde se extendía la oscuridad más impenetrable. Tuvo en ese instante la sensación de que, en realidad, miraba dentro de su mente y solo veía un caos de fragmentos inconexos bailando en las tinieblas.

-¿Por qué no habías venido nunca a Cuba si eres un poco cubano?

Elías sonrió por primera vez en mucho rato.

-Precisamente por eso... Soy un poco demasiadas cosas para alimentarlas todas. Como viajar a Cuba siempre ha sido complicado, fue lo más fácil de posponer -dijo. Ya sin sonreír agregó: Y porque hasta ahora preferí no menear la historia que me contó mi padre. Pero lo de la subasta...

-Eso lo entiendo -dijo Conde-. Ahora ayúdame a ver si entiendo otras cosas. Aceptemos que tu padre no mató a Mejías... ¿Está bien...? Bueno, ¿y por qué entonces salió huyendo de Cuba un mes después?

-Por miedo... El mismo miedo que le hizo botar el revólver. Me dijo que cuando supo lo de la muerte de Mejías se puso como loco. De miedo. Se sintió un cobarde... Entonces empezó a pensar lo que no había pensado. Por ejemplo, que el viejo Hajdú dijera algo de sus averiguaciones sobre el cuadro. O que su amigo Roberto, sabiendo lo que sabía, lo delatara... Eran cosas tan absurdas que mi madre llegó a creer que habían huido porque de verdad él había matado a ese hombre.

-Yo hubiera pensado lo mismo...

-¿Y por qué no se llevó el cuadro?

Conde vio una luz y disparó hacia ella.

-¿Y si mató a Mejías, se llevó el cuadro falso y lo botó cuando se dio cuenta del engaño?

-También he pensado mucho en esa posibilidad... ¿Y por qué no usaría el revólver y lo mataría con un cuchillo?

-Ojo por ojo, ¿no? Para hacerlo sufrir... Para hacerlo como lo hizo Judit... -Conde barajó posibilidades.

-¿Y por qué me contaría una historia que no tenía por qué contarme, solo para decirme una mentira? No, no estaba obligado a contarme nada.

Aunque estuviera de espaldas a las cuerdas, Elías Kaminsky no se daba por vencido. Conde optó por sonarle la campana.

-Elías, ¿tú quieres que alguien escarbe un poco y te diga, para tu tranquilidad espiritual, que tu padre no mutiló y mató a un hombre?

El pintor negó enfáticamente con la cabeza.

-No, Conde, te equivocas. Yo creo, estoy seguro, de que él no mató a Mejías. Pero quisiera tener una certeza definitiva y también saber qué pasó con el cuadro de Rembrandt. Yo no puedo quedarme con los brazos cruzados mientras alguien se hace millonario con lo que les costó la vida a tres familiares míos... Y si buscando esa verdad aparece que mi padre cometió un crimen, pues también eso me sirve para mi tranquilidad de espíritu, como tú le dices. Porque entendería lo que él hizo. Y por eso que pudo haber hecho, yo siempre lo voy a perdonar, con todo lo terrible que fue. Lo que no le perdonaría es que nos hubiera engañado, a mi madre y a mí.

Conde suspiró.

-Tú mismo me has dicho que hay cosas que es mejor no menearlas...

-O que debemos menearlas. Si no se caen, mejor. Y si se caen, pues a joderse... Lo que quiero, necesito, es la verdad. Por todo lo que te he dicho.

-¿La verdad? Pues la verdad es que ahora mismo yo no sé cómo ayudarte... Pero sí llegamos a saber algo y con ese algo puedes recuperar el Rembrandt, ¿qué vas a hacer con ese cuadro?

Elías Kaminsky miró a su interlocutor.

-Si recupero la pintura, creo que la voy a donar a algún museo, no sé a cuál, quizás a uno que hay en Berlín sobre el Holocausto. Por la memoria de mis abuelos y mi tía. O a la casa de Rembrandt, o mejor al museo judío de Ámsterdam, por la memoria de ese sefardí que llevó la pintura a Polonia y nadie sabe quién fue ni qué carajo hacía metido en medio de aquellas matanzas de judíos... Todavía no sé qué haría, porque es bastante improbable que la recupere. Pero eso es lo que haría. No quiero ese cuadro para mí, por muy Rembrandt que sea, y menos el dinero que se le puede sacar, por tentador que sea...

-Suena bien -dijo Conde, tan dado a las soluciones románticas e inútiles, luego de sopesar unos instantes los sueños del pintor y de calibrar los posibles destinos propuestos para aquel retrato de un joven judío

demasiado parecido a la imagen cristiana del Mesías-. Vamos a ver qué se puede hacer...

-¿Entonces vas a ayudarme?

-¿Quieres saber la verdad?

-¿Sobre mi padre?

-Sí, claro, está la verdad sobre tu padre... Pero ahora yo hablaba de mi verdad.

-Si me la dices...

-Pues la mitad de mi verdad -comenzó Conde- es que no tengo nada mejor en que perder mi tiempo y tratar de encontrar las razones de historias como esta es algo que me gusta hacer. La otra mitad es que me vas a pagar mucho por hacerlo y, tal como estamos este país y yo, mira, no se puede despreciar un dinero así. Y la tercera mitad de la verdad es que tú me caes bien. Con todas esas mitades se arma una verdad bastante grande y buena. Y se mejora incluso con el presentimiento de que vamos a llegar a algún lado... Aunque antes tengamos que caminar bastante, ¿no? Por cierto, ya que vamos a seguir en esto..., ¿podrías adelantarme algo de mi paga? Es que estoy en la fuácata.

-¿Fuácata?

-Inopia, pobreza, penuria... Sí, en la fuácata. Como Rembrandt cuando le quitaron su casa con todo lo que tenía dentro...

La mañana del 14 de junio de 1642, Ámsterdam disfrutó de uno de los días más espléndidos de sus breves y apenas templados veranos. Aquella luz de plata, siempre perseguida por sus pintores, matizada por los reflejos del sol en el mar y los canales que atraviesan y envuelven la ciudad, se regocijaba en su encuentro con los jardines, *canteros* y tiestos donde, alentados por el calor y la luminosidad, se desplegaban orgullosos los muy cotizados tulipanes que, desde su arribo a la urbe más rica del mundo, competían por alcanzar los más insólitos tonos de la escala cromática.

Pero aquel día Rembrandt van Rijn, natural de Leiden, pintor y miembro reconocido por la Guilda de San Lucas de Ámsterdam desde 1634, no tuvo ojos para apreciar aquel espectáculo prodigioso de luz y color. Ataviado con un traje negro, botas altas y sombrero también oscuro, había hecho el trayecto desde su casa, en el número 4 de la Jodenbreestraat, la Calle Ancha de los Judíos, hasta la gótica Oude Kerk, más allá de la plazoleta y el mercado de De Waag. Rembrandt seguía el paso fúnebre de la

modesta carroza en la cual viajaban los restos de quien había sido su esposa y musa más recurrida, Saskia van Uylenburgh. Junto al pintor, como si aquellas compañías revelaran la esencia de su carácter heterodoxo, abrían el desfile tres de sus mejores amigos: uno era Cornelius Ansio, predicador calvinista de la secta de los menonitas; otro, Menasseh Ben Israel, ex rabino judío y experto cabalista; y el tercero, el católico Philips Vingboons, el más solicitado y exitoso arquitecto de la ciudad.

Luego de dichas las oraciones fúnebres, mientras los enterradores depositaban el cadáver de Saskia van Uylenburgh en el osario de la Oude Kerk, Rembrandt van Rijn lloró con todo su desconsuelo. La enfermedad de la joven había sido dilatada, devastadora, y aunque Rembrandt sabía que el estado de su tesis era irreversible, por largos meses había confiado en que se produjera algo similar a un milagro: tal vez entre Dios y la juventud de Saskia podrían conseguir la inopinada recuperación. Pero dos días atrás todo había terminado, incluso los sueños y la fe en los milagros, y el hombre no podía hacer otra cosa más que llorar.

Esa misma tarde, mientras en la soledad de su estudio observaba el gigantesco e insólito retrato de grupo de *La compañía del capitán Cocq*, que solo esperaba por unos retoques para salir hacia los lujosos salones del Kloveniersdoelen, sede de la exclusiva sociedad de arcabuceros, el pintor se juró que nunca más lloraría. Por ningún motivo. Porque solo había una razón capaz de volver a provocarle el llanto: la muerte de Titus, el único de sus cuatro hijos con Saskia que había sobrevivido. Y Titus no moriría, al menos antes que él, como lo exigía la ley de la vida. Y si la vida lo obligaba a ver morir a Titus, en lugar de llorar, maldeciría a Dios.

Aquel hombre tocado por el genio, premiado con el espíritu de la inconformidad perenne, perseguidor incansable de la libertad humana y artística, aunque golpeado por más fracasos y frustraciones de las que se merecía su paso por el mundo, pudo mantener por años su promesa, hasta que la vida volvió a sacudirlo, con una fuerza mezquinamente empeñada en derribarlo. Entonces Rembrandt van Rijn, tan agotado, no tuvo fuerzas para cumplir el juramento que se hiciera a sí mismo. Antes de morir, Rembrandt tendría que llorar otras cuatro veces.

Porque Rembrandt lloró la tarde de 1656 en que, vencido por las presiones de sus acreedores, debió declararse en bancarrota y abandonar su querida casa del número 4 de la Jodenbreestraat, mientras los miembros del Tribunal de Insolvencias Patrimoniales hacían el inventario de todas sus

pertenencias, obras, objetos, recuerdos acumulados durante años, para ser rematados en subasta pública y entregar los beneficios a los deudores.

Volvería a llorar la noche de 1661, cuando los jerarcas del ayuntamiento de Ámsterdam, sin pagar un centavo por el trabajo solicitado, rechazaron, por considerarla inapropiada, áspera, incluso inacabada, su pieza *La conjura de los bátavos bajo Claudio Civilis*, aquella obra maestra dedicada a celebrar el mítico nacimiento del país en tiempos del Imperio Romano y capaz, por sí sola, de revolucionar y adelantar dos siglos la pintura del XVII. Tal era la sequía de encargos a que lo habían condenado por considerarlo un artista fuera de moda y tosco en sus realizaciones, que los últimos cinco años apenas había recibido un par de encargos: *La lección de anatomía del doctor Deyman* (un mal remedio de la dedicada al doctor Tulp) y *Los síndicos de los pañeros*. Por ello, urgido a sacar algún dinero a la obra rechazada, el pintor tomó la terrible decisión de cortar el lienzo maravilloso para tratar de vender al menos el fragmento en donde aparecen tras una copa de vidrio tres personajes fantasmagóricos, de cuencas oculares oscuras, como vacías: la única parte de la pieza que sobreviviría y que habría bastado para inmortalizar al pintor. A cualquier pintor.

El hombre volvería a llorar el 24 de julio de 1663, cuando puso en una tumba de la Westerkerk al cadáver de Hendrickje Stoffels, la mujer que lo había acompañado por casi veinte años, le había dado amor, una hija, un modelo para algunos de sus cuadros más hermosos y atrevidos y, sobre todo, había obrado el milagro de hacer que volviera a reír, y tantas veces como él nunca pensó que habría sido posible.

Y, ya cuando no le restaban fuerzas ni para maldecir a Dios, tendría que llorar el 7 de septiembre de 1667, cuando, contra natura, vio morir a su hijo Titus, a quien le faltaron quince días para llegar a los veintisiete años de edad. Tanto lloró aquella muerte que, apenas un año después, él también moriría, lamentando el macabro retraso del Creador. Pues si la justicia divina existía, debió habérselo llevado a él unos años antes para evitarle, al menos, las dos últimas razones que tuvieron sus lágrimas.

Si los más devastadores eventos que le provocarían el llanto luego de haberse hecho aquella promesa en 1642 fueron la muerte de la amable Hendrickje y de su amado Titus, el más dramático debió haber sido la mutilación de la que parece haber sido la más explosiva y atrevida de sus creaciones, más, mucho más incluso que *La compañía del capitán Cocq*, que se convertiría en una de las obras más célebres de la historia del arte

mundial con el nombre impropio de *La ronda nocturna*. Porque aquel día Rembrandt había llorado también por la muerte de la libertad.

En cambio, el más vulgar, mezquino, agresivo y lamentable de sus motivos de llanto fue el de la expulsión de su casa por falta de pagos y la amputación de su memoria por la pérdida de los pequeños y múltiples tesoros de los cuales se había hecho acompañar en su vida: objetos exóticos venidos de todos los rincones del mundo conocido, piedras, caracolas, mapas y recuerdos de los cuales él solo sabía la razón por la cual habían llegado a su casa y permanecido allí. También debió entregar al remate la colección de grabados y aguafuertes de Andrea Mantegna, los Carracci, Guido Reni y José de Ribera, grabados y xilografías de Martin Schongauer, Lucas Cranach «el Viejo», Alberto Durero, Lucas van Leyden, Hendrick Goltzius, Maerten van Heemskerck y flamencos y coetáneos como Rubens, Antón van Dyck y Jacob Jordaens; perdió las xilografías realizadas a partir de Tiziano y tres libros impresos de Rafael, así como diversos álbumes estampados por los grabadores nórdicos más conocidos. Rembrandt tuvo que entregar a los buitres del Tribunal de Insolvencias, incluso, sus propios *tafelet*, aquellos cuadernos de apuntes pictóricos que tan populares y recurridos se habían hecho entre los artistas del país.

-Dicen sus biógrafos que Rembrandt, usando una capucha para no ser reconocido, asistió al primero de los remates públicos de sus pertenencias. Aseguran que desde un rincón del salón principal del hotel Keizerskroon, en la Kalverstraat, mientras observaba la desanimada puja por los objetos que formaban parte de su vida, aunque tuvo sobrados motivos para llorar, esa vez Rembrandt logró contenerse... El pobre hombre estaba en la inopia, en la fuácata... Lo jodido es que solamente con el precio que hoy tiene su *tafelet*, hubiera podido comprarse cinco casas como la que había perdido. - Elías Kaminsky tiró un par de veces de su coleta y al fin puso en marcha su turismo, que avanzó por las calles oscuras de La Habana, la ciudad en la que su padre había sido más feliz y más desdichado.

La última vez que se habían sentado a beber whisky en el antiguo despacho del doctor Valdemira habían tocado, entre otros, el fondo de una botella de un Ballantine's de reserva que, sin saberlo aún, les había dejado en herencia el ya difunto Rafael Morín, hasta ese instante creído vivo y, por ende, aún marido oficial de Tamara. Aquellos tragos olorosos a madera y de un dorado intenso los habían ayudado a derribar las últimas inhibiciones de

ella y prevenciones policiales de él, a impulsar sus enquistadas ansiedades humanas y sus deseos más animales. Con el gusto del Ballantine's en la boca se habían ido a la cama, para que él cumpliera su más viejo y persistente sueño erótico y ella la liquidación de una pesada dependencia marital en trance de asfixiarla. Ambos habían sentido cómo el acto de acoplamiento, demasiado nervioso a pesar del alcohol, implicaba mucho más que una resolución física. Entrañaba, entrañó, toda una liberación espiritual que la revelación de la muerte de su marido terminó de sellar.³

Desde entonces sus vidas habían comenzado a cambiar, en muchos sentidos: una liberación fue conduciendo a otra y, mientras ella al fin se encontraba a sí misma y se convertía en un ser individual, con capacidad de ejercitar su albedrío sin la persecución de la sombra opresiva de Rafael Morín, él había comenzado a alejarse de lo que había sido durante demasiados años y, justo nueve meses después, renacería, cuando abandonó la policía y todo cuanto aquella pertenencia implicaba.

También desde aquella época el país donde vivían había cambiado, y mucho. La ilusión de estabilidad y futuro se hundió tras la caída de muros y hasta de Estados amigos y hermanos, y de inmediato llegaron aquellos años oscuros y sórdidos de principios de la década de 1990, cuando las aspiraciones se redujeron a lograr la más vulgar subsistencia. La inopia colectiva, la fuácata nacional... Con la escabrosa recuperación posterior, el país no pudo volver a ser el que había pretendido ser. Del mismo modo en que ellos ya no podrían serlo. El país fue más real y más duro, y ellos se tornaron más desencantados y cínicos. Y también se hicieron más viejos, se sintieron más cansados. Pero, sobre todo, se habían alterado dos percepciones: la que el país tenía de ellos, y la que ellos tenían del país. Supieron de muchas maneras que el cielo protector en el cual les habían hecho creer, por el que habían trabajado y sufrido carencias y prohibiciones en aras de un futuro mejor, se había desarbolado tanto que ya ni siquiera podía protegerlos del modo en que se lo habían prometido, y entonces ellos miraron con distancia hacia un territorio desgajado e impropio y se dedicaron a cuidar (es un decir) de sus propias vidas y suertes, y de las de sus seres más entrañables. Aquel proceso, a primera vista traumático y doloroso, fue, en realidad y en esencia, liberador, de parte y parte. Por el lado de ellos se introdujo la certeza de saber que al fin y al cabo estaban mucho más solos, pero también el beneficio de sentir a la vez que eran más

libres y dueños de sí mismos. Y de sus inopias. Y de sus faltas de expectativas por un futuro que, para hacerlo todo más sombrío, sabían peor.

La lucha por sobrevivir en la cual se habían empeñado a lo largo y ancho de esos años, casi veinte, había sido tan visceral que en muchas ocasiones solo aspiraron a deslizarse del mejor modo posible sobre la turbia espuma de sus días. Y llegar al siguiente. Y empezar de nuevo, siempre de cero. En aquella guerra a vida o muerte se endurecieron y debieron olvidarse de códigos, gentilezas, rituales. No hubo tiempo, espacio ni posibilidades para las exquisitezas de la nostalgia, solo para capear la Crisis, que Conde siempre evocaba así, con mayúsculas. Pero cuando el olvido se creyó vencedor, muchas veces la memoria, con su inconcebible capacidad de resistencia, había salido a flote moviendo su pañuelo blanco.

Antes de llegar a la casa de Tamara, Conde había hecho una importante escala, ya con el propósito muy acariciado de festejar la capacidad de resistencia de la memoria y de repetir un rito fundador. Con los dineros ganados había comprado una botella de whisky, cuadrada, de etiqueta sobria y negra. Con aquella botella en una mano, la bandeja con los mejores vasos y el hielo en la otra, Conde había abierto la marcha hacia el antiguo despacho del padre de Tamara, donde ya funcionaba a todo motor el aire acondicionado, con su ronroneo apacible, satisfecho de su victoria sobre el calor de la noche de septiembre.

Sentados en los envolventes sillones de cuero gastado por los usos, junto a una chimenea que jamás había visto arder un fuego, Mario Conde y Tamara Valdemira probaron sus tragos como si no hubieran transcurrido veinte años desde la última vez que lo hicieran en aquel sitio y con whisky, pero conscientes de que había pasado ese tiempo dilatadísimo desde aquella noche liberadora. Y se reconocieron dichosos, pues, a pesar de todos los pesares, ellos seguían allí, y en compañía.

Afueras comenzó a caer una lluvia cruzada de relámpagos. Ellos, a salvo de toda inclemencia exterior, bebieron en silencio, como si no tuvieran nada que decirse, aunque, en realidad, no necesitaban hablar pues ya se lo habían dicho todo. Los años y los golpes los habían enseñado a disfrutar a plenitud los instantes en que el goce era posible, para, avariciosos, dejar caer después esa efímera sensación de vida disfrutada en la alcancía de las ganancias indelebles, un recipiente translúcido como la memoria y que siempre se podía quebrar si se avecinaban tiempos peores, en los cuales incluso habría más razones para llorar. Y ellos también sabían

que esa era una posibilidad en permanente acecho. Pero ahora estaban allí, tenaces y bebedores, encerrados por propia voluntad entre las murallas levantadas para proteger lo mejor de sus vidas, sus únicas pertenencias inalienables.

Agotado el segundo trago se miraron con intensidad a los ojos, como si quisieran ver algo agazapado más allá de las pupilas del otro, en algún pliegue remoto de sus conciencias. Como si todo lo que representaban uno para el otro estuviera en los ojos. Dejando a un lado las montañas de las frustraciones, los mares de los desengaños, los desiertos de los abandonos, Conde encontró detrás de aquellos ojos el oasis amable y protector de un amor que se le había ofrecido sin exigencias de compromisos. Tamara, tal vez, se topó con la gratitud del hombre, con su asombro invencible ante la certeza de que algo invaluable le pertenecía y lo completaba.

Tomados de la mano, como diecinueve años atrás, subieron las escaleras, entraron en la habitación y, con menos prisas y con más pausas que antes, se refugiaron en la seguridad del amor.

Afuera el mundo se deshacía en la lluvia y las descargas eléctricas, el caos y la incertidumbre que siempre augura la llegada del Apocalipsis. O tal vez de un mesías.